

*Lo supe
en cuanto le vi*



Sophie Saint Rose

Lo supe en cuanto le vi

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

—Sí, mamá. Todo es perfecto. —Rosaura contempló la impresionante vista desde el hotel. Sus preciosos ojos verdes brillaron de la alegría. El sol se estaba poniendo y su reflejo en el mar lo hacía idílico. Las casitas blancas relucían a su alrededor y al estar al borde de un acantilado, daba la sensación de poder tocar el mar con la palma de la mano.

—¿Entonces estás disfrutando de tus vacaciones?

—Sí. —Se echó a reír y se volvió para ver a sus amigas que discutían en la habitación que tenían que compartir. Algo a lo que ninguna de las tres estaba acostumbrada, pero sus padres se habían negado en redondo a que las tuvieran independientes, por su seguridad. Su padre no se había quedado muy contento con eso de que se fueran de viaje las tres solas y había sido un triunfo que diera su consentimiento. Sobre todo después de ver la película esa donde secuestraban a una chica cuando estaba en París. Sus amigas estaban a punto de pegarse cuatro gritos tirando las dos de un vestido que tenía pinta de ser carísimo. —Se van a matar en cualquier momento. Ir al baño y vestirse es una odisea.

Su madre se rio con ella. —Seguro que Liza lo acapara y Margaret la saca a rastras por los pelos.

—Más o menos. —Apartó un mechón negro de su frente. —Mamá, esto es tan hermoso... ¿Ya te he dado las gracias?

—¿Con las notas con las que has terminado la universidad? No tienes que darlas, cielo. Has sido la hija más fácil de criar. —Se echó a reír. —Y tengo siete para comparar.

—¿Cómo están? Los echo de menos.

—Ocupados. Tati es la que más te echa en falta.

Su hermana menor compartía casi todo con ella y era normal que la echara de menos porque llevaba casi dos meses fuera de casa. —En una semana ya estaré ahí.

—De momento disfruta de Santorini. Ya tendrás tiempo de regresar.

Mirando un velero precioso que estaba en alta mar se dijo que tenía razón. —Dale un beso a papá de mi parte.

—Sentiré no haber estado aquí para darte un repaso.

Riendo dijo —Lo sé. ¿Quieres que llame más tarde?

—No, hija. Sabemos que estás bien y es lo que importa. Ya te interrogaremos cuando llegues.

—Muy bien. Estaré preparada —dijo divertida.

—Te quiero.

—Y yo a ti, mamá. —Colgó el teléfono y suspiró. Cómo les echaba de menos. Puede que fueran las vacaciones de sus sueños y que llevaran un año preparándolas con mucha ilusión, pero después de tanto tiempo recorriendo Europa estaba algo cansada e impaciente por regresar a lo que sería su nueva vida. Se habían acabado los libros y era hora de poner en práctica todo lo que había aprendido. Pero su madre tenía razón. Esa vida la esperaba. Tenía que disfrutar el momento. Miró el barco de nuevo. Era un velero impresionante.

—¿Te han dado un repaso?

Se volvió hacia Liza que recogía sus rizos pelirrojos en lo alto de la cabeza con una goma. —No, solo estaba mamá.

—¿El jefe no estaba? Te has librado. —Suspiró ilusionada. —¡Estamos en Grecia!

—¿Por qué cada vez que llegamos a un sitio nos recuerdas dónde estamos?

—Por si aún estáis borrachas de la noche anterior y no os enteráis.

Jadeó divertida. —Perdona, pero aquí la única que se ha pasado durante el viaje has sido tú.

—¿Queréis prepararos para la cena, pesadas? —preguntó Margaret desde la habitación—. Vamos a llegar tarde.

—Estamos de vacaciones, sargento. No hay horarios. —Liza sonrió maliciosa.

—Te encanta sacarla de quicio, reconócelo.

—Bah, un poquito. —Pasó el brazo por sus hombros y miraron el mar. Margaret se puso a su lado. —Esto es el paraíso.

—Nuestra última semana —dijo Margaret con pena—. Me quedaría aquí para siempre.

Los padres de su amiga estaban pasando por un divorcio especialmente difícil y ese viaje había sido una vía de escape. Pasó el brazo por sus hombros y la acercó a ella. —Estamos aquí.

Sabía que no se refería solo al viaje y Margaret sonrió con tristeza. —Lo sé.

—Venga, hagamos caso a Margaret y a cambiarse. ¡Quiero ver la marcha que tiene esta isla!

Margaret y Rosaura levantaron sus cejas morenas viendo como su amiga corría hacia el baño y se encerraba. —La mato.

Reprimió la risa. —Piensa que cuando vuelvas tendrás todo el baño para ti.

—Es lo único que me atrae de volver a América, te lo aseguro. —Sus ojos castaños se ensombrecieron y agachó la barbilla.

—Eh... Seguro que cuando llegues todo habrá cambiado.

Se encogió de hombros. —Me da igual. Yo me mudo en cuanto llegue. Si quieren seguir discutiendo cada cinco minutos por quien se queda la casa, yo no estaré para verlo.

Apretó los labios entendiendo perfectamente lo que quería decir porque lo había presenciado. La madre de Margaret había pillado a su marido con los pantalones bajados mientras

su asistente personal le hacía un favor en su despacho. Pero el abogado de él le había recomendado que no se fuera de casa hasta que el juez dijera que tenía que hacerlo. La casa había sido de su padre y a Margaret le quedaban dos semanas para terminar la universidad. No le dijeron que se divorciaban hasta que se graduó y al llegar a casa vio el panorama. Una auténtica guerra entre sus padres en la que ella estaba en medio. Y lo más duro era que ninguno de los dos se daba cuenta de lo que le estaban haciendo a su hija.

—Tienes razón. Es su vida y con ella pueden hacer lo que les venga en gana.

—¡Pero que no te jodan a ti, que me voy a cabrear! —gritó su amiga desde el baño antes de abrir la puerta y sacar la cabeza—. ¿Y si nos cogemos un piso juntas? —Sonrió de oreja a oreja. —Sería divertido.

Ambas se echaron a reír. —Ni hablar. —Rosaura negó con la cabeza. —Quiero seguir siendo vuestra amiga muchos años, gracias. Además, yo ya tengo piso.

—Niña rica malcriada.

Se echaron a reír porque ella estaba para hablar y los ojos de Rosaura brillaron. —Pero al lado del mío hay uno de dos habitaciones que papá todavía no ha vendido, por si lo queráis.

Las chicas chillaron de la alegría abrazándola. —¡Nunca vas a librarte de nosotras!

Las abrazó con cariño. —Eso espero.

Entraron en el pub que un amigo les acababa de recomendar por WhatsApp y se quedaron con la boca abierta al ver la gente muy bien vestida alrededor de la piscina. Y ella con un simple vestido rojo de tirantes. Las amigas se miraron y Liza sonrió. —Mañana estaremos más preparadas —dijo su amiga viendo como una chica con un vestido dorado cortísimo pasaba ante ellas riendo mientras hablaba con un macizo.

—Estamos de vacaciones. ¿Quién lleva mil trapos en la maleta? —dijo Rosaura divertida.

—Esa. Y le deben quedar genial con el cuerpazo que tiene. —Margaret gimió. —Y yo que me acabo de hinchar a calamares.

Se echó a reír y las cogió de las manos. —Vamos a sentarnos.

Encontraron una mesa con cuatro sillas con enormes almohadones blancos y se sentaron dejando sus bolsos sobre la mesa. Había ambiente y las vistas eran estupendas. Un camarero con una chaquetilla blanca se acercó de inmediato. —Champán —dijo Liza antes de que pudieran abrir la boca.

—¿Moët & Chandon? ¿Dom Pérignon?

—Dom Pérignon.

—No, no —dijo Rosaura rápidamente—. Tenemos un presupuesto y aquí esa botella cuesta un ojo de la cara.

—Dos mil quinientos euros, señorita —dijo él con sorna como si no pudieran permitírselo.

Rosaura entrecerró los ojos y sus amigas sonrieron. —Ah, entonces tráiganos dos. —Abrió su bolso y sacó su tarjeta oro dejándola en la mesa.

El camarero carraspeó. —Enseguida.

Sus amigas se rieron en cuanto se alejó. —Ese orgullo un día te va a meter en un lío. —Margaret cruzó sus preciosas piernas.

—Mi padre me ha dicho millones de veces que no me deje pisar por nadie. —Miró hacia la barra y se le detuvo el corazón al ver a un hombre solo que hablaba con el camarero. Era impresionante. Debía medir uno noventa y llevaba unos pantalones negros de vestir y una camisa blanca con las mangas remangadas hasta los codos. Era tan masculino que robaba el aliento y cuando levantó su vaso para beber el líquido ambarino vio el vello negro de su antebrazo, lo que provocó que cada fibra de su ser se alterara. Hipnotizada observó cómo ese vaso llegó a sus labios y deseó enormemente que esos labios la besaran algún día.

—Ya verás cuando vea el extracto de tu tarjeta.

—Liza, no te escucha.

Sus amigas miraron hacia la barra y Liza levantó las cejas. —Madre mía, se parece al del anuncio que se tira de un acantilado. Y tiene toda la pinta de que su trasero no tiene nada que envidiarle.

—Es mío.

Una rubia con un vestido blanco pasó tras él intentando llamar su atención, pero no le dirigió ni una sola mirada. Sus amigas la miraron incrédulas. —Cielo, no quiero decepcionarte, pero ese está en otra liga.

—Es rico. —Ambas se centraron en Margaret. —Su reloj es edición limitada. Cuarenta y tres mil dólares. Mi padre solo fabricó cien de esos.

Su corazón saltó en su pecho porque su padre ahora no podría ponerle ni una pega. —
¿Dónde los vendió?

—A clientes exclusivos en la joyería de Nueva York y París. Algunos los envió a jugadores de fútbol y esas cosas, pero ese es empresario.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Liza.

—Porque me suena la cara de haberlo visto por la tienda y papá no dejaría que me acercara a un jugador de fútbol ni loco. Dice que son unos pendencieros.

—Así que seguramente es de Nueva York —dijo sintiendo que cada vez era más perfecto.

Le observó durante unos segundos y vio cómo se giraba para mirar a su alrededor. Cuando sus ojos negros pasaron sobre ella sintió que todo su ser gritaba de la alegría, pero esa euforia pasó enseguida cuando esos ojos pasaron de largo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Liza divertida—. Tienes cara de que no se te escapa y con un tío nunca pones esa cara, así que sé que vas a hacer algo.

—Acercarme.

—Bien dicho. —Margaret estaba impresionada. —¿Estás segura de que sabes lo que tienes que hacer? Nunca te he visto ligar. Te ligan a ti normalmente.

Liza se echó a reír. —Ni eso, porque no se deja.

—¿Qué harías tú? —le preguntó a Margaret que era la que más ligaba.

—Ese tío es de...

En ese momento llegó el camarero y después de colocar las copas abrió la primera botella de champán. Margaret sonrió. —Oye guapo, ¿quieres ganarte cien pavos?

—Si son euros... Es para no tener que cambiarlos.

—¿Qué sabes de ese que está en la barra? Camisa blanca y pantalón negro. Guapo.

Sirvió la copa de champán. —El señor Leighton. Viene todos los años un par de días. Su velero está ahí en frente. —Rosaura iba a preguntar, pero Margaret le dio una patada en el tobillo para que se callara. La fulminó con la mirada mientras el hombre continuaba —Es arquitecto o algo así. Muy reputado. Americano. Y todas las noches se va con una distinta.

Mientras Rosaura creía que su corazón se le salía del pecho Margaret sacó los cien euros de su bolso y se los dio. —Gracias majo.

—Por cierto... Odia que le aborden. Por eso nadie se le acerca. Es un cazador y cuanto más difícil es la presa mucho mejor. Un día se largó de aquí con una recién casada mientras el novio estaba en el baño. Se le resistió dos minutos antes de casi salir corriendo con él.

Las chicas dejaron caer la mandíbula del asombro y el camarero sonrió divertido antes de alejarse. —Suerte.

—La leche, es un hacha —dijo Liza antes de coger su copa y darle un buen trago—. Hasta se me ha secado la boca.

—No tiene escrúpulos —dijo Margaret—. Olvídate de él.

—Es un cabrito al que le gusta jugar. Pero ahora que sé quién es, me interesa más.

Sus amigas la miraron sin comprender y observándole fijamente cogió su copa. —Chicas, es el mismísimo Mark Leighton en persona. —Sus amigas la miraron como si no tuvieran ni idea de quien hablaba y le pareció imposible porque a lo largo de esos últimos nueve años no había día que no hubiera escuchado hablar de él. Pestes la mayoría de las veces, pero después de todo ese tiempo parecía que le conocía de toda la vida. Las fotos que había visto de él por internet hacía años no le hacían ninguna justicia. Era mil veces más atractivo en persona. Seguramente porque ante una cámara no se relajaba. Pero era él y estaba allí. No se lo podía creer y necesitaba acercarse como si fuera una luz centelleante y ella una polilla. Y así la vería, como una polilla entre tanta mariposa, pero ella tenía un as en la manga que no podría ignorar si era un depredador... —Cuando le ponga el cebo no podrá resistirse.

Capítulo 2

Con el corazón a mil esperó a que todos los camareros salieran de la barra para atender las mesas. —Ahora —dijo Margaret cómplice.

Se levantó en el acto y fue hasta la barra como si nada. Él vio cómo se aproximaba y esos ojos negros recorrieron su cuerpo de arriba abajo antes de girarse hacia la barra sin ningún interés. Estaba claro que no le había impresionado.

Se puso a su lado mirando hacia el interior de la barra y le escuchó suspirar como si fuera un fastidio. Ella aprovechó para mirarle. —Hola.

—Mira, niña... —Se volvió para mirarla a los ojos y esta sonrió. —No me interesas.

Se echó a reír creyendo que el corazón se le salía por la boca por lo que le hizo sentir su voz. —¿Perdón?

—Seguro que hay algún chaval por ahí que se moriría por tener algo contigo, pero yo hace tiempo que dejé de ser un chaval.

—Quería servilletas. —Rio de nuevo y apartó su melena morena antes de alargar el brazo y coger un montoncito que había sobre un platillo. —También quería saludarte —dijo como si nada.

Él entrecerró los ojos. —¿Nos conocemos?

—Oh, sí. ¿No eres Mark Leighton?

—Sí.

Cogió las servilletas con la otra mano y alargó la mano. —Rosaura Sennet. Mi padre no me perdonaría que hubiera tenido la oportunidad de saludarte y no me acercara.

Vio como él se tensaba y casi grita de la alegría. —¿Sennet? Eres hija de Richard Sennet.

—Una de los siete, sí. —Se echó a reír ignorando que no había cogido su mano y como si nada la dejó caer. —Qué cara has puesto. ¿No te lo esperabas?

—Pues no, la verdad —siseó algo molesto antes de beber. Cuando la nuez de su cuello subió y bajó las mariposas de su estómago no revolotearon en su interior, intentaron salir como locas y sintió como sus pechos se endurecían con fuerza. Tenía que hacer lo que fuera para que la amara porque se acababa de dar cuenta que todo su cuerpo lloraría por él el resto de su vida—. ¿Y cómo está tu padre?

—Cabreado por tu último proyecto —dijo divertida haciendo que él sonriera de satisfacción—. Te veo encantado.

—Si te digo la verdad no mucho.

—No mienta, señor Leighton. ¿No le han dicho que eso no está bien? —Apoyó un codo sobre la barra. —El proyecto de ampliación de la biblioteca es brillante. Felicidades.

—Gracias. Veo que estás muy enterada.

—Me acabo de licenciar en arquitectura.

—Una futura competencia.

—Una actual competencia.

Eso pareció hacerle gracia. —Tu padre estará encantado.

—Pues sí. —Alargó la mano de nuevo. —Ha sido un placer saludarte. —Él cogió su mano y se la estrechó haciendo que el roce de su piel contra la suya provocara que su sangre fluyera alocada. Y el sonrojo de sus mejillas era prueba de ello. —Y en el próximo proyecto ganaré yo.

—Lo dudo mucho, pero estoy deseando verlo.

Apartó la mano y se volvió para ir hacia su mesa arrugando las servilletas por los nervios que la recorrían. Sintió su mirada en su espalda y estuvo tentada a volverse para comprobarlo,

pero sabía que si lo hacía él pensaría que estaba en el bote. Y no le convenía que pensara eso. Todavía no.

Se sentó y sus amigas se acercaron haciéndole mil preguntas, pero ella solo dijo — Disimulad. —Cogió su copa de champán y la elevó. —Vamos a brindar. —Sus amigas cogieron sus copas. —Por este maravilloso viaje que está a punto de terminar.

—Todavía queda una semana.

Ella sonrió de medio lado. —Yo me voy mañana con él —dijo antes de beber.

—Estás loca. ¿Cómo vas a conseguir eso? —Liza estaba escandalizada.

—Tú tranquila. Me va a invitar. No pensaba ir de polizón ni nada de eso.

—Piensa bien lo que haces. —Margaret la advirtió con la mirada. —Si tu padre se entera...

—Mi padre se enterará cuando llegue a Nueva York y ya estará hecho.

—Joder con la hija formal. Has decidido desmelenarte de golpe. A tu padre le va a dar algo.

—Lo tengo controlado.

—Que viene —dijo Liza mirándole de reojo.

Su corazón saltó dirigiéndose a Margaret. —Así que mañana me gustaría tomar algo el sol si no os importa. Estoy un poco cansada.

—Sí, sí, claro.

Su amiga levantó la vista hacia Mark y ella hizo lo mismo sonriendo al verle. —Hola de nuevo.

—Ese reloj es mío.

Mark miró a su amiga como si no supiera de lo que hablaba y esta se sonrojó. —Quiero decir que lo diseñó mi padre.

—Vaya, pues me encanta.

—Gracias.

—Mark, ellas son Margaret y Liza. Chicas, él es la pesadilla de mi padre porque le roba la mitad de los proyectos. Mark Leighton.

—No se los robo, me los gano.

Le miró maliciosa. —Eso es cuestión de opiniones. Tu proyecto del parque se parecía sospechosamente al nuestro.

—Una casualidad, pero ganó el mío.

—Eso no lo he puesto en duda. Aunque ese amigo que fue contigo a la universidad que está en el ayuntamiento... —Él sonrió divertido. —Sí, mi padre te ha seguido. —Rosaura hizo una mueca. —Es que le tienes hartos.

—Y él a mí y no me da por ponerle un detective.

—¿Quieres sentarte?

—Espera... —Margaret se levantó. —Siéntate aquí, así yo puedo hablar con Liza mientras vosotros os seguís lanzando puñales.

—Vaya, gracias —dijo divertido. Al sentarse dejó el vaso sobre la mesa y leyó la etiqueta de la botella de champán—. ¿Qué se celebra?

—Que casi ha terminado el mejor verano de nuestras vidas. —Él la miró a los ojos de una manera que deseó que la mirara así para siempre. —¿Viajas solo?

—Con la tripulación.

—¿No te aburres?

—No tengo mucho tiempo. También trabajo. Tengo un despacho en el barco.

—Me encantaría ver tus próximos proyectos —dijo maliciosa haciéndole reír—. ¿Me los enseñas?

Entrecerró sus ojos negros y apoyando el codo en el reposabrazos se acercó. —No hasta que sepa hasta dónde llega tu ética.

—¿Mi ética? —preguntó divertida—. La tengo intacta de momento. ¿Y la tuya cómo va?

—Algo dañada después de nueve años de carrera.

—Así que es cierto... —Se acercó a él. —Lo hiciste.

—No hablaré si no es en presencia de mi abogado.

Ella se echó a reír. —Da igual lo que digas. Ese proyecto lo copiaste de una localidad cerca de Versalles.

La observó con admiración. —¿Cómo lo sabes?

—Hay un antiguo pabellón de caza.... Es casi imperceptible. Pero estuve allí hace un mes y comprobé mi teoría por mí misma. Y mi padre pensando que le imitabas a él. —Río divertida. — En cuanto lo vi me di cuenta.

—Fue una inspiración —dijo mirándola de otra manera. Ahora su interés era sincero.

—Una inspiración muy aproximada, arquitecto.

—¿Tú no te has inspirado en nadie?

—Por supuesto. En ti. —Él levantó sus cejas esperando que continuara. —Mi proyecto de fin de carrera estuvo... inspirado en el teatro que hiciste en Dubái.

—Oh...

—Aunque el mío era mucho mejor.

—Eso no lo dudo. ¿Nota?

—Matrícula de honor.

—No sé por qué tengo la sensación de que esa fue tu nota media.

—Y no te equivocas. —Bebió de su copa de champán sin dejar de mirarle a los ojos.

Eso pareció divertirle. —¿Intenta seducirme, señorita Sennet?

Se sonrojó ligeramente. No podía olvidar que era muy listo y no podía meter la pata. —
No, por favor. Buscaré algún chaval por ahí. Seguro que encuentro alguno.

La miró de arriba abajo. —Te echaba dieciocho.

—¿Eso significa que cuando tenga treinta y cinco podré prescindir del bótox?

Mark se echó a reír y las tres le miraron fascinadas. —Señoritas, ¿otra botella? —Levantó el brazo para llamar al camarero que se acercó de inmediato. Pidió otra ronda y el camarero cuando se alejó le guiñó un ojo. Estaba realmente impresionado, de eso no había duda.

—Cuéntame algo de ti. Aparte de trabajar como un poseso, ¿qué es lo que te gusta?

—Fastidiar a tu padre.

Se echó a reír. —¿Pero has visto alguna vez su cara cuando le dicen que hemos perdido?

—No, pero le he visto en un par de galas benéficas y me parto de la risa cada vez que me fulmina con esos ojitos que has heredado.

—Observador. Aunque él los tiene un poco más oscuros.

—Cierto, los tuyos son como esmeraldas.

Mirando sus ojos negros se sonrojó de gusto. —Gracias.

—Me gusta todo lo que tenga que ver con el arte.

—Y los deportes. Eres hombre, así que no lo niegues. Lo lleváis en el ADN.

Él sonrió. —Eso también. Sobre todo el fútbol europeo.

—Eso es casi antiamericano.

—¿Beisbol?

Se echó a reír. —Mucho mejor.

Sus amigas no salían de su asombro.

—Si quieres puedes ir con mi padre a los partidos —dijo maliciosa.

—Le encantaría, estoy seguro. ¿Y a ti? ¿Qué te gusta?

—Cuando no estoy con el lápiz en la mano hago de niñera. Tengo seis hermanos y unos padres muy ocupados. Así que imagínate. Soy la tercera y la primera chica. Me ha tocado.

—¿Y no tienes un novio que ocupe parte de ese tiempo?

Se echó a reír. —Se nota que no conoces a mi padre. Me ha espantado... —Miró a sus amigas. —¿Las últimas diecisiete citas?

Ambas asintieron.

—Es exigente.

—Mucho.

—¿Les investiga a todos? —preguntó mientras el camarero les servía.

—A todos. Y de todos saca trapos sucios. No sé cómo lo hace.

Mark sonrió cogiendo su vaso. —Tiene unos detectives muy buenos.

—Pero de ti no ha podido sacar nada escabroso.

—¿Ah, no? —Bebió su whisky mirándola de reojo. —Perfecto, entonces.

—Aparte de que eres un crápula, claro.

—Alguien que no sería el elegido para casarse con una de sus hijas.

—Si quieres esperar a Tati... Tiene cinco años y es espabilada. Puede que cuando cumpla dieciocho te hayas redimido ante papá.

—Lo dudo —dijo comiéndosela con los ojos.

Sin aliento porque la miraba como si la deseara susurró —Lo sé.

Mark alargó la mano y cogió la suya levantándose. Confundida se dejó llevar hasta la pista de baile. Se sonrojó porque eso se le daba fatal y cuando la cogió por la cintura levantó la vista

hacia él. —No sé hacer esto.

—Solo tienes que dejarte llevar. —Lo dijo de tal manera que supo que no se refería al baile. —¿Eres virgen? —Se puso como un tomate y él sonrió agachando la cabeza antes de susurrar —¿Quieres pasar conmigo la noche?

Le miró a los ojos. —¿Una noche?

—Una noche. Mañana me voy. —Su mano acarició su cintura. —Una sola noche, preciosa. Nada más.

Solo pensar en pasar la noche con él le hacía temblar las piernas, pero ella quería mucho más. Lo quería todo. —Solo lo haces para fastidiar a mi padre, que me enamore de ti y le vaya llorando. Entonces él te pegará un tiro.

Mark sonrió. —Me arriesgaría.

—Yo no. Aprecio demasiado mi corazón para herirlo sin sentido en una relación que no va a ningún sitio. —Se apartó sorprendiéndolo. —Buenas noches, señor Leighton. Ha sido un placer conocerle.

Se volvió dejándole en la pista de baile y se acercó a sus amigas cogiendo su bolso. —Vamos, vamos. Como me lo vuelva a pedir, se me caen las bragas aquí mismo.

Las chicas casi caen de la silla en su prisa por salir y cuando llegaron a la puerta del bar Liza la cogió del brazo. —¡La tarjeta! La has dejado sobre la mesa.

—Lo sé, pardilla. Lo he hecho a propósito. Vamos al hotel.

—Ah, así que solo te has resistido.

—Madre mía y lo que me ha costado. —Soltó una risita. —Me siento como si acabara de subir el Everest. Sin aliento.

Capítulo 3

Comiendo patatas fritas de manera casi compulsiva miró a sus amigas. —No voy a anular la tarjeta —dijo con la boca llena—. Vendrá. Además he mirado el extracto a través de la App y no me han cargado nada.

—Precisamente por eso —dijo Liza sentada en la cama con un camisón cortísimo mientras se echaba crema hidratante en las piernas—. Se anulan para que no te carguen.

En ese momento llamaron a la puerta y ella las miró con los ojos como platos.

—Vamos, abre —susurró Margaret—. ¿A qué esperas?

Se metió en la boca el puñado de patatas que tenía en la mano y masticó asintiendo antes de ir hacia la puerta descalza. Se pasó el dorso de la mano por la boca y se miró su pijama de tirantes rosa. Solo tenía dos y uno estaba para lavar. Igual debería haberle pedido a Liza uno de los suyos. Bueno, ahora ya estaba, así que no había que torturarse. Abrió la puerta tragando las patatas y parpadeó al ver a uno de los botones del hotel. Sacó la cabeza mirando a un lado y otro del pasillo intentando ocultar su decepción. —¿Si?

—¿Señorita Sennet?

—Sí, soy yo.

Alargó la mano mostrando un sobrecito. Ella lo cogió y se iba a meter en la habitación mirándolo cuando recordó la propina. —Oh, espera...

Entró a toda prisa para coger su bolso y sacó diez euros corriendo después a la puerta para dárselos. —No hacía falta. El señor ya me ha dado propina.

—¿El señor?

—Está abajo. Espera respuesta.

Chilló de la alegría y le cerró la puerta en las narices para abrir el sobre. Dentro había una tarjeta.

“Pienso gastar todo lo que pueda. Eso sí que le fastidiaría a tu padre. A no ser que vengas a por ella, claro.”

Abrió la puerta emocionada y carraspeó. —Así que está abajo.

—Sí, señorita. ¿Qué debo decirle?

—Que la he anulado.

El chico parpadeó. —Que la ha anulado.

—Exacto.

Cerró la puerta y se echó a reír al igual que sus amigas.

—Estás loca. ¿Para qué le mareas?

—No puede ponérselo fácil —dijo Margaret—. Pareces nueva.

—A mí no me va dar estos rodeos tontos. Yo soy más de ir al grano.

—Por eso estás sola.

—Lo dice la que los tiene a patadas.

—Pues sí.

—Haya paz. —Dejó la bolsa de patatas y corrió hacia el baño. Se cepilló el cabello y se miró los dientes. Estaban decentes. Cogió el frasco de perfume y se roció. Vale, estaba lista.

Un pitido en el móvil la hizo jadear y corrió hacia él para ver un mensaje de su banco. — ¡Se acaba de gastar mil doscientos en el bar! ¿Cómo ha conseguido el pin de la tarjeta?

Cuando el teléfono pitó otra vez las chicas chillaron y corrió fuera de la habitación. Gruñó pulsando el botón del ascensor. Ah, no. Eso no entraba en sus planes. Al escuchar el pitido otra vez chilló de nuevo yendo hacia las escaleras. — ¡Qué no la pase otra vez! —gritó en el hall—.

¡Qué no la pase!

Entró en el bar con la respiración agitada y al mirar a su alrededor le vio al lado de la barra con la tarjeta en la mano. Entrecerró los ojos y caminó hacia allí como si fuera a la guerra.

—¿Te acabas de gastar cuatro mil pavos? ¿Has invitado a todo el bar?

—Sí —contestó la gente que había a su alrededor.

—¿No la habías anulado?

Le arrebató la tarjeta. —Muy gracioso. ¿De dónde has sacado el pin?

—Preciosa, ¿no te han dicho que no hay que poner el año de nacimiento? Solo tuve que preguntar en recepción. —Perdió la sonrisa de golpe. —¿Crees que me van los jueguitos? —La cogió por la muñeca y furioso la llevó hasta la terraza que sorprendentemente estaba vacía. —¿Tengo pinta de estúpido?

Sin querer miró sus labios. —No sé de qué me hablas.

La cogió por la cintura y la pegó a él. —Una noche. ¿Sí o no? No te lo preguntaré más. No voy a perseguirte por toda Grecia para intentar convencerte ni me voy a enamorar. No sueñes con un anillo porque eso no va a pasar. Me voy mañana y seguramente no volveremos a vernos. ¿Sí o no?

En sus ojos vio que hablaba muy en serio y susurró —Sí.

Mark entrecerró los ojos antes de sonreír. —¿Te ha gustado el juego, preciosa? A esto pueden jugar dos. —Besó suavemente sus labios antes de alejarse y mirarla irónico de arriba abajo. —Bonito pijama. Te pega mucho. Cuando crezcas, llámame.

Se había reído de ella. No le había gustado que le dijera que no y se había vengado. Él fue hasta la puerta de la terraza y ella impotente apretó los puños. Estaba claro que necesitaba ser más drástica. —¿Mark? —Se volvió sonriendo y ella se cruzó de brazos levantando las cejas. —¿Quieres la boda en abril?

—Nena, sigue soñando.

—Me lo pedirás antes de seis meses. La iré preparando.

La miró atónito. —¿Estás loca?

—Tranquilo, déjame a mí a papá. Al final te adorará.

—¿No me digas?

—Y por el anillo no te preocupes. Hace tiempo que lo he elegido. —Sonrió encantada. — Es de Tiffany, pero tienes dinero de sobra. Con ese velero no escatimarás en el anillo de tu prometida.

Mark dio un paso hacia ella. —Nena, se te está yendo la cabeza.

—¿Te das cuenta de que ya me hablas con un apodo cariñoso? —Se acercó a él comiéndoselo con los ojos. —¿Puedo hacer lo mismo o te molesta? ¿Cielito? No, eso no te pega. Tiene que ser algo más rudo. Déjame pensarlo.

—¡Rosaura ya está bien!

Le miró maliciosa. —A esto podemos jugar los dos, cariño... Tengo amistades muy influyentes en Nueva York. ¿A quién crees que creerían cuando les dijera que nos encontramos aquí y que me sedujiste vilmente? A la pobrecita de Rosaura que nunca ha roto un plato. Número uno de su promoción y que no ha tenido novio conocido. Seducida por el crápula que odia a su padre y con mis amigas de testigos. ¿Qué crees que pasaría? Si lo filtrara a la prensa vendría algún periodista gracias a los detalles que darán mis amigas, ¿y qué dirán los camareros? Sí, claro que sí. Estuvieron juntos y él la siguió. Es un depredador. Contarán tus andanzas amorosas todos los años que has aparecido por aquí. —Suspiró negando con la cabeza. —Cariño, qué perdido estás en la vida. ¿Con una recién casada?

Mark se tensó. —Vaya, nena... Tienes las garras afiladas.

—Ya me estás devolviendo los cuatro mil pavos y en cuanto llegues a Nueva York empezaremos a salir.

Se echó a reír. —Estás loca.

—Sí, loca por ti. Mañana tendré la maleta preparada. Recógeme a las diez. En lo que te queda de vacaciones, que calculo que será una semana, nos conoceremos mejor. Puede que me arrepienta y te deje libre. —Sonrió maliciosa dando un paso hacia él. —O puede que no, así que no te hagas muchas ilusiones.

—¡No pienso dejar que me chantajees!

—¿Crees que el ayuntamiento va a elegir otro proyecto tuyo cuando estás relacionado con un escándalo sexual? Mira que la reputación lo es todo. —Ella sonrió y le dio un beso en los labios. —Hasta mañana.

—Rosaura...

—No, nada de sexo hasta la boda. —La miró como si fuera una extraterrestre. —No me fío de ti.

—¡No voy a casarme contigo!

—Claro que sí, cielo. —Le besó de nuevo y él se apartó como si tuviera la peste. —Vaya, eso no ha estado bien. —Se tiró sobre él y Mark tuvo que agarrarla por el trasero para sujetarla. Rosaura sonrió. —Eso está mejor.

Mark miró sus labios y Rosaura sintió que su corazón se le salía del pecho. —Quiero un beso de verdad.

—Estás loca.

—Mi padre dice que soy decidida. Eso es una virtud. —Acarició su nuca. —¿O no?

Él entrecerró los ojos muy tenso. —¿Crees que me vas a vencer tan fácilmente, zorra manipuladora?

—No está bien hablar así de tu futura esposa.

La empujó por la cintura con fuerza y consiguió caer de pie sobre el muro de la terraza, pero se tambaleó hacia atrás y su empeine quedó en el borde helándole la sangre porque se inclinó

hacia atrás. Gritó de miedo cuando sintió que caía. Mark alargó la mano y sus dedos se rozaron antes de verla desaparecer. —¡Rosaura! —Pálido se acercó al muro y apoyando las manos miró hacia abajo. El agua golpeaba las rocas, pero no la veía. —¡Rosaura!

—¡Mark!

—¡Joder, necesito ayuda! —gritó desesperado—. ¡Nena, no te veo!

Varios se acercaron corriendo hacia él y rodeándole para mirar hacia abajo. —¡Estoy aquí! —Escucharon un sollozó. —¿Mark?

—¡Allí! —gritó una mujer—. ¡Veó una mano!

Rosaura sujeta con ambas manos en un risco miraba hacia arriba escuchándoles hablar. Ni quería mirar hacia abajo porque le daba que estaba a mucha altura. Sollozó de miedo intentando aferrarse. —¿Alguien puede ir a por una cuerda o algo?

—¡Nena, no te muevas!

—¡Cómo me voy a mover! —gritó medio histérica antes de sollozar de nuevo—. ¡Joder, tengo que ponerme a dieta! ¡No aguantaré mucho! —Su pie desnudo tocó una roca y consiguió apoyarse con él aliviando el peso de las manos. Se estaba clavando un saliente, pero casi ni se dio cuenta porque tenía el corazón a mil. Miró hacia arriba donde se escuchaban gritos. —¿Mark?

—¡Estoy aquí!

En ese momento enfocaron con lo que parecía un foco hacia abajo y la luz la deslumbró. —¡Te vemos!

—¡Traed una cuerda! —Los brazos le dolían horrores y miró asustadísima hacia arriba, pero solo veía sus rostros ensombrecidos por culpa del foco que la alumbraba. —¡No puedo más!

De repente alguien saltó el muro mientras los que le rodeaban gritaban que no lo hiciera y la luz le mostró el perfil de Mark que sujeto al muro con una mano empezó a descender y para su sorpresa parecía que sabía lo que hacía. —¿Haces escalada?

—¿Crees que es momento de charla? —Un pie se le resbaló y Rosaura chilló de miedo. —
Joder. ¡Nena, no me asustes!

—¿Que yo te asusto?

Hubo un momento que se descolgó solo sujeto por las manos y cuando soltó una de ellas para coger una roca que estaba a su lado, Rosaura pensó que se moría de miedo. Mark llegó a su lado y sonrió viendo la herida que tenía en la mejilla. —Muy bien, tendrás que subirte a mi espalda.

—¿Estilo monito?

Sorprendentemente Mark sonrió. —Precisamente.

Ella miró hacia arriba y se mordió el labio inferior porque no sabía si sería capaz de soltar una mano. —Me voy a caer.

—No te vas a caer. Estoy aquí.

Le miró a los ojos y preguntó angustiada. —¿No dejarás que me caiga?

—No, nena. No pienso dejar que te hagas daño.

—¿Y te casarás conmigo?

—¡Rosaura!

—Vale. Tenía que intentarlo, no te pongas así. —Quiso soltar su mano derecha, pero sintió que se desequilibraba y volvió a agarrarse. —No puedo.

—No puedo agarrarte por el pijama. Esa tela no resistirá tu peso.

Se mordió el labio inferior muerta de miedo. —Esperaremos la cuerda. —En ese momento se le resbaló el pie y gritó sintiendo que caía. Mark la sujetó por la muñeca con una sola mano y ella gritó de dolor por el tirón que le dio en el hombro. Al mirar hacia abajo para ver gracias a la luz de la luna como las olas chocaban contra las rocas, Rosaura gritó de pavor. Temblando levantó la vista y vio el miedo en sus ojos negros. Dios, como no hiciera algo iba a morir.

—Vamos, nena... no aguantaré mucho.

Ella gritó agarrando con la mano libre su cinturón. —Eso es. ¿Preparada para que te suelte?

—¡Sí!

Él soltó su mano y sujetándose en el cinturón consiguió agarrarse a su camisa. Sintió como se rompían un par de botones de su pecho, pero consiguió rodear sus piernas con las suyas antes de soltar su cinturón y agarrar su hombro. Cuando abrazó su cuello cerró los ojos oliendo su aroma y se dijo que era el mejor olor del mundo. —Eso es. Rodea mi cintura con las piernas.

—¿Mark?

—Todo irá bien. —Gruñó tirando de los dos hacia arriba cuando Rosaura sintió un latigazo en la espalda. Al ver la cuerda que la había golpeado rápidamente soltó uno de sus brazos para agarrarla y se la acercó. Mark antes de cogerla miró hacia arriba y gritó —¿Está bien sujeta?

—¡La agarran cuatro! —gritó la mujer—. Es gruesa, no se romperá.

Mark parecía que no confiaba del todo. —Cógela, cielo —susurró preocupada—. Es más seguro.

Él gruñó cogiendo la cuerda y al sujetarse esta bajó un poco haciéndola gritar del susto. — ¡Sujetadla, joder! —Se balancearon hacia atrás y Mark levantó las piernas apoyándolas en la pared.

—Tengo que aprender a hacer esto.

—¡No te vas a volver a acercar a un acantilado en la vida!

—Bueno, eso es mucho tiempo.

—¡Rosaura, no me saques de quicio!

—Si estamos así es por tu culpa. ¡Me empujaste tú!

—¿Quieres discutir? ¿En serio? ¡Mira cómo estamos!

No pudo evitar sonreír. —Eres perfecto para mí —susurró contra su cuello.

Escuchó las voces sobre ellos y un hombre la agarró por la espalda sujetándola por la melena y el pijama. —¡No, por el brazo! —gritó Mark. El hombre le hizo caso y tiró de ella. Un camarero la cogió por la cintura para ponerla a salvo, pero preocupada miró hacia el muro esperando verle salir. Chilló cuando no le vio en la cuerda y de repente la cogieron de los hombros. Al ver a Mark ante ella el alivio la recorrió y se le doblaron las piernas. Él la cogió en brazos y gritó —¿Dónde está el médico?

—Pobrecita, qué susto —dijo una mujer.

Un hombre se acercó corriendo. —Está atendiendo un infarto, pero si quiere llamo otra ambulancia.

—Estoy bien. —Apoyó su mejilla sobre su hombro y suspiró de gusto. —Llévame con mis amigas.

—Nena, tiene que revisarte un médico. Tienes cortes.

Se enderezó para mirar su rostro. —¿Tú estás bien?

—Sí —gruñó de mala manera.

Sonrió aliviada. —Entonces todo va bien.

Él volvió a gruñir y la sacó del bar. El mismo hombre que les había dicho lo del médico les seguía pálido. —Qué fatalidad. No sé cómo ha podido ocurrir.

—Tranquilo, mi novio me ha salvado.

El tipo sonrió. —Un héroe, eso es lo que es. Enseguida la atenderá el médico. Y por supuesto cualquier cosa que deseen, pídanla sin miedo. Su estancia va por cuenta del hotel.

—Es lo menos que pueden hacer —dijo Mark cada vez más furioso—. ¡La altura de ese muro debería ser mínimo de uno veinte, joder!

—Es arquitecto, entiende de estas cosas. —Acarició su pecho sobre su camisa. —No se

preocupe que ahora está enfadado, pero se le pasará. Es que se ha asustado por mí.

—Como es lógico. —El pobre sudaba y todo.

El ascensor se abrió y cuando entraron ella pulsó el último piso sonriéndole. —Estoy en la habitación setecientos tres.

—Entendido. Enseguida iré el médico.

—Gracias.

Las puertas se cerraron y se quedaron en silencio. —Ahora sí que tengo que anular la tarjeta. —Incrédulo la miró a los ojos. —Se me ha caído al mar.

Atrapó sus labios sorprendiéndola y sin poder evitarlo abrió la boca dándole la bienvenida. Cuando rozó su interior todo tembló en ella y se abrazó a él queriendo, necesitando sentirle. La besó tan intensamente que creyó que se desmayaría de gusto y cuando separó sus labios ella mantuvo los ojos cerrados aún disfrutando de él. Ella abrió los ojos y vio como la observaba. Se sonrojó ligeramente. —No debe haber nada mejor que hacer el amor contigo.

Mark sonrió. —¿Quieres probarme?

—Lo haré. El día de nuestra boda.

Salió del ascensor. —Nena, eso no va a pasar.

—Claro que sí. —Besó su cuello. —Qué bien hueles.

—No me conoces.

Soltó una risita. —He demostrado que te conozco mucho mejor que tú a mí.

—Nada, eso es lo que nos conocemos.

—Pues lo que conozco me encanta. —Se detuvo ante la puerta y la dejó en el suelo.

—¿Siempre eres así?

—Eres tú que me inspiras. —Acarició su pecho al descubierto por haberle roto la camisa.

Él apoyó la mano en la puerta y agachó su cabeza lentamente hasta rozar sus labios. —

Desiste.

—Jamás. —Besó sus labios apasionada y él la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo tomando el control del beso. Cuando se apartó sintió frío, pero las sensaciones que le habían provocado sus besos la habían mareado. Se apoyó en la puerta y sonrió como una boba. El click del ascensor la espabiló de golpe para ver que no estaba. Miró a un lado y otro del pasillo y bufó. Bueno, se había despedido. A su manera. Sonrió de oreja a oreja antes de llamar a la puerta. Esas vacaciones iban a terminar genial.

A las diez en el hall con sus maletas preparadas se miró el vestido blanco que se había puesto. Muy apropiado para un velero. Suspiró acercándose a la puerta y miró al exterior, pero el botones negó con la cabeza. Bufó regresando hasta los sofás. El reloj del hall indicaba que ya pasaban cinco minutos y tuvo un mal presentimiento. Gruñendo fue hasta el bar y aceleró el paso para salir a la terraza. Al ver el enorme crucero que estaba donde antes había estado su velero chasqueó la lengua. —Cariño, si crees que vas a librarte de mí... Cómo se nota que no me conoces.

Capítulo 4

Sentada a la mesa con toda su familia sonrió y su madre la cogió por los hombros para darle otro beso en la mejilla queriendo asegurarse de que estaba allí sana y salva. —Debes tener más cuidado. Mira que tropezarte. —Le pasó el dedo por la mejilla de nuevo como si quisiera borrar el pequeño arañazo que aún le quedaba.

—Mamá, está bien —dijo su hermano mayor divertido—. Ahora a trabajar. Cómo lo estoy deseando...

—El suelo allí es muy irregular —dijo su padre preocupado—. ¿Seguro que no tienes nada más?

—Estoy bien. Y lo he pasado estupendamente. —Miró a Richard que aún esperaba la respuesta a su pulla. —Y no voy a estar bajo tus órdenes, pringado. Seré la jefa.

—Primero empieza desde abajo. —Su padre se metió el tenedor en la boca.

—Sí, claro. Quiero aprender todo lo que pueda.

—¿Y qué tal los chicos? —preguntó Leslie emocionada. Tenía dieciséis años y solo pensaba en eso.

—Bien.

Todos la miraron de golpe y se sonrojó cortando su solomillo. —Esto está buenísimo.

—Uy, uy... ¡Richard, qué tiene novio! —dijo su madre emocionada—. ¡Mi niña tiene novio!

—No creo. No ha pasado por mi revisión habitual. Hasta que no lo haga, no hay novio que valga.

—Papá, no seas pesado. —Su madre sonrió radiante. —Solo hay que verla, está enamorada.

—¿De verdad se me nota en la cara? —preguntó sorprendida.

—Ya te han pillado —dijo David que tenía diez años—. Y con lo lista que parece... —Negó con la cabeza como si fuera un caso perdido.

—¿Es guapo? —preguntó Tati.

La niña sentada a su lado sonrió esperando su respuesta y Rosaura carraspeó observando la reacción de su padre, que apretaba el tenedor como si fuera a clavárselo a alguien en cualquier momento esperando su respuesta. —Mucho.

—¿Y quién es...? —Carraspeó incómodo. —Si puede saberse.

—¿Es italiano! —dijo Judith antes de suspirar—. Son tan guapos...

—¿Y qué sabrás tú si son guapos si no conoces a ninguno? —preguntó su padre exaltado.

—Bueno, en la universidad he conocido a un par.

—¿No me digas...?

—Sí, están de intercambio.

Su padre fulminó a su madre con la mirada como si fuera culpa suya que no supiera eso. Darlene se encogió de hombros antes de interrogar de nuevo a su hija mayor. —Vamos a ver. ¿Dónde le has conocido?

—En Santorini.

—Entonces fue al final del viaje.

Eso pareció aliviar a su padre.

—Bah, es un amor de verano que no llegará a nada. —John dejó el tenedor sobre el plato.

—Papá, tengo que hablar contigo de un presupuesto.

—Después, hijo... —Sonrió encantado. —Primero veamos lo que tu hermana tiene que

decir de ese noviete.

—No es un noviete. —Sus dos hermanos mayores que estaban sentados frente a ella sonrieron irónicos. —Nos vamos a casar.

El tenedor de su padre cayó sobre el plato haciendo un enorme estruendo. —¿Qué has dicho?

Sonrió encantada. —Estoy enamorada.

Darlene miró de reojo a su marido. —Eso está muy bien, hija... ¿Pero no es un poco pronto para tomar una decisión así? Apenas os conocéis.

—¡Y no le conozco yo, que es lo más importante!

—¡Oh, sí que le conoces! —Forzando una sonrisa cogió su copa de agua y antes de beber farfulló —Es M... Le...

—¿Qué? —Su padre se adelantó en su asiento. Sus hermanos dejaron caer la mandíbula del asombro y su padre les miró. —¿Qué ha dicho?

—Uy, tengo un montón de llamadas que hacer —dijo Richard levantándose a toda prisa haciendo un gesto a los demás con la cabeza para que levantaran el trasero.

—¿Qué pasa? —preguntó Tati en su inocencia.

—¡Eso me gustaría saber a mí! —gritó su padre perdiendo la paciencia mientras sus hijos desaparecían como por arte de magia.

Rosaura gimió dejando la copa en su sitio antes de enfrentarse a la mirada de sus padres que era evidente que no habían escuchado su nombre. —Antes de nada, quiero que sepáis que me he enamorado. Es el hombre de mi vida y pienso casarme.

—¿Nos está retando? —preguntó Richard atónito.

—Eso parece, papá. Esto no tiene muy buena pinta. —Negó con la cabeza moviendo su cabello negro cortado a la altura de la nuca. —No, no la tiene.

—¡Tiene una pinta horrible!

—Pues eso. —Ambos la miraron. —¿Hija? Estamos esperando.

Al recordar a Mark sonrió. —Le vi en un bar en Santorini.

—En un bar —dijo su padre con desprecio.

—Cariño, yo te conocí en un bar.

—¡Eran otros tiempos!

La interrogaron con los ojos de nuevo y continuó —Así que me acerqué a saludar.

—Así que es un conocido.

—Casi.

—Hija, no te entiendo —dijo Darlene empezando a perder la paciencia también.

Suspiró mirando a su padre a los ojos. —¡A ti no te va a caer bien, pero es que no te cae bien ninguno!

—Menuda mentira.

—Papá solo he salido con tres chicos en mi vida y es porque no te enteraste.

—¿Cómo que con tres? ¡Darlene no te enteras de nada!

—Richard ya está bien. —Su madre cogió su mano. —Si a ti te parece bien es que es perfecto. Eres la hija más responsable que tengo. Nunca nos has fallado, así que si crees que es el adecuado, tiene que ser por algo.

Sonrió aliviada. —Gracias, mamá. —Miró a su padre. —¿Papá?

—¡Si ni nos has dicho quién es!

—Pero esto es algo en lo que solo mi opinión importa. Quiero tu bendición.

Su padre gimió. —Dime que tiene trabajo.

—Oh, eso no debe preocuparte. A estas alturas tiene que ser tan rico como tú. —Su padre

hizo una mueca hacia su esposa que sonrió encantada.

—Y es guapo. Aunque sea idiota tendremos unos nietos guapísimos. Piensa en ello, Richard. Ya saldrán a su madre en lo de la inteligencia.

—Oh, es muy inteligente y deportista. Y muy trabajador. Mucho. Le encanta su trabajo.

—¿Y qué trabajo es ese? —preguntó su madre en su inocencia. Darlene parecía encantada de la vida y ella gimió por dentro—. Porque parece un partido de primera.

—Lo es, mamá.

—¿En qué trabaja? ¿Es empresario?

—Seguro que alguna empresa tiene por ahí. No le he preguntado en qué invierte su dinero, papá.

—Claro, llevan muy poco tiempo juntos. —Su madre sonrió sin darle importancia. —Eso se dice cuando hay más confianza.

—Si van a casarse, deben tener confianza.

—¿A qué se dedica, cielo? Estoy intrigada.

—Es arquitecto.

Su madre chilló de la alegría. —¡Cariño, arquitecto! Y tiene que ser reputado si se ha hecho rico en su profesión.

—Y vive aquí. En Nueva York —dijo su padre en un tono suave que le indicaba que ya se temía lo peor.

—Sí.

—Oh, qué alegría.

Su padre pegó un golpe en la mesa que las sobresaltó del susto. —¡Ni hablar!

—Cariño, ¿qué pasa?

—¿Es Mark Leighton?

—Sí, papá.

Su madre la miró asombrada. —¿Qué has dicho?

Levantó la barbilla. —Me he enamorado.

—¡Pues que se te vaya olvidando! —Su padre estaba rojo de furia. —Es un sinvergüenza sin escrúpulos.

Hizo una mueca. —Papá, tampoco es para tanto.

—¿Que no es para tanto? ¡Si ha tenido algo contigo es para fastidiarme a mí!

—No creas... —Soltó una risita. —Bueno, al principio sí, pero cuando me besó seguro que no se acordó de ti en absoluto.

—¿Te besó? —Su padre estaba al borde del infarto.

—Claro.

—Pero hija... Confío en el criterio de tu padre más que en nadie. Si él dice que es un sinvergüenza...

—¡No es que lo diga yo! ¡Lo dice todo Nueva York! Se acuesta con todo lo que se mueve. ¡Ya sea soltera o casada! Eso por no hablar de cómo lleva su despacho...

—Papá, sabes que no imitó tu proyecto. Solo estás enfadado con él porque te ha ganado unos cuantos concursos.

—¡Con malas artes! ¡Eso seguro! ¡Mis diseños eran mucho mejores!

Puso los ojos en blanco. —Me da igual lo que digas. Voy a casarme con él.

Darlene entrecerró los ojos. —Cielo, casi no le conoces. Has pasado unos días a su lado y...

—Horas.

—¿Cómo que horas?

—Es que se largó en su velero a la mañana siguiente. Pero ya le pillaré.

Sus padres estaban con la boca abierta y la primera en reaccionar fue su madre. —¿Me estás diciendo que se acostó contigo y se fue?

—¡No me he acostado con él, mamá! —La cara de alivio de su padre era de risa. —No hasta que me case. No me fio.

—¿Quieres casarte con un hombre del que no te fías y que ha huido de ti?

—Es mi hombre. Estoy segura.

—Vamos a ver, que creo que me he perdido. ¿Te ha pedido matrimonio? —preguntó su padre furioso.

—No. Se lo pedí yo.

Eso sí que les dejó en shock. —Y ha huido de ti.

Sonrió encantada. —Sí, pero antes de irse me besó. Y a eso no tuve que obligarle. Le gusto. —Rio por lo bajo. —Tanto que ha salido huyendo. —Explicó todo lo que había ocurrido porque a sus padres nunca les ocultaba nada. Cuando terminó bebió agua mientras que sus padres ni sabían qué decir.

—Así que te caíste por el acantilado, no en la calle como había supuesto —dijo su madre asustada.

—Pero él me rescató. ¿Qué? ¿Qué te parece?

—Que estás obnubilada por quien crees que es un príncipe. En realidad es una rana bien gorda —dijo su padre preocupado.

—No, estás equivocado. ¿Acaso has encontrado algo en su contra que puedas echarle en cara? En tus investigaciones no has encontrado nada. Solo es un poco pendón.

—¿Un poco? ¿Un poco?

Miró a su madre. —Papá también era así cuando era joven. Reconócelo.

—Uy, era para darle de comer aparte...

—¡Darlene!

—Cariño, es la verdad. Te acostaste con dos de mis amigas antes de que me vieras siquiera. ¡Y estaba ahí! ¡Observando! —Su padre se sonrojó. —¡Así que no eres quien para criticar a nadie por con quien se acuesta! Estás para hablar.

—No es solo por quien se acuesta. ¡No es buena persona!

—Si no le conoces. Me salvó la vida.

—¡Te empujó!

—Se estaba poniendo pesada. —Le defendió su madre para su sorpresa. —A mí me gusta.

—No tiene que gustarte a ti. Tiene que gustarle a la niña. —Ambas levantaron sus cejas morenas y él gruñó —Y a mí. ¡Y no me gusta!

—Pues me voy a casar con él, así que... Ya puedes ir haciéndote a la idea.

Él sonrió. —Huyó de ti. Lo tienes difícil.

Rosaura sonrió de oreja a oreja. —Eso ya lo veremos.

—Hija... ¡Que cuando se te mete algo en la cabeza, puedes ser muy pesada!

—¡La besó! ¡Le gusta!

—¡Darlene!

—La apoyo. ¡Lo mío me costó engancharte y mira lo bien que nos ha ido!

Su padre gruñó antes de mirarla a los ojos. —Hija, no quiero que sufras.

—El amor a veces hace daño, papá. Es así. Pero no me voy a quedar con las ganas de intentarlo.

Se levantó como una reina y su padre vio asombrado como salía del comedor. —No se puede negar que es hija mía —dijo su madre encantada—. Este cae como me llamo Darlene Sennet.

Richard apretó los labios. —No ayudas nada. Le va a hacer daño.

—Sé que no te llevas bien con él. Esa rivalidad...

—No es rivalidad. —Apretó la servilleta. —Es que me tiene harto.

Darlene rio por lo bajo. —Se te hincha la vena cada vez que hablas de él.

—Me espía. Estoy seguro. No he podido pillarle, pero cuando lo haga...

—Tiene asesores como tú que se encargan de buscar los concursos como tú.

—¡Pues el edificio de Dubái no me lo quita!

Ella cogió su mano. —¿Te das cuenta de que estás interfiriendo en la felicidad de tu hija por un edificio más?

Richard se tensó. —Le encanta fastidiarme. Lo veo en sus ojos cada vez que nos encontramos. Sonríe de medio lado...

—Puede que cuando habléis de veras os llevéis bien.

—¡Pero si ni siquiera le ha pedido una cita!

—¿Crees que tu hija va a tener problema con eso? Claudicará por puro aburrimiento. Como tú.

—A mí me gustabas.

—Claro, pero te gustaban más otras. Hasta que te enamoraste. —Se levantó y le dio un suave beso en los labios. —Mark no tiene ninguna oportunidad. Antes de seis meses habrá boda. Te guste o no.

Entró en el edificio donde estaban las oficinas de Construcciones Leighton vestida con un ligero traje rosa. Su cola a la nuca mostraba el cabello liso como una tabla e iba maquillada ligeramente porque estaba morenita. Sin detenerse en la recepción caminó hacia los ascensores con las puertas blancas, que tenían unas filigranas y el logo de la empresa en dorado en el centro.

Sonrió porque era muy art déco y le encantaba ese estilo. De hecho era uno de sus favoritos y pegaba estupendamente con el estilo del edificio que se notaba que tenía el toque de Mark. Pulsó el último botón mientras un hombre de traje de la edad de Mark entraba con ella. No pulsó otro botón, así que iban al mismo piso. Ella miró las luces impaciente por verle.

—Disculpe, ¿la conozco?

Ella miró hacia el hombre y no le reconoció. —No, no creo.

—George Ebell —dijo alargando la mano con una seductora sonrisa.

—Rosaura Sennet. —Estrechó su mano, pero él no la soltó.

—Estoy seguro de que la conozco de algo.

Ella soltó su mano levantando las cejas. —No, recordaría ese momento. —Miró las luces.

—¿Trabajas aquí? —preguntó apoyando la cadera en la barra del ascensor para cruzarse de brazos.

—No. ¿Y tú?

—Soy el contable de la empresa. La mano derecha del jefe.

—¿No me digas? ¿Y eres amigo suyo?

—Mucho. Somos uña y carne.

Sonrió porque mentía como un bellaco. Si fuera su amigo conocería su apellido. Aunque simplemente fuera por estar espantado con ella, le habría contado lo que había pasado en las vacaciones. —Así que sois muy amigos. ¿Entonces podrías presentármelo?

Eso le tensó. —¿No tienes cita? No te recibiré.

—Pero si tú me ayudas... Es muy importante.

—El señor Leighton es un hombre muy ocupado. Igual ni está en el despacho.

—Oh, sí que está. He visto llegar su limusina hace diez minutos. ¿Y no sois amigos? ¿No le tuteas?

Él carraspeó. —Yo... Mejor no me meto en esto que... —Se abrieron las puertas y casi salió corriendo.

Divertida le siguió y vio que iba hacia la zona de administración que estaba convenientemente señalada en el pasillo de la izquierda. Miró a su derecha y vio en letras doradas presidencia. Caminó hacia allí y al llegar al final del pasillo vio que a su izquierda se abría un espacio enorme donde había dos mujeres tras unas mesas. Una de ellas contestaba al teléfono y vio que estaba casada. La otra abría unas cartas y no llevaba alianza, pero tenía las fotos de su familia sobre la mesa. Se acercó a la de las cartas y sonrió. —Buenos días.

—Buenos días. La zona de administración está al otro lado del pasillo.

—Sí, lo sé. Vengo a ver a Mark. ¿Puedo pasar?

La del teléfono colgó y la miró algo tensa. —Disculpe, ¿tiene cita? Creo que no.

—Yo no necesito cita. Soy su prometida.

Las dos la miraron de arriba abajo demostrando que no era el tipo de Mark para nada. La que parecía la jefa se levantó mostrando un vestido rosa mientras que la de las cartas acercó la mano al teléfono seguramente para llamar a seguridad. —Nos conocimos en Santorini —dijo con una sonrisa en el rostro.

—Disculpe...

—Rosaura Sennet —dijo alargando la mano.

La mujer se la estrechó. —Alice Ford.

—Mucho gusto, Alice. Está en el despacho, ¿verdad? Vengo a darle una sorpresa. Me debe mi anillo. —Se echó a reír. —Nunca encuentra el momento adecuado para entregármelo.

—¿Puede esperar un momentito? —Levantó el teléfono a toda prisa y ella miró a la otra que forzó una sonrisa. —Señor Leighton, está aquí la señorita Sennet.

Dos segundos después de repente se abrió la puerta y allí estaba Mark con cara de pasmo

en mangas de camisa. —¡Hola, cielo! —Corrió hacia él y le abrazó por el cuello antes de darle un beso en los labios. —Has sido malo, pero te perdono. —Besó sus labios de nuevo un par de veces y este la cogió por la cintura metiéndola en el despacho para cerrar de un portazo antes de cogerla por los brazos para apartarla.

—¿Qué haces aquí?

—Te echaba de menos. —Fue hasta la mesa y dejó su bolso sobre ella antes de ver las mesas inclinadas que tenía en los laterales llenas de planos. —¿Puedo verlos?

—¡No! Tienes que irte. —Se acercó a ella para coger su bolso y su brazo.

—Tengo que preguntarte algo.

—No me interesa. —Le puso el bolso delante, pero ella no lo cogió. —Rosaura...

—Te fuiste.

—¡Porque no quiero nada contigo! ¿No te quedó claro? ¡Para ser alguien que saca matrículas de honor, eres corta de entendederas!

—Uy, estás de mal humor. ¿No te alegras de verme?

—¿Todavía no te ha quedado claro?

Le puso el bolso en el pecho de mala manera y no tuvo más remedio que cogerlo y al ver que iba a abrir la puerta le soltó —Se lo he dicho a papá.

Mark se giró lentamente para mirarla como si quisiera matarla con esos ojos negros que adoraba. Sonrió como una tonta. —Y lo aprueba.

—¿Qué has dicho?

—Que lo aprueba. Pero quiere verte. Será para advertirte y esas cosas. Temas entre suegro y yerno con amenazas de sangre y esas estupideces. Bah, tú tranquilo.

—¿Qué has dicho? —gritó más alto dando un paso hacia ella. Rosaura retrocedió.

—¿No te alegra?

—¿Cómo va a alegrarme! —Entrecerró los ojos. —¿Tú no estás bien, verdad?

—¿Ahora vas a llamarme loca? Me besaste. —Chasqueó la lengua mientras él se cabreaba aún más. —He revisado las fechas y nos viene bien el sábado veinticinco de abril. Es una buena fecha para la luna de miel, ¿verdad? ¿Tienes algún proyecto para esa fecha? —Al ver que no se movía levantó una ceja. —Cariño, mira la agenda. Eres un hombre muy ocupado y...

—¡Fuera de mi despacho! ¡Y de mi vida!

La verdad es que tanto rechazo empezaba a molestarla un poco, pero había que insistir. — Bah, no hablas en serio.

—¡Sí! ¡Hablo muy en serio!

Le advirtió con sus preciosos ojos verdes. —Y yo también. Muy bien, será el veinticinco. Luego no me digas que no te lo advertí. Ahora la fecha ya no se cambia.

—¿Es que estás sorda?

—¿Dónde vives? —La miró con espanto. —Es por si mi piso es más grande. Todavía no me he mudado, pero si nos vale tu casa ya no me cambio, claro.

—Nena... —La cogió por los brazos y la sentó en una silla ante el escritorio. —No voy a casarme contigo.

—Y yo te he dicho que sí.

—¿Yo no tengo nada que decir?

—Claro que sí. Yo te escucho. —Se lo comió con los ojos. —Estás más moreno. — Acarició su mejilla y él cogió su mano a toda prisa. —Yo también. Nos hubiéramos puesto morenos juntos, pero eres un poco escurridizo.

—¿Y eso no te dejó claro que no quiero nada contigo?

—No hablas en serio.

—¡Hablo muy en serio! —gritó exasperado incorporándose.

—Tienes el mismo carácter que papá. Os dan unos repentes... —Negó con la cabeza. —
Pero tranquilo que yo sé cómo tratarte. —Se levantó de golpe. —¡A mí no me hablas en ese tono!

—¡Como no te vayas de mi vida, llamo a mi abogado! ¡Eres una acosadora!

—¿Me estás amenazando?

—Tú empezaste esto. Puedes terminarlo ahora mismo.

—Que más quisieras. —Se cruzó de brazos. —Pues no me voy.

Furioso rodeó la mesa. —Eso ya lo veremos.

Mientras gritaba al teléfono que llamaran a seguridad y a su abogado de inmediato ella corrió hasta la mesa de dibujo y vio en lo que estaba trabajando en ese momento. Se le cortó el aliento al ver que era una casa. Una casa con el inconfundible estilo de Gaudí. Hasta tenía las especificaciones de donde iba el ladrillo rojo y donde iban colocados los azulejos.

—¡Rosaura!

—¡Es preciosa, Mark! ¡Me encanta! Gaudí es mi favorito, pero no hice el proyecto de fin de carrera inspirada en él porque sabía que muchos lo harían —dijo sin mirarle siquiera—. ¿Para dónde es? —preguntó emocionada—. ¿Ya la has empezado? ¿Puedo ir a verla? Cuando estuve en España convencí a mis amigas para ir a Barcelona. Cuando acaben la Sagrada Familia será maravillosa como todo lo que hizo. —Sintió su presencia tras ella y levantó la vista hacia él. —
¿Dónde la vas a hacer?

—En los Hamptons.

Se le cortó el aliento. —¿Es para ti?

—Ya la han empezado. Los azulejos me los están haciendo en Marruecos. Cada uno único por ser hechos a mano.

—Es un sueño. ¿Y su interior?

—Nena, eso ya sería demasiado, ¿no crees? En este siglo eso ya no es práctico. Y quiero

usar esa casa.

—No puedes dejarla a medias. Él cuidaba hasta el más mínimo detalle y su interior tiene que estar a la altura.

Mark sonrió. —¿Y tú qué harías?

—¿Recuerdas las bóvedas blancas de la Casa Batlló?

—No hay suficiente altura.

—Pues mosaicos y vidrieras en el techo.

Él entrecerró los ojos. —¿Y el tejado? Ya lo he encargado.

—Y lo que haya a la vista lo haces, pero... —Dio la vuelta a la hoja para mostrar la última planta. —Esta parte de aquí no se ve desde fuera y puedes hacer una vidriera. Un rosetón que aparte de dar mucha luz natural, quede bonito. Y azulejos en cada pared este para que les de la luz al amanecer. Dorados como la puerta. No has puesto la puerta principal y tiene que llamar la atención. Y falta una chimenea en el dormitorio principal. Son muy románticas y en los Hamptons en invierno hace frío.

En ese momento entraron cuatro hombres de seguridad y Rosaura suspiró mirando hacia ellos. —¿Tengo que irme? —preguntó decepcionada.

Él apretó los labios antes de contestar —Sí, nena. Es lo mejor.

Ella fue hasta su bolso y lo cogió. —¿Sabes? Quien ha diseñado esa casa es el hombre perfecto para mí. Pero ese no es el problema, ¿verdad? —Le miró a los ojos. —No quieres darme ni la más mínima oportunidad.

Mark fue hasta el ventanal dándole la espalda y metió las manos en los bolsillos del pantalón provocando que Rosaura sintiera un nudo en la garganta por su rechazo. Uno de seguridad la cogió por un brazo con fuerza y ella se quejó sin darse cuenta. —¡No le hagáis daño! —gritó furioso volviéndose.

Rosaura le miró a los ojos y esas palabras le dieron el valor de levantar la barbilla y sonreír. —No me voy a rendir.

—Llévala.

Como una reina levantó la cabeza y caminó entre los de seguridad. Al salir del despacho vio que las secretarias estaban de pie y ella les guiñó un ojo antes de alejarse como si fuera la dueña.

Capítulo 5

—¿Te echó? —preguntó Margaret dejando el tenedor en el plato—. Qué vergüenza. ¿Y con los de seguridad?

—Sí, el jefe de seguridad me dijo que ni se me ocurra volver por allí —reprimió la risa—. Pues se va a cansar, porque me va a ver hasta en la sopa.

—¿Piensas volver?

—Hasta que no me case no, claro. O hasta que me comprometa. —Cogió su copa de vino y dio un sorbito. —Me lo está poniendo difícil.

—¿Y cuál es tu siguiente paso? —preguntó Liza intrigada.

—Ir a su casa. Esta noche.

—¿Sabes dónde vive?

—Seguro que mi padre lo tiene apuntado en alguno de esos informes que le hace el detective. No será difícil encontrarlo.

—Vaya valor que tienes —dijo Margaret admirada—. Yo no me atrevería a más. ¿Y si te denuncia?

—No lo hará. Le gusto. Solo tiene que conocerme y para eso tengo que obligarle. Es muy cabezota. Ya se lo haré pagar cuando nos casemos.

Margaret se echó a reír. —¿Te estás divirtiendo?

—¿Cómo se va a estar divirtiendo? Está haciendo un ridículo espantoso.

—Vaya, gracias. —Se metió el tenedor en la boca y saboreó los espaguetis.

—¿Y cómo vas a entrar en la casa?

—Como se ha hecho siempre. Sobornando al portero. —Tragó los espaguetis. —Le haré la cena.

—¡No! —exclamaron sus amigas.

—¿No?

—Cariño, cocinas fatal —dijo Margaret intentando ser delicada.

—O sea, que si quieres que salga corriendo hazle la cena.

—Qué exageradas. Porque un día quemé los espaguetis.

—Mira que es difícil hacer mal unos espaguetis. Además es un hombre ocupado, ¿y si sale a cenar?

—¿Y si llega acompañado? —preguntó Liza preocupada—. Quedarás como el culo.

—¿Cómo acompañado? ¡Ni se le ocurriría! —Las caras de sus amigas le dijeron que era muy posible. —Esa posibilidad no la había barajado.

—¿Con su curriculum? —Liza no salía de su asombro. —Ese ya se ha llevado diez a la cama desde que no le ves.

—No le digas eso.

—Hay que ser realista.

—Liza tiene razón. Hay que ser realista. —Se levantó cogiendo su bolso y salió corriendo.

—¿A dónde va? —preguntó Margaret asombrada.

—¿Tú que crees? A vigilarle para fastidiarle el plan.

—¿Crees que lo conseguirá?

—Estamos hablando de Rosaura. Ese ya está casado, aunque no lo sepa.

—¡O acaba en la cárcel!

—Eso también puede ser. Pero no será mucho tiempo. —Liza se encogió de hombros. —
Iremos a visitarla.

—Por supuesto.

Después de esperar tres horas a que saliera de la oficina, le vio subirse a la limusina. A toda prisa cogió un taxi y le dijo que le siguiera como en las películas. Afortunadamente el chófer creía que era un tema de cuernos y no le perdió de vista. Y era un tema de cuernos, porque como le viera con otra ahora que lo consideraba suyo iban a salir en el periódico y no por el anuncio de la boda.

Se detuvieron ante un edificio del Soho y se dio cuenta de que era su casa. El edificio de ladrillo rojo había sido un antiguo almacén de carne. Por allí había muchos, pero al ver una luz en el primer piso se dio cuenta de que había sido modernizado recientemente. Sonrió porque era uno de los suyos.

—Señorita, ¿va a quedarse aquí?

—Esperé. Le daré propina.

—La limusina se va.

Miró su reloj. Eran las seis. —Si sale tardará una hora como mucho. —Aún era de día, así que las luces del último piso no se encendieron. Frunció el ceño porque le parecía raro que se hubiera quedado otro piso que no fuera el ático. Entonces pensó que para qué esperar. Ahora estaba solo. Sonrió sacando cincuenta dólares. —Tome, quédese la vuelta. He cambiado de opinión.

—Mire, se abre el garaje. Si quiere entrar, por ahí tiene vía libre.

—Gracias. —Corrió fuera del taxi y entró en el callejón como si buscara algo en su bolso mientras un Porsche con una rubia salía del garaje. —¿Esa es tu vecina, cielo? No me gusta. —

Corrió hacia la puerta antes de que se cerrara y gimió cuando bajó la rampa porque estaba oscuro. Sacó el móvil y lo encendió. —¿Dónde coño estaba la linterna? —Entre tanto icono no lo encontraba. Cuando se encendió la luz del teléfono sonrió y bajó la rampa con cuidado.

Cuando llegó a los coches buscó la puerta y al verla corrió hacia ella. Pero al encontrarse un teclado de seguridad maldijo al taxista, porque le hubiera sido mucho más fácil llamar al timbre fingiendo que era un repartidor. Se quedó allí varios minutos esperando a que bajara alguien, pero después de que pasara media hora temió perderle, así que pensó en qué podía hacer. Llamar a su padre. Pero cuando estaba a punto de marcar miró el cochazo que tenía frente a ella y se acercó. Le dio una patada a la rueda, pero no saltó la alarma. Metió el móvil en el bolso y puso las dos manos sobre el capó empujando hacia abajo, pero nada tampoco. —Menuda mierda de sistema de seguridad. —Fue hasta la puerta del pasajero y la intentó abrir, entonces sí. Una alarma que taladraba los tímpanos se encendió de manera estridente asustándola mientras que las luces del coche se volvían locas y ella corrió hacia la puerta. Esperaba que no hubiera cámaras de seguridad. —¿Cómo no va a haber cámaras de seguridad? Aquí solo viven pijos, Rosaura. Claro que las hay. Estás más que fichada. Ya verás cuando se entere papá. —Miró a su alrededor mientras esperaba, pero allí no bajaba nadie. Y después de un par de minutos la alarma se detuvo.

Jadeó mirando el coche y corrió hacia él para intentar abrir de nuevo la puerta antes de correr de nuevo hasta la salida, pero no había llegado todavía cuando esta se abrió y allí estaba Mark vestido con un polo negro y unos vaqueros. Estaba tan guapo que quitaba el aliento, aunque su cara era un poema, la verdad. Le acababa de dar la sorpresa de su vida.

Forzó una sonrisa. —¿Vas a algún sitio? ¿No habrás quedado?

La señaló con el dedo. —Nena...

Se acercó a él. —¿Vamos a cenar? Me han hablado de un sitio aquí al lado que dicen que tiene un chef que es un genio.

—¡Ya he quedado! —Fue hasta el coche y lo abrió con el mando.

—¿No será una tía?

—¿La última vez que la vi sí lo era! —Se metió en el coche e iba a cerrar la puerta cuando ella se puso ante el vehículo para que no se fuera. —¿Rosaura! ¡Sal de ahí!

—¿No vas a quedar con otra hasta que no me des una oportunidad! ¡Me lo he ganado!

Se puso de pie sin llegar a salir del coche. —¿Aparta!

—Ah, no.

—Me estás haciendo perder el tiempo.

Ella frunció el ceño. —¿A dónde vas en coche? Nadie coge el coche por la ciudad. — Abrió los ojos como platos. —¿Vas a ver la casa? —Él gruñó y Rosaura sonrió ilusionada. — ¿Puedo ir?

—¿No! ¡Aparta de una vez!

Retándole con sus preciosos ojos verdes se cruzó de brazos. —Oblígame.

Él salió del coche y por su rostro parecía que quería matarla. Chilló corriendo hacia el coche y se sentó en el asiento del copiloto antes de que pudiera evitarlo. —¿Sal de ahí!

—¿No! —Cerró el seguro antes de que pudiera abrir la puerta.

—¿Rosaura! —La señaló con el dedo por la ventanilla. —¿Me estás colmando la paciencia!

—¿Voy contigo! ¡Quiero verla!

Él entrecerró los ojos mirándola a través de la ventanilla del coche. —¿Quieres verla? Muy bien. —Rodeó el coche por delante sin quitarle la vista de encima. Reprimió el grito de alegría que pugnaba por salir y simplemente sonrió de oreja a oreja mientras él se sentaba a su lado.

—Me encanta los Hamptons. Papá no quiso comprar una casa allí, ¿sabes? Solo voy a casa de Margaret algún fin de semana. Sus padres nos la dejan cuando tienen otros compromisos. ¿Está

cerca de la playa?

Él no contestó mientras metía la marcha y hacía rugir el motor del coche antes de acelerar hacia la rampa. Del impulso cayó hacia atrás sobre el asiento de cuero y al ver el muro del callejón gritó de miedo, pero Mark giró el volante justo a tiempo saliendo del callejón. Gritó de nuevo por los coches que pasaban por la carretera y antes de salir frenó de repente haciendo resbalar a Rosaura de su asiento para empotrarse contra el salpicadero. Uff, qué golpe. Menos mal que había puesto las manos ante la cara porque el porrazo contra el parabrisas hubiera sido la leche. Aunque sus costillas se habían llevado un buen golpe.

—¿Estás bien? —preguntó molesto.

Ella le miró y forzó una sonrisa. —Por algo dicen que hay que ponerse el cinturón. —Al volverse para coger el cinto un dolor en el costado la hizo morderse el labio inferior y tiró de él para colocarlo en su enganche. Le escuchó gruñir y se preguntó si estaba dispuesta a arriesgar el pellejo en aquella lata con ruedas simplemente para estar con un tío que no quería ni verla y la respuesta llegó enseguida. Sí. Miró su perfil y sonrió. —No me has respondido. ¿Está ante la playa? —Contenta vio que se incorporaba a la vía de manera normal, así que solo había querido asustarla. —¿Mark?

Él apretó el volante como si estuviera estrangulando a alguien. Ah, la técnica del silencio para mostrar enfado. Dejó el bolso ante ella para ponerse cómoda porque eran ciento cincuenta kilómetros hasta allí. —¿Te importa si me quito los tacones? —Se los quitó y movió los dedos. Los tenía coloraditos. —Me tienes todo el día de un lado a otro. —Suspiró apoyando la espalda en el respaldo. —¿Cómo van las obras? —Como no le contestaba le miró de nuevo y apretó los labios. —Cielo, esa actitud es algo infantil.

—¿Quién va a hablar de ser infantil! —La fulminó con la mirada.

Chasqueó la lengua. —Voy a llamar a mi madre para decirle que hoy no voy a dormir.

La miró atónito y vio como sacaba el móvil del bolso. El sonido de un claxon le hizo

reaccionar y giró el volante jurando por lo bajo. —Así que has cambiado de opinión —dijo él entre dientes mientras ella marcaba el número de su madre.

—¿En qué, cielo?

—¡Ahora quieres sexo!

—Sí quiero, pero no me dejes llevar antes de la boda.

—¿Entonces para qué vas a decir que no vas a dormir?

—¿Mamá? —dijo al teléfono—. Sí, no voy a ir a cenar. Es que estoy con Mark. Vamos a los Hamptons, ¿sabes? —La miró como si fuera una loca peligrosa. —Oh, sí. Vamos a ver cómo va la construcción de su nueva casa allí. ¡Estilo Gaudí! Sí, con lo que me gusta. —Encantada sonrió. —¿Ves cómo tenía razón? Es perfecto para mí. Así que dile a papá que no se preocupe que estoy con él. —Se echó a reír. —Sí, el pobrecito ahora no pegará ojo. No, cenaremos por allí y como se hará tarde dormiremos en algún sitio. —Mark estaba atónito y más cuando soltó una risita. —No, mamá. No me voy a acostar con él, pero si lo hiciera seguro que tiene condones. —Miró a Mark. —¿Verdad que sí?

—Cuelga el teléfono —gruñó con ganas de matarla.

Ella no le hizo ni caso. —Sí, mamá. Es un chico seguro. —Se echó a reír. —Sí, con su curriculum como para no serlo. ¿Tati? —Gimió llevándose la mano a la frente. —Se me había olvidado. Mañana es sábado... —Pensando se mordió el labio inferior. —El domingo por la tarde la llevamos.

Mark giró la cabeza hacia ella como un resorte y Rosaura sonrió. —Sí, ya sé que le encanta Frozen. —Soltó una risita. —Sí, así me entero de como se le dan los niños. Imagínate que no quiere diez como yo. —La cara de horror de Mark era para morirse de la risa. —Veremos cómo lo hace. Sí, Tati va a ponérselo difícil. —Rio divertida. —Pero mi chico es un conquistador nato. No hay mujer que se le resista. —Le dio dos golpecitos en el muslo que casi le hicieron saltar del asiento.

—¡Nena, no hagas eso!

Se echó a reír. —¿Le has oído, mamá? Sí, ya me llama nena. Casi desde el principio. —Le guiñó un ojo y se escuchó un pitido. Él miró al frente dando un volantazo cuando casi se comen un camión. Un claxon sonó cuando casi chocan con una ranchera y le fulminó con la mirada. —Nada mamá, un idiota que no sabe conducir. —Separó un poco el teléfono. —Mamá dice que tengas cuidado.

—Intentaré que lleguemos enteros —dijo entre dientes.

—Es un conductor de primera, mamá. No te preocupes. Y tiene un coche muy seguro. Cariño, ¿qué coche es?

—Un Maserati.

—Un Maserati, mamá. Tiene una pantalla de esas enormes que te guían y pitan cuando te acercas a algo. Sí, antes pitó. El idiota que no sabe conducir. No lo sé, mamá. —Miró a Mark. —Mamá pregunta si se aparca solo.

—Sí, tiene esa función si la quieres.

—Hala... —Se puso el teléfono al oído. —¿Lo has oído, mamá? Sí, ahora hay coches muy modernos. —Se echó a reír. —Y nosotras sin saber conducir. Sí, igual tengo que sacarme el carnet si tenemos una casa tan lejos. Imagínate si pasa algo y tengo que regresar a Nueva York cuanto antes. Y con los niños y todo. Sí, creo que me lo sacaré. Oh, pues vamos juntas a las clases. Puede venir Leslie también. —Miró a Mark. —Leslie es otra de mis hermanas.

—Lo he supuesto —dijo con ironía.

—Ya te dije que es muy listo. ¿Enfadado? Es que he tenido que obligarle un poco para que me llevara. Pero se le pasará. ¿Papá? ¿No ha llegado? Ah, que tenía una reunión. Dile que igual no puedo empezar hasta el mes que viene. Mark me tiene de lo más ocupada y lo primero es él, ya lo sabes. Oh, pues no lo hemos hablado. ¿Trabajar con él? No creo que sea buena idea... —Le miró de reojo viendo que estaba muy tenso. —Sí, tenemos que hablar de esto. Solo faltaba que ahora se

pelearan por con quien trabajo. Tengo que dejarte, mamá. Te llamo mañana. Os quiero. —Colgó el teléfono y lo metió en el bolso.

—Nena... —Sus dientes chirriaron. —¡Qué locuras les estás diciendo a tus padres!

—La verdad, cielo. La pura verdad.

La fulminó con la mirada. —¡Lo dudo mucho!

—Te lo juro. Si crees que me he montado una película...

—¿Que si te la has montado? ¿Diez hijos?

—¿No quieres tantos hijos?

—¿Es que estás loca? ¡Si no quiero ni verte! ¿Cómo voy a querer hijos contigo? ¡Y menos diez!

—Uy, qué mentiroso...

—¡Rosaura!

—Me besaste.

—¡Una cosa es el sexo y otra muy distinta llegar hasta el matrimonio! ¡Eso está muy lejos de entrar en mis planes!

—Pues en los planes que tengo yo sí que entra el matrimonio, el sexo, los hijos y todo lo demás. Y tú. Sobre todo tú. —Sonrió de oreja a oreja. —Vale, tendremos ocho.

—¡Ni medio tengo contigo, chiflada!

—¿Te has puesto nervioso? Cariño, que ya tienes una edad, y se te va a pasar el arroz.

—¡A los hombres no se nos pasa el arroz!

—Ya, pero no sois tan productivos. —Se lo comió con los ojos. —Ahora sí que te deben salir unos hijos bien guapos. A mi padre se le va a caer la baba cuando tengamos el primero. Así que para el año que viene...

—¡Rosaura ya está bien!

—Es que me gusta planear las cosas. Perdona.

Él la miró de reojo. —¿Qué te decía tu madre del trabajo?

Suspiró preocupada. —Me ha preguntado si al final iba a entrar en la empresa. Si me caso contigo...

—¡Mi mujer no va a trabajar para la competencia!

Reprimió una sonrisa. —Eso es lo que nos preocupa. Me he comprometido con papá.

—¡Eso no es lógico, nena!

—Sí, no estaría bien que te quitara los proyectos en los que trabajas —dijo pensativa—.

Nos crearía conflictos.

—¡Exacto! ¡Aunque no me los quitarías, si fuera así sería un conflicto!

—Pero trabajando juntos puede que también los hubiera, ¿no? Yo soy muy cabezota.

—Eso no hace falta que lo jures —dijo por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—Pero somos muy iguales en el trabajo.

—No tengo ni idea, nena... porque jamás he visto algo tuyo.

—Claro que lo has visto.

La miró sorprendido. —¿Perdón?

—La torre Linthwaite es mía.

Él se echó a reír. —Eso no puede ser. Si se inauguró hace tres años.

—Ya.

—Hace tres años no habías acabado la carrera.

—Muy bien, cielo. Llevas bien las cuentas. La diseñé antes de empezar la carrera.

Asombrado la miró. —¿Qué has dicho?

—Cariño, la carretera. —Él esquivó a otro coche. —Sí, mejor me saco el carnet cuanto antes.

—Nena, ¿quieres explicarte?

—Llevo entre arquitectos toda la vida. No sé de qué te extrañas. Con cinco años ya pedí mi primer juego de escuadras y cartabones. —Sus ojos brillaron. —Todavía los conservo, ¿sabes? Son de Hello Kitty. Preciosos. Papá me dio unos planos y los imité punto por punto hasta que quedaron perfectos. Tardé tres años, pero papá estaba tan orgulloso que los encuadró y están en su despacho. Poco a poco fui aprendiendo y con dieciséis años en mis ratos libres hice una torre de cristal. A papá le gustó y lo presentó.

—¡Como si fuera suyo! ¡Eso es un fraude!

—No, no es un fraude. Yo se los cedí. Además tú también tienes muchos arquitectos trabajando para ti, que seguramente tienen muchas ideas que usas y nadie dice que es un fraude. Papá hace lo mismo. —Sonrió orgullosa. —Quedó bien, ¿verdad?

—¿Cuántas cosas tuvieron que ajustar de tu proyecto?

—Tuvieron que quitar treinta pisos. —Hizo una mueca. —No había tanto presupuesto. Y aun así se disparó un poco.

—Increíble —susurró mirando al frente—. Con treinta pisos más hubiera sido espectacular.

—Sí. No me lo podía creer cuando a Linthwaite le gustó mi proyecto. Me sentí tan...

Mark sonrió levantando una ceja. —¿Orgullosa de tu trabajo?

—Sí. Todas aquellas horas merecieron la pena. Mi padre estaba más orgulloso que si hubieran elegido un proyecto suyo.

—Es lógico, nena.

—Por eso cuando nos casemos... —Gimió. —Compréndelo cielo, es mi padre.

—¡Y yo sería tu marido!

—Pero la independencia en un matrimonio también está bien. Así no hablaríamos de trabajo en casa. —Soltó una risita. —Para no discutir.

—¡Cuando mi padre llegaba del trabajo, se desahogaba soltando pestes de su jefe con su mujer! ¡Y después de descargar y de que ella le dijera algo que le dejara como una malva, a cenar!

Ella lo pensó porque su padre también hacía lo mismo. —Pues tienes razón. Pero si tengo que soltar pestes de mi jefe, ese serías tú, y habría conflictos, pocas malvas y la cena saldría por la ventana.

Mark la miró sorprendido antes de echarse a reír. Y ella fascinada escuchó su risa y sonrió cuando le vio negar con la cabeza. —Esto es de locos.

—¿Por qué? ¿Porque tengo las ideas claras respecto a que te quiero a mi lado?

—Sí, nena. No me conoces.

—Aunque tienes mala leche... Eres un trabajador incansable, responsable, generoso, muy sexy, tienes valor y haces que mi corazón brinque de felicidad cada vez que estás a mi lado. ¿Qué más puedo querer saber?

La miró pensativo antes de girar la cabeza hacia la carretera y se quedó en silencio durante varios minutos. Ella se preguntó qué estaría pensando. Mejor distraerle un poco.

—¿Miro en Google dónde se cena mejor?

—Después de soltarme todo eso, ¿me preguntas dónde cenamos?

—Es que tengo hambre. Casi no me has dejado comer.

—¿Yo?

—No quería perderte de vista por si quedabas con otra. —Él puso los ojos en blanco antes de salir en la siguiente salida. —¿Qué haces?

—Nena, necesitamos gasolina.

—Ah. Genial, así compro patatas fritas.

—¡Ni hablar! ¡Me vas a ensuciar el coche!

—Las cosas son para usarlas.

Mark gruñó deteniendo el coche entre los surtidores. Se puso los zapatos a toda prisa y cogió su bolso para salir del coche. —Voy al baño.

Él asintió abriendo el depósito. Rosaura caminó hacia la señal donde decía que estaba el baño de señoras y de repente se detuvo para volverse. —No me dejarás aquí, ¿verdad?

Mark la miró por encima del hombro. —Nena, date prisa. ¡No quiero ver la casa de noche! Todavía no han finalizado la instalación de la luz.

Sonrió radiante y alguien silbó. Se volvió y un camionero le guiñó un ojo. Pasó frente a él sonrojándose un poco por su descaro y él la siguió con la mirada. —Ahí va un ángel...

—¡Eh, tú! —Los dos se volvieron para ver que Mark le miraba furioso. —¿Quieres ver ángeles de verdad? ¡Pues vuelve a mirar a mi mujer y los vas a ver muy de cerca!

El camionero levantó las manos en son de paz. —Tranquilo, amigo... Es como admirar una obra de arte. Se mira, pero no se toca.

—Rosaura, ¿vas al baño o no?

—Sí, sí... —Sintiéndose genial por su mosqueo casi corrió hacia el baño. Había dicho que era su mujer. La emoción casi le hace caer de bruces al tropezar con un pequeño escalón que había a la entrada del baño. —Este no se me escapa. Ya casi está en el bote.

Capítulo 6

Se dio tanta prisa que ni se dio cuenta de que llevaba un pedazo de papel higiénico en el zapato. Corrió hasta la gasolinera y cuando dio la vuelta a la esquina miró a un lado y a otro. Frunció el ceño caminando hacia la puerta de la tienda y estiró el cuello mirando en su interior, pero estaba vacía. —¿Mark? —Se volvió pero su coche no estaba en ningún sitio. Jadeó indignada. ¡La había dejado tirada en una gasolinera a kilómetros de casa! Uy, este quería guerra.

El camionero pasó ante ella en su camión y se detuvo. —¿Quieres que te lleve, guapa? Tienes pinta de ir hacia los Hamptons.

Se mordió el labio inferior. Subirse a un vehículo con un desconocido... No estaba tan loca. El tipo sonrió. —Estoy casado y tengo cuatro hijos. Que admire un ángel no significa que toque lo que no me corresponde. Mi Louise me mataría. Además, creo que necesitas ayuda.

Ella entrecerró los ojos. —Enséñame una foto de tu familia.

Él sacó el móvil y riendo movió el dedo por la pantalla. —Qué desconfiadas son las mujeres.

—Sí, como para confiar está la cosa con todos los psicópatas que hay por ahí.

Volvió el teléfono y mostró a una bonita familia. De hecho los tres niños y la niña eran para comérselos de lo guapos que eran. Miró asombrada al hombre que se echó a reír. —Sí, han salido a su madre. —Le abrió la puerta y esta se cogió a ella para subir el escalón. —Bien, ángel. Voy hacia los Hamptons. Supongo que como es fin de semana vas hacia allí.

—Sí —dijo ilusionada.

La miró de reojo metiendo la marcha y salieron a la carretera. —Ese tipo... Le vi largarse.

Ni echó gasolina. Se quedó mirando el surtidor como si fuera lo más interesante del mundo y de repente lo metió en su sitio para subirse al coche cagando leches como si le persiguiera el diablo.

Apretó los labios antes de mirarle. —Es mi futuro marido.

—No está bien lo que ha hecho.

—Quiere dejarme claro que no va a casarse conmigo.

La miró sorprendido. —Pues lo ha dejado muy claro. ¿Así que quiere romper el compromiso?

—Tiene miedo.

—Si a mi niña le hicieran eso, le... —Apretó los labios y ella se sonrojó por lo que diría su padre. —No, no hay hombre que le haga eso a mi hija y siga tan contento. Y dejarla tirada en una gasolinera...

—Es que yo insistí en la boda, ¿sabes?

—Es lo mismo. —La miró de reojo. —Perdona, no es asunto mío, ángel.

—¿Por qué me llamas así?

Él sonrió de medio lado. —Porque lo eres. Tan bonita como un ángel. —Le guiñó un ojo. —Me recuerdas a una chica que había en mi instituto.

Se echó a reír sin poder evitarlo—¿Animadora?

—¿Cómo lo sabes?

—Todos los chicos se enamoran de las animadoras. Pero yo no lo fui. Quería centrarme en otras cosas.

—Buena estudiante, ¿eh?

—La mejor.

—¿Y cómo una chica tan lista se ha colgado de ese idiota?

Hizo una mueca. —Mi padre piensa lo mismo.

—Y no vas a hacernos caso, ¿verdad? —El hombre suspiró mientras ella reía. —¿Qué has visto en él? —La miró de arriba abajo. —Porque tú no eres de las que se impresionan por el cochazo que llevaba. Apuesto a que tienes hasta más dinero que él.

—Es inteligente, guapo y me hace estremecer cuando me mira. ¿Se necesita algo más?

—¿Que te quiera?

—Eso lo conseguiré poco a poco.

—Una chica decidida.

—¿Cómo te llamas?

—Barry Baltimore.

—Yo soy Rosaura Sennet.

—Encantado de conocerte, Rosaura.

—Lo mismo digo.

—Así que le sigues.

—Por supuesto.

—¿Y estás segura de que va a los Hamptons?

—Totalmente.

La miró de reojo. —Te llamó su mujer y parecía celoso antes de salir corriendo.

Sonrió radiante. —¿Verdad que sí? Y solo llevo insistiendo unas tres horas en total desde que nos conocemos.

La miró asombrado. —Entonces vas muy bien.

—Gracias. Pienso lo mismo.

—Así que piensas acosarle hasta que se rinda.

—Acosar es una palabra muy fuerte. Yo prefiero... insistir.

Barry se echó a reír a carcajadas. —¿Y sabes a dónde te tengo que llevar?

—No tengo ni idea. Voy a una casa que está construyendo. Es de estilo Gaudí, ¿sabes? Tan hermosa que quita el aliento. —Barry frunció el ceño. —Tiene unas ventanas que terminan en punta con inspiración mozárabe y es de ladrillo rojo en parte de su fachada. Va a ser un sueño. Es un genio —dijo orgullosa—. La ha diseñado él, ¿sabes?

—¿No tendrá unos azulejos hechos a mano?

Le miró con los ojos como platos. —¿Cómo lo sabes?

—¿Traídos de Marruecos?

—¡Sí!

—Los tengo que entregar dentro de una hora.

Abrió los ojos como platos de la sorpresa antes de que los dos se echaran a reír. —La cara que va a poner cuando nos vea —dijo Barry encantado—. Me muero por verla.

—Y yo —dijo maliciosa.

Hablaron de la familia de Barry y en ese momento llamó su mujer por teléfono. Vivía en Philadelphia y la vería al día siguiente porque dormiría por el camino. Incluso Rosaura habló un rato con ella y no se mostró nada celosa. Todo lo contrario, al decirle que su novio le había dejado tirada en la gasolinera estaba escandalizada. Estuvieron hablando varios minutos y cuando se despidieron entraban en los Hamptons. Él le dijo que la llamaría cuando llegara al hotel y ella le pidió que tuviera cuidado. Cuando colgó él apretó los labios.

—Se preocupa mucho por ti, ¿verdad?

—Me llama seis veces al día para comprobar que estoy bien. A veces me paso cinco días fuera de casa. Lo lleva mal. Últimamente tengo que viajar más lejos por recortes en la empresa.

Ella abrió su bolso. —¿Te importaría mudarte?

La miró sorprendido y ella sonriendo sacó una tarjeta de su bolso. —Necesito un chófer.

Estoy pensando en sacarme el carnet, pero esto es más práctico. Sobre todo cuando tenga niños.

—¿Un chófer? —preguntó asombrado.

—Vivo en Manhattan. Y te necesitaré cuando venga aquí los fines de semana, claro. Dormirás en tu casa todos los días y cuando empiece a trabajar tendrás mucho más tiempo libre.

La miró asombrado. —¿Hablas en serio?

—Claro que sí. Totalmente. No me gusta jugar con la gente. —Dejó la tarjeta sobre el salpicadero y sonrió. —Además mi padre tiene un edificio para empleados donde los alquileres son más baratos. Es un incentivo. No sé cuánto se paga a un chófer... Le preguntaré a mi padre. Te pagaré lo mismo que a Jerry. Jerry es su chófer, ¿sabes? Nos llevaba al colegio cuando éramos pequeños. Sí, un chófer es lo mejor si voy a seguir trabajando cuando me case.

—Rosaura, ¿no te estás haciendo demasiadas ilusiones con ese tipo? Mira que como te defraude...

—Puede que me rechace ahora, pero cuando me entregue su corazón sé que lo hará para siempre —dijo convencida viendo como cruzaban un puente—. Es igual que mi padre. Por eso se llevan tan mal.

Barry apretó los labios. —Mejor espera a ver qué ocurre. Y sácate el carnet, no está mal que lo tengas. Te hace más independiente. Pero sobre todo espera a ver qué ocurre con ese tipo.

—Vale, tú mientras tanto háblalo con tu esposa. A ver qué dice ella.

—¿Nueva York? En cuanto lo mencione empieza a hacer las maletas. Sus padres viven allí.

—Ah, entonces está hecho.

Barry se echó a reír. —Llámame cuando te pida matrimonio.

Sus preciosos ojos verdes brillaron. —No tendrás que esperar mucho. Pero de todas maneras llámame cuanto antes. Mi padre siempre está buscando conductores de camiones de fiar

para llevar el material a sus obras. Mientras tanto puedes trabajar en eso si te interesa.

Él asintió. —Me interesa.

Se metieron por una carretera desde donde se veía la playa. Estaba atardeciendo y el paisaje era precioso. —¿Es por aquí?

—Está aquí mismo.

Giró hacia la izquierda entrando por un camino que estaba casi cubierto de arena y se le cortó el aliento porque allí había muchas menos casas. El mar estaba en calma y la construcción que estaba muy avanzada ya mostraba la belleza que tendría en cuanto se terminara. La torre giraba sobre sí misma hasta terminar en un tejado en punta.

—Vaya, no está mal —dijo Barry impresionado.

—¿No está mal? —Sin aliento no podía dejar de mirarla. —Es un sueño. —Al mirar a su alrededor vio que solo había una edificación lo bastante lejos como para tener privacidad. Era perfecta.

Debieron escuchar que se acercaba el camión porque Mark apareció tras una esquina con un hombre de la edad de su padre a su lado. Cuando lo vio Rosaura se tensó con fuerza porque le conocía muy bien. En cuanto Barry detuvo el camión, abrió la puerta y bajó cerrando de un portazo. Mark entrecerró los ojos al verla acercarse furiosa. —Nena...

—¿Qué haces tú aquí? —gritó sin mirarle siquiera para dirigirse a su encargado de obra.

Sean McGillis se enderezó. —Vaya, vaya... Si es la señorita metomentodo.

—¿Trabajas para él?

—Eso no es asunto suyo —dijo con burla.

Puso las manos en jarras. —¿No? ¡Pues ya te estás buscando otro trabajo donde escaquees el material! ¡Mark! ¡Este tío es un chorizo! Le eché de la empresa de mi padre porque revendía el material sobrante haciendo como si se hubiera gastado en la obra. ¡Le pillé en la reventa! —

Fulminó con la mirada a aquel sinvergüenza. —¡Tendría que haberte denunciado en lugar de echarte sin más!

—¡Mintió a su padre simplemente porque le caía mal, jefe! ¡No le crea ni una palabra!
¿Acaso falta aquí material?

Rosaura miró a Mark a los ojos. —No le creas. Es un aprovechado.

Mark apretó los labios. —Lleva trabajando para mí dos años y no tengo ninguna queja.

Él sonrió malicioso. —Es un bicho vengativo, jefe. Y todo porque la vi comprando droga a un camello que fue hasta la obra de su papáito.

Jadeó asombrada y se iba a tirar sobre él, pero Barry la cogió por los brazos. —Tranquila, jefa. Una serpiente siempre intenta morder. Tú eres una dama.

Mark se tensó. —Tú eres el de la gasolinera.

—Le he traído a su novia, jefe. Se le olvidó que estaba en el baño —dijo con recochineo, pero Rosaura estaba tan indignada que ni le escuchó intentando zafarse.

—Espera que te coja, sanguijuela.

Sean se echó a reír. —Más quisieras, zorra.

—¡Ya está bien! —gritó Mark furioso—. ¡Sean encárgate del material!

Ella se quedó de piedra porque dejaba que se fuera de rositas, pero lo que más le dolió fue que la había insultado y Mark no se lo había reprochado.

Barry se tensó tras ella y dijo —Repite eso, capullo. —Sean se enderezó todo lo que pudo al ver sus músculos. Además su nuevo amigo era mucho más joven. —Te crees muy valiente con una mujer que no te llega a los hombros. Dime a mí eso de que es una zorra... —La soltó, así que en cuanto Rosaura quedó libre gritó lanzándose encima del capataz para tirarle de los pelos.

—¡Rosaura! —Mark intentó cogerla por la cintura al igual que Barry, pero Sean se giraba de un lado a otro mientras Rosaura le arañaba la cara con saña gritando como una loca.

—Ya la tengo, jefe —dijo Barry, pero en ese momento se le escapó al girar Sean su espalda hacia Mark, que aprovechó para cogerla por la cintura. Ella negándose a soltar a su presa, se agarró a los cuatro pelos que tenía haciéndole chillar como una niña.

—¡Rosaura, ya está bien!

—¡Maldito capullo! ¡Repite eso de que tomo drogas! ¡No he tomado drogas en la vida!

—Jefe, quítemela de encima. ¡Me va a dejar calvo!

Rosaura tiró con saña haciéndole chillar de nuevo y Mark sujetándola por la cintura con fuerza tiró de nuevo haciéndola gruñir de dolor porque tocó el golpe que se había dado antes en su coche. Al soltarle se quedó con un mechón de cabello de aquel imbécil en la mano y se lo mostró.

—¿Ves esto? ¡Te voy a despellejar vivo, capullo!

Barry hizo una mueca. —Vaya carácter que tiene el angelito.

—¡Te voy a denunciar, zorra!

—Déjame Mark, que me voy a cagar en su...

—¡Basta! —Mark la dejó en el suelo y la sujetó por el brazo para volverla con furia. —
¡Basta, Rosaura!

—No puedes creerle, Mark. Te juro...

—¡No me jures! ¡Él se ha comportado como el empleado perfecto en estos dos años y tú solo pareces una loca! —le gritó a la cara haciéndola palidecer.

—Pero...

—Amigo, va a arrepentirse de sus palabras —dijo Barry con pesar.

—¡Métete en tus asuntos! —gritó él fuera de sí tirando del brazo de Rosaura para que le mirara. Ella sintió un chasquido en su costado que fue como una cuchillada. —¡Y tú desaparece de mi vida, joder! ¿No te ha quedado claro todavía?

Asustada por su mirada dio un paso atrás y al girarse gritó de dolor llevándose la mano

libre bajo el pecho. Barry empujó a Mark y este la soltó. Cuando su nuevo amigo miró hacia ella la vio de rodillas sobre la arena respirando agitadamente. Barry se agachó. —¿Rosaura?

Pálida levantó la vista hacia él reprimiendo las lágrimas. —Me cuesta respirar —dijo agitada.

—Está fingiendo —dijo Mark con desprecio.

—Eso, jefe. No le haga ni caso.

Alargó la mano y dijo jadeante —¿Barry?

—Respira más despacio.

—No tengo aire. Me duele mucho. —Sollozó y Mark muy tenso dio un paso hacia ella.

—Vamos a llevarte a un médico —dijo Barry agachándose para cogerla en brazos.

—¡No me jodas, tío! ¡Necesitamos esos azulejos! —gritó Sean—. ¡Ese camión no se mueve de aquí!

Totalmente pálida empezó a sudar profusamente y Barry al ver lo que le costaba respirar corrió hacia el camión. —¡Ayudadme a subirla, joder!

—Está fingiendo —dijo Mark más inseguro.

—¿Cómo va a fingir esto?

Ella elevó los párpados y le miró a los ojos respirando agitadamente. Mark palideció al darse cuenta de su sufrimiento. —Vamos en mi coche.

Barry corrió hacia el coche y la sentó en el asiento del copiloto. Mark se sentó a su lado y Rosaura sintiendo que su corazón iba a mil susurró sin aliento —Me estoy muriendo.

Él arrancó el coche mientras Barry se sentaba atrás a toda prisa. Mark la miró de reojo. —No te estás muriendo. ¿Cómo te va a pasar esto de repente? —gritó de los nervios.

—¡Joder, date prisa! —gritó Barry metiendo la cabeza entre ellos—. ¿Ángel? —Él extendió su mano y al verla se la cogió necesitando asirse a algo. Ese gesto la hizo lloriquear de

miedo sabiendo que él sí que estaba asustado. Mark la miró de reojo antes de acelerar. Intentó concentrarse en su respiración, pero empezó a toser. Creyó que se había babado y llevó su mano a la boca. Al ver la sangre empezó a temblar de miedo y Mark juró por lo bajo.

Con los ojos como platos miró a Mark. —Tranquila nena, ya llegamos. El hospital de Southampton está aquí cerca. Solo tenemos que atravesar la ciudad.

—Date prisa —siseó Barry.

Mark tocó el claxon un par de veces sin detenerse en los semáforos y escucharon una sirena. Un motorista se puso a la altura de la ventanilla por el lado de Rosaura y en ese momento tuvo otro ataque de tos. Al ver la situación le hizo un gesto con el brazo para que continuara antes de ponerse ante él con la sirena encendida.

—Joder, menos mal. —Barry apretó su mano. —Enseguida llegamos.

—Me estoy muriendo —dijo con la boca llena de sangre.

—¡No te estás muriendo! —Mark golpeó el volante y la cogió por el muslo. —¿Te acuerdas en Grecia, nena? No dejé que te pasara nada, ¿verdad? Y no te va a pasar nada ahora.

Ella no le creyó y más cuando volvió a toser esta vez sangrando más. Ni se dio cuenta cuando el coche frenó ante la puerta de urgencias ni como Mark salía pegando gritos. Se abrió su puerta y ella solo podía mirar las manos llenas de sangre. Ni fue consciente de que la cogían en brazos ni de que Mark la tumbaba sobre una camilla antes de que los sanitarios corrieran con ella hacia el interior del hospital. Una mujer gritaba a su lado y le pusieron una mascarilla de oxígeno. Eso la hizo respirar mejor mientras le cortaban la ropa. Rosaura apretó la sábana de la camilla entre sus manos y una doctora de la edad de su madre se puso sobre ella y sonrió. —Tranquila, estás en buenas manos.

Increíblemente Rosaura la creyó.

Capítulo 7

Barry sentado en aquella silla de plástico observó como Mark pasándose la mano por la nuca hablaba por teléfono muy serio. En cuanto colgó apretó los labios y miró hacia la puerta de urgencias antes de volverse hacia él. —Puedes irte si quieres.

—Ni de coña. Y menos hasta que no llegue su familia. ¿Qué te han dicho?

—Su padre aún estaba en el despacho. Ha dicho que recogerá a su mujer en casa y que vienen de inmediato. Me ha preguntado qué ha ocurrido, pero no sé qué decirle. —Mark le miró con desconfianza. —Estaba bien cuando estaba conmigo.

—Tío, a mí no me mires. No le he tocado un pelo. ¿La viste asustada de mí acaso? Yo diría que la has asustado tú mucho más que yo, capullo arrogante.

Mark apretó los labios. —No entiendes nada.

—Claro, a mí no me persigue una niña preciosa y rica para que la quiera.

—¡Pero es que yo no quiero quererla!

Barry sonrió. —Ella tiene razón.

—¿En qué? —preguntó agresivo.

—Le tienes miedo. Tío, no te juzgo. Eres guapo y rico. Seguro que te estás divirtiendo de lo lindo con un montón de tías tras de ti. —Mark apretó las mandíbulas furioso. —Claro, llega una tía preciosa y lista que te gusta, así que no quieres renunciar a tu soltería. Que jode, te lo digo yo, pero también compensa. Levantarse con la misma mujer cada día, con la mujer que amas, compensa y mucho. Y cuando se tienen mocosos... —Sonrió de oreja a oreja. —No hay nada igual en el mundo. Luego te vuelven loco, pero ya no los cambiaría por nada.

Mark se sentó a su lado y suspiró. —Cree que soy perfecto para ella. —Sonrió divertido. —Tiene las ideas claras, eso es evidente.

—Pues a ver cómo las tiene de claras cuando salga de aquí, porque creo que como te has comportado hoy es un antes y un después a eso de que eres perfecto. Tío, ¿cómo se te ocurre dejarla tirada en una gasolinera? ¡Podría haberse subido con cualquiera!

—Creía que llamaría a su padre.

—Pues ya ves que no. —Mark apoyó los codos sobre los muslos y se pasó las manos por la cara antes de apretárselas nervioso. —Se pondrá bien.

Giró la cabeza hacia él. —¿Cómo lo sabes?

—Porque es un ángel.

Él se enderezó. —Oye tío, deja de llamarla así —siseó mirándole muy tenso.

—¿Te molesta?

—¡Sí!

—Pues no sé por qué si no quieres nada con ella.

Mark iba a decir algo cuando la puerta se abrió. —¿Familiares de Rosaura Sennet? —Se levantó de golpe yendo hacia la doctora. Esta sonrió. —¿Es su novio?

—Sí. ¿Cómo está?

—Tiene un neumotórax.

—¿Qué? —preguntó asombrado.

—Se ha roto una costilla. Al parecer sufrió un golpe esta tarde y se giró de manera brusca. Eso hizo que la costilla rota rozara la pleura que es una membrana que cubre el pulmón. Afortunadamente la costilla ha vuelto a su sitio...

Muy tenso preguntó —¿Tienen que operarla?

—De momento mejora con el oxígeno. Así que esperemos que la herida cicatrice sola.

Estará bajo observación durante unos días para controlar que no empeore. Veremos lo que sucede, pero si empeora puede que sí haya que operar. Esperemos que con el tratamiento actual se reponga cuanto antes. En unas horas la pasaremos a planta.

—Su padre querrá trasladarla de inmediato a Manhattan.

—Lo entiendo, pero les aseguro que aquí está bien cuidada.

—Veremos lo que dice.

Ella asintió. —¿Quiere verla?

Miró hacia atrás y Barry le animó con la cabeza. —Sí, claro.

—Venga conmigo.

La siguió a través de la puerta para entrar en urgencias que a esa hora estaba bastante calmada. —Hoy es un buen día. Mañana será más movido porque será sábado.

—Entiendo. Habrá más gente que venga de la ciudad.

—Exacto. —Se detuvo ante una cortina y la abrió. —Es aquí.

Al ver a Rosaura pálida con los ojos cerrados la miró indeciso. —Es que ahora respira mejor, pero no está dormida.

Rosaura al oír su voz abrió los ojos y miró los suyos fijamente. Él se acercó y cogió su mano. —¿Cómo estás, preciosa?

Simplemente le miró y la doctora forzó una sonrisa antes de decir —Cinco minutos. No quiero que se agote. —Salió de allí cerrando la cortina a toda prisa.

Él apretó su mano con suavidad. —Nena, voy a empezar a pensar que eres un poco patosa.

—Serás gilipollas. —La miró asombrado. —Tú me has roto la costilla.

—¿Perdón?

—El coche. El frenazo. ¿Te suena? —Se iba a quitar la mascarilla, pero él la detuvo.

Rosaura le miró con rencor. —Idiota. Por poco me matas dos veces.

Él negó con la cabeza sin poder creérselo y al ver un morado en su brazo recordó cómo la había sujetado y su gesto de dolor. Dio un paso atrás como si le hubiera golpeado, pero ella no le soltó la mano sujetándosela con una fuerza sorprendente. Impresionado la miró a los ojos. —Nos casamos en marzo y vete haciéndote a la idea porque en uno de esos arrebatos vas a enviarme al otro barrio y entonces sí que te voy a torturar, ¡porque pienso dedicar el resto de la eternidad a hacerte la vida imposible! Cada vez que metas la pata pienso quitar meses para la boda.

—Nena...

Le fulminó con la mirada. —Enero.

Él no pudo evitar sonreír. —Te has saltado febrero.

—Ese mes no me gusta para una boda.

—¿Y enero sí?

—Hará frío, pero también será culpa tuya.

Él apretó los labios y se pasó la mano libre por la nuca. —Tus padres llegarán enseguida.

Agachó los párpados porque era evidente que no quería comprometerse y puede que fuera por el lugar en donde estaba o lo que le había ocurrido, pero sus palabras la afectaron sintiendo una decepción enorme. Soltó su mano colocándola sobre su vientre. —Estoy cansada.

Él apretó las mandíbulas. —Duerme. Cuando te despiertes ya estarán a tu lado.

—Sí. Quiero verles —susurró cerrando sus ojos.

La observó y se tensó con fuerza al ver que sus pestañas se humedecían. Al mirar su brazo de nuevo y su estado, se dio cuenta de lo frágil que era. Se sintió un cabrón y salió de allí a toda prisa.

Rosaura abrió los ojos cuando escuchó como se cerraba la cortina y se preguntó qué estaba haciendo. Se sintió una estúpida. No le preocupaba en absoluto. De hecho la había abandonado en una gasolinera, por el amor de Dios. ¿Quién hacía algo así? Alguien que no se

preocupaba de su bienestar. De hecho cuando se encontró mal fue Barry quien insistió en llevarla a un médico. Él había pensado que fingía. Suspiró cerrando los ojos de nuevo. No quería pensar en ello ahora. Estaba dolorida, cansada y muy disgustada. Cuando se encontrara mejor le daría un par de vueltas a ese asunto. Igual se había equivocado desde el principio. Movi6 los dedos sobre su vientre porque aún sentía su contacto y se dijo que era una pena que él fuera tan cabezota.

Su madre entró en la habitación sin llamar y Rosaura sonrió sentada en su cama con un libro en las manos. —Mamá, estoy bien.

El alivio en su rostro le indicó que todavía estaba asustada. Cuando la doctora había hablado con ella y le había dicho lo que había pasado, sus padres entraron en pánico. De hecho ahora la vigilaban como halcones. Darlene se acercó a la cama y se sentó a su lado. —Quería hablar contigo de algo...

—Sí, ya lo he visto. —Pasó la hoja como si nada. —Liza me lo ha enviado por WhatsApp. No pasa nada. Está asustado, eso es todo —dijo intentando disimular la furia que la recorría.

—Hija, Barry fue el único que esperó a que llegáramos. No se preocupa por tu estado y lo demuestra que no te ha llamado ni una sola vez. Y sale con una mujer distinta cada noche.

—Sí. —Suspirando dejó caer el libro sobre sus piernas y la miró a los ojos. —¿Qué quieres que haga, mamá? ¿Le olvido y ya está?

Su madre forzó una sonrisa. —Sé que es difícil.

—¿Tú olvidaste a papá?

—Sabes que no.

—Pues no me pidas lo mismo. Es el hombre de mi vida. Estoy mucho más segura que cuando regresé de Europa.

—Papá está muy preocupado y yo también.

—Sé que lo estáis. —Se acercó con cuidado porque aún le dolía y la abrazó. —Lo siento. Siento haceros pasar por todo esto, pero todo saldrá bien.

Su madre acarició su cabello negro con ternura. —Y todavía me quedan seis hijos más para pasar por esto.

Rio sin poder evitarlo y gimiendo se sujetó la costilla con la mano. —Vaya, duele un huevo.

—¿Llamo al doctor?

—Mamá, la doctora dijo que era normal. Y los seis especialistas a los que papá me obligó a ir también dijeron lo mismo. Tiene que curar. Es lento, pero...

En ese momento se abrió la puerta y Tati entró corriendo. Tiró la mochilita rosa que llevaba a un lado y se subió a la cama. —¿Sabes qué?

—No, ¿qué? —preguntó divertida.

—¡Casi tengo novio!

—Estupendo, hasta mi hermana de cinco años liga más que yo.

—¿Qué has dicho, jovencita? —preguntó su madre metiéndole un mechón moreno tras la oreja. Tati sonrió de lo más ilusionada—. Vete olvidándote, ¿me oyes?

—Mamá, no vamos a besarnos ni nada.

—Ah, ahora estoy mucho más tranquila.

—Un beso... Puaj, qué asco. —Arrugó su naricilla mientras ellas se reían. — ¿Os cuento cómo ha sido? Jamie me ha levantado la falda en el recreo.

—Muy atrevido —dijo su madre molesta—. ¿Y qué hiciste tú?

—Le pegué un empujón, mamá. Entonces me dijo que me quería y que lo sentía. —Levantó la barbilla. —Está loco por mí.

Rosaura levantó una ceja. —¿Y qué dijiste después?

—Que si quería algo conmigo tenía que portarse bien. Que mañana me lleve un muffin de chocolate para el recreo si quiere ser mi novio. Que sin pastel no le doy ni la hora.

Se echaron a reír por la indignación de su rostro. —Así me gusta, hija. Con las ideas claras. —Darlene volvió la vista hacia Rosaura y gruñó por su cara de satisfacción. —Que conste que ni siquiera te ha regalado un muffin.

—Ya me lo regalará.

Su padre apareció en la puerta y por la expresión de su rostro supo que había pasado algo. Rosaura se enderezó y su madre reparó en él al igual que su hermana. —¡Papá, casi tengo novio!

—Lo que me faltaba por oír. Tati, baja a merendar.

—Pero papá...

—Ahora —dijo con firmeza.

Tati bajó de la cama y arrastrando los pies salió de la habitación. Richard muy tenso cerró la puerta. —Papá, ¿qué pasa? ¿Estás enfadado?

—Richard, ¿se ha muerto alguien? —Darlene preocupada se levantó. —Llegas temprano.

Él suspiró y parecía que no quería mirarla a los ojos, lo que la preocupó aún más. —
¿Papá?

—Durante las horas que estuviste en el hospital de los Hamptons, mientras preparaban tu traslado a Manhattan, hablé largo y tendido con Barry.

Ella sonrió. —Es un hombre excepcional, ¿verdad?

—Todo un hombre, sí señor —dijo muy tenso mirando de reojo a su mujer—. Hablando de vuestro viaje juntos dijo que le habías ofrecido trabajo...

—¿Te parece mal?

—No. Necesito muchos hombres como él y en cuanto empieces a trabajar, estaré más

tranquilo si él te lleva a las obras. Sé que te vigilará de cerca.

—¿Entonces?

—Me habló del episodio que ocurrió en la casa que Mark está construyendo. Me dijo que te encontraste con Sean McGillis. Él no sabía su nombre, por supuesto, solo es un trasportista, pero al contar de que le acusabas supe de inmediato quien era.

—Sí, trabaja para Mark —dijo sin entender nada.

—Lo que me extrañó fue que Mark no se lo creyera. Antes de trabajar para él había trabajado para mí siete años y tú eres una fuente fidedigna. Al menos debería haber desconfiado. Eso me llamó la atención.

—Solo quería llevarme la contraria, papá.

—No. He tirado de ese hilo.

—¿Has contratado a un detective? —preguntó divertida—. Papá, ¿no te cansas?

—Siempre supe que Mark Leighton no era de fiar.

Esas palabras la dejaron de piedra. —En tu anterior investigación no encontraste nada. Antes...

—Eso fue antes. Siempre me sorprendió lo rápido que despegó su carrera. A mí me costó años hacerme un nombre y que un banco financiara mis proyectos.

—Sí, cielo —dijo su mujer—. Los primeros años fueron muy difíciles para ti. Siempre nos lo dices.

—Después de terminar la carrera estuve en diversas constructoras aprendiendo. Haciendo proyectos de mierda para ir escalando posiciones. No fue hasta que gané varios premios hasta que no conseguí sobresalir entre tantos y tantos que salen de la carrera.

—Mark también tiene talento —le defendió sin poder evitarlo.

—¿Como miles de otros que salen de la universidad, Rosaura! Creía que sus padres le

habían echado una mano, pero fue Barry quien me dio la clave.

—No te entiendo. —Richard apretó los puños y Rosaura se dio cuenta de que no sabía cómo decírselo. —¿Papá?

—El detective ha ido a Chicago que es donde nació.

—¿Antes no había ido?

—No, porque nunca puse en duda sus orígenes.

—¿Sus orígenes?

—Mark no es hijo de Steven y Martha Leighton.

Separó los labios impresionada. —Es adoptado.

—Sí, le adoptaron con catorce años. Su antiguo apellido es Roberts. Su padre era un chorizo de poca monta y su madre ni se sabe. Mark fue detenido en muchas ocasiones por robar. Varias veces con violencia. De hecho entró a robar en casa de los Leighton y le sorprendió Steven. Le retuvo y cuando le amenazó con llamar a la policía le explicó que su padre acababa de morir en prisión y que no tenía a nadie. Le dio dos opciones, la cárcel o vivir allí y estudiar. Él era arquitecto.

—Dios mío —susurró Darlene impresionada.

—Pues eso hace que esté mucho más orgullosa de él —dijo Rosaura emocionada.

—¿Sí? A ver si me dices eso cuando te cuente el resto.

—Cariño...

—¡No, ya está bien! ¡Tiene que conocer su verdadero carácter antes de tirar su vida por la borda por un hombre que nunca la querrá!

—¡Sí que me querrá! —gritó indignada.

—¡Ese hombre que tanto admiras, ha creado su empresa robando los materiales de los demás! ¡Entre ellos nosotros!

Palideció al escucharle. —¿Qué dices?

—¡Que Sean no fue el único que nos robaba a nosotros! ¡Todos sus jefes de obra están relacionados con algo parecido! ¡Les compraba el material y cuando les echaron los acogió en su empresa! ¡De seis jefes de obra, los seis han estado implicados en algo así! ¡Por eso se hizo rico! ¡Financió sus primeras obras con el material de otras! ¡Hormigón, hierros para encofrar, sabes lo caros que son para hacer los cimientos! ¡Por eso le contrataban, porque daba precios más bajos! ¡Se hizo un nombre porque trabajaba bien a precios asequibles! ¡En cuanto repuntó se hizo legal! ¡Pero sus inicios son turbios como yo suponía!

—Cariño, ¿estás seguro de esto?

—Su historia la ha relatado una vecina y el detective la ha corroborado con documentación. Es la mejor amiga de la señora Leighton que aún vive allí. ¡Le trataron como a un hijo a pesar de los conflictos que ocasionaba! Protagonizó peleas en el barrio y nunca se integró. A sus padres solo les daba problemas, pero era la debilidad de su padre adoptivo. Se lo enseñó todo. El detective incluso fue a su instituto. Era brillante. No tenía ni que estudiar. Solo asistía a las clases como oyente y sacaba notas bastante decentes.

—Le dieron una beca completa para la universidad. Tú me lo dijiste.

—Exacto. Se la dieron, pero no por sus notas como crees aunque fueran aceptables. Le dieron la beca por un programa de integración porque su expediente tampoco era como el tuyo, aunque en sus últimos años hubiera sacado buenas notas. Sabes que para una beca así, debes tener otros méritos como actividades extraescolares y cosas por el estilo. Fue su padre quien le consiguió la beca y desde entonces nada. Ni una sola visita. Cuando murió su padre ni fue al funeral. —A Rosaura se le cortó el aliento. —Es tan desagradecido que ni es capaz de ir a ver a su madre. ¡La única que ha conocido! ¿Qué clase de hombre hace algo así? ¡Según esa vecina su madre está destrozada por su ausencia! ¡Ni quiere hablar de él! ¡No tiene sentimientos! No los ha conocido...

—¡Exacto! ¡No los ha conocido! ¡Siempre ha estado solo y mira hasta donde ha llegado! ¿Y qué si ha cogido algo que no era suyo para salir adelante? —Sus padres la miraron asombrados y angustiada se levantó para ir hacia la ventana. Se estaba volviendo loca. Para justificarle ya decía cualquier locura.

Su madre preocupadísima se acercó a ella. —Hija, no es un buen hombre.

—No sabemos por qué tuvo que robar ese material —susurró abrazándose—. No es mala persona. Sé que no lo es. Algo tuvo que pasar con esa gente que le acogió. —Darlene la cogió por los hombros para volverla y ambos vieron sus preciosos ojos verdes llenos de lágrimas. —Tienes que estar equivocado.

—Lo siento hija, pero no. El detective tiene pruebas.

Le miró a los ojos. —No le denunciarás, ¿verdad?

—Solo si te alejas de él. No quiero que tengas nada que ver con ese hombre. Pero como te sigas empeñando en esta locura, lo filtraré a la prensa y acabaré con él.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas por la resolución en su rostro. —No puedes hacer eso.

Richard se tensó. —No pienso dejar que destroces tu vida al lado de ese hombre y si tengo que destruirle a él para conseguirlo, nada me lo va a impedir. Ni siquiera tú por mucho que te quiera. Mi deber es protegerte y pienso hacerlo. —Fue hasta la puerta. —Acuéstate, cielo. Estás algo pálida.

En cuanto se quedaron solas rogó con la mirada a su madre. —No, cielo. No me pidas que lleve la contraria en esto a tu padre, porque tiene razón. Aunque sus inicios no fueran turbios, su pasado será algo que le marque de por vida y ya ha demostrado que no tiene ninguna sensibilidad. Vi tu morado en el brazo y dos veces ha puesto tu vida en riesgo, aunque esta segunda vez has intentado ocultarlo.

Angustiada dio un paso hacia ella. —Por favor...

—Si tanto le quieres, aléjate de él. Será lo mejor para todos incluido él. Tu padre no bromea. Lo sabes. En tu mano está su futuro. —Salió de la habitación inflexible.

—¡Mamá, por favor!

Cerró la puerta sin hacerle caso y Rosaura se echó a llorar. Frustrada se volvió y miró la ciudad mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Era un genio. Puede que su pasado no fuera perfecto, pero se había convertido en todo un hombre. A veces frío, pero cuando la había besado le había mostrado otra parte de él que le decía que sí podía amar. No había sido solo sexo. Estaba segura. Sollozó porque nunca besaría esos labios de nuevo. Nunca volvería a sentir esa alegría y esa excitación simplemente por estar a su lado. Se había acabado. Pero al menos sabría que su vida seguiría adelante. Puede que Mark hubiera cometido errores, puede que fuera más duro que los demás o que no mostrara sus sentimientos, pero se alegraba de su éxito. Porque los edificios que había construido los había conseguido con sus propios diseños y era de admirar su tesón por llegar a la cima. Y se moría por ver lo que haría en el futuro.

Capítulo 8

Dos años después

Recogió el bajo de su vestido de seda color champán y subió los escalones que llevaban al Plaza mientras sonreía a sus padres que saludaban a un conocido ante la puerta. —Hija, ¿te acuerdas de Jared Donovan?

Ella sonrió de manera mecánica y alargó la mano hacia aquel atractivo hombre. Tenía su cabello rubio peinado hacia atrás y el smoking no le quedaba mal del todo. —Yo le conozco a él, pero dudo que Jared se acuerde de mí.

—¿Te conozco? —preguntó admirándola de arriba abajo—. Richard, te aseguro que si hubiera conocido antes a tu hija no se me hubiera olvidado.

—Pues sí me conoces. Hace tres años diste una conferencia en la universidad. Estaba en primera fila y te hice unas cuantas preguntas.

Jared entrecerró sus ojos azules. —¿La del jersey de papá Noel?

Se echó a reír sorprendida. —Esa misma.

—Dios mío. Me pusiste en varios apuros. —Sus padres se miraron cómplices y supo exactamente lo que estaban haciendo. —Inteligente y preciosa. —Dobló su brazo, pero disimuladamente hizo que no lo había visto para volverse. Al ver que una mujer pelirroja preciosa bajaba de una limusina con un vestido rojo impresionante, se dijo que seguramente su vestido se vería simple aunque tenía la espalda al descubierto. La pelirroja alargó la mano y cogió el brazo de un hombre. La pareja que tenía delante se apartó y se le cortó el aliento al ver cómo Mark

sonreía a aquella mujer antes de darle dos golpecitos cariñosos en la mano. Estaba tan guapo de smoking que su corazón saltó en su pecho. Mark volvió la cabeza y sus ojos se encontraron. Durante unos segundos el tiempo se detuvo. A pesar de estar rodeados de gente sintió que estaban solos y su corazón latió alocado como la primera vez que le vio.

—Hija, tenemos que entrar.

Sintiéndose una estúpida agachó la mirada antes de girarse hacia Jared forzando una sonrisa. —Sí, por supuesto.

Cogió su brazo y entraron en el hotel. Sintió que ese vacío que tenía dentro desde hacía dos años se hacía enorme en su pecho. Caminaron hacia el salón donde se celebrarían los premios y se dijo que esa era su noche. No debía dejar que nada la distrajera porque se jugaba mucho. Hacía días que sabía que probablemente le vería y creía que lo había superado, aunque era evidente que no y puede que no lo hiciera nunca.

Jared con amabilidad les acompañó a su mesa donde sus hermanos se levantaron de inmediato al igual que sus novias. Richard iba a casarse la semana siguiente y ver como Teresa estaba radiante de alegría no fue lo mejor para su corazón en ese momento porque así se sentía ella hacía dos años. Ilusionada con una boda que no ocurriría jamás. Jared la ayudó a sentarse y se agachó a su lado para susurrarle —¿Me prometes un baile?

Le miró de reojo sonrojándose. —Bailo muy mal.

—Será lo único que haces mal, estoy seguro. Aun así me gustaría tenerte entre mis brazos. —Se sonrojó aún más y él sonrió con jactancia antes de enderezarse para guiñarle un ojo.

—Te cree en el bote —dijo Candy sentada a su lado. La novia de John sonrió cogiendo su copa de agua—. Es guapo.

—Y un partido muy bueno —dijo su padre mientras su madre a su lado la miraba de reojo.

—Sí, seguro que lo es —dijo ella por lo bajo cogiendo su servilleta y colocándosela sobre sus piernas.

—¿Estás bien?

Miró a su hermano John sentado al lado de su novia y forzó una sonrisa asintiendo. — Serán los nervios por la nominación.

—Claro, es tu gran noche. Seguro que te lo dan, cielo —dijo su hermano preocupado.

Mirando sus ojos sonrió emocionada antes de echar un vistazo a su alrededor. Un error, porque en la mesa de al lado Mark la estaba mirando fijamente y no parecía nada contento. Se sonrojó apartando sus ojos de los suyos e intentó coger su copa de agua, pero se le resbaló de las manos rompiéndose en pedazos contra el plato. El agua la puso perdida y apartó la silla.

—Dios mío, tu vestido —dijo su madre.

—Hermana, qué desastre.

Su madre se acercó de inmediato con la servilleta para intentar secarla. —Menos mal que es agua.

—Voy al aseo —dijo muy nerviosa levantándose.

—Voy contigo. —Su madre fue tras ella mientras el maestro de ceremonias salía al estrado y los invitados empezaban a aplaudir al presidente del colegio de arquitectos. En cuanto entró en el baño de señoras se quitó el vestido sin importarle no llevar sujetador y lo puso bajo el secador mientras su madre le pasaba una toalla una y otra vez. —Se secará enseguida, no te preocupes.

—Mamá... —dijo angustiada.

—Resiste, hija. No puede ser.

La miró a los ojos antes de asentir y mirar la tela de nuevo. La seda se secó con rapidez y le dijo a su madre —Vete a la mesa. Yo voy enseguida. Así no llamaremos tanto la atención.

Su madre se revisó con rapidez en el espejo y salió a toda prisa. Estiró el vestido y al asegurarse de que la mancha había desaparecido suspiró del alivio antes de volverse hacia el espejo y perder el aliento al darse cuenta de que Mark estaba en la puerta. Miró sobre su hombro

cubriéndose los pechos con el vestido. —¿Qué haces aquí?

—Comprobar algo... —Caminó hacia ella y asustada vio su reflejo en el espejo. —
Desapareciste como por arte de magia.

Su voz ronca la estremeció y a toda prisa intentó abrir el vestido, pero el roce de las yemas de sus dedos en la curvatura de su columna justo por encima de su trasero la hizo jadear de la sorpresa apartándose por el miedo que la recorrió. Y ese miedo era provocado por la tentación de desear que continuara. —¿Qué haces?

—¿Qué hago? —Dio un paso hacia ella. —Tocar a mi mujer. ¡Porque eras mi mujer hasta que desapareciste!

—¡No desaparecí! ¡Estaba ahí, pero tú no te molestaste en buscarme! —Furiosa se puso el vestido a toda prisa. —Tengo que volver.

—Sí, claro. Esta es tu gran noche —dijo con burla antes de rozar uno de los rizos que caían sobre su hombro.

Le fulminó con la mirada. —Tú tuviste la tuya. No me fastidies la mía. Me lo he ganado.

Mark apretó los labios y asintió comiéndosela con los ojos. —Sí que te la has ganado, nena. Has debido trabajar como una maniaca. —Ignorándolo fue hasta la puerta sintiendo que le temblaban las piernas. —¿Por qué te diste por vencida, preciosa? Creía que te importaba.

Su corazón se retorció y le miró sobre su hombro. —Supongo que me cansé. —Se encogió de hombros como si hubiera sido un capricho. —¿Acaso no era lo que querías? Pues lo conseguiste. —Le miró con desprecio diciendo lo que tenía preparado desde hacía mucho por si tenía la desgracia de encontrarle. —Durante semanas esperé y esperé tumbada en esa maldita cama. Ni fuiste capaz de levantar el teléfono para saber cómo estaba. Mi padre tiene razón, nunca has merecido la pena.

Salió de allí a toda prisa sintiendo que se arrancaba el corazón. Hacía dos años hubiera dado lo que fuera por esa caricia y ahora que la tenía, debía hacer que no le importaba por su

bien. Su padre muy tenso vio como se sentaba al lado de su madre y esta se acercó. —¿Le has visto? ¿Le has dicho algo?

—¿A quién? —Darlene se tensó por la mentira y en ese momento Mark regresó a su mesa. No pudo evitar ver como cabreado le hacía un gesto al camarero que llevaba la botella de vino.

—¿Estás bien?

Giró la cabeza hacia Candy que preocupada la observaba. —Sí. Estoy lista.

—No me refiero al premio. —Sonrió con dulzura y cogió su mano bajo el mantel. —Yo te apoyo, ¿sabes? —susurró mientras el maestro de ceremonias seguía hablando—. Y John también. —La miró con sorpresa, pero pudo ver en sus ojos que no lo sabía todo. Estaba segura de que su padre no se lo había contado a nadie más. —Puede que no les guste, pero es tu vida y si quieres ser feliz, tienes que seguir tu corazón. Trabajo en una tienda de ropa. Tampoco era apropiada para ser su esposa. Pero nos queremos y somos felices. Al final lo aceptarán, ya verás.

Forzó una sonrisa. —Eso se acabó.

—Pues no te quita ojo —dijo divertida antes de beber de su vino.

Preocupada giró la cabeza hacia Mark y era cierto que la miraba. Todo el mundo se puso a aplaudir mientras un foco la enfocaba. Sorprendida miró a su padre que muy tenso la observaba. Se levantó mientras repetían su nombre a mejor arquitecta novel. Subió los cinco escalones que llevaban al pequeño escenario y sonrió al presidente de manera mecánica para coger la pirámide de cristal que le ofrecía. Sonrió volviéndose hacia el micro. —Gracias. —Miró su premio. —Mi padre consiguió su primer premio con treinta y cuatro años. Papá, te gano por goleada. —La gente se echó a reír y ella sonrió mirando a su padre. —Pero es que yo tuve ventaja, ¿verdad? Crecí entre planos y aprendiendo del mejor. —Richard encantado vocalizó dándole las gracias. —Sí, sí que tuve una gran ventaja. —Levantó su premio. —Otros no tienen la misma suerte. Así que dedico este premio a todos los que se esfuerzan cada día por conseguir sus sueños. Va por ellos. No os rindáis nunca. —Sonrió a su audiencia. —Gracias a todos.

Los invitados se levantaron para aplaudirla y de la que iba hacia las escaleras vio como Mark aplaudía con una sonrisa en los labios, pero lo que la impactó es que parecía orgulloso de ella. Cogió el bajo de su vestido para descender las escaleras, pero casi no veía los escalones. De repente apareció una mano y alargó la suya distraída, pero al rozarla sintió un escalofrío y elevó sus ojos para ver los suyos.

—Muy bien, nena. —Cuando llegó a su lado la besó en la mejilla y susurró —Es un proyecto magnífico. Te lo mereces. —Como en una nube vio como se alejaba hasta su mesa antes de que la gente se agolpara para felicitarla y ella intentó regresar a su asiento no queriendo ser grosera cuando se moría por salir de allí corriendo. Cuando al fin llegó y pudo sentarse, su hermano puso el premio en el centro.

—Lo conseguiste. Lo sabía —dijo John orgulloso levantando su copa—. Por los Sennet. Que esta noche van a arrasar.

—Por los Sennet. —Brindaron todos chocando sus copas mientras Mark les observaba bebiendo de su copa de vino.

La entrega se le hizo eterna. Dos horas después aún en el postre que ella ni había tocado, daban el premio al mejor arquitecto del año. Su padre estaba nominado, así como su hermano Richard y Mark. Miró de reojo a Mark que distraído acariciaba la base de su copa mirando el burbujeante champán que les acababan de servir. Se preguntó que estaría pensando en un momento así. Habían premiado alguno de sus proyectos, pero nunca había conseguido ese premio. Tendría que estar entusiasmado, pero sin embargo parecía absorto en otra cosa. Cuando levantó la vista y la miró como si la deseara más que a nada se quedó sin aliento y más aún cuando se levantó yendo hacia el escenario porque parecía que la miraba como si la considerara suya. Pero eso no podía ser. ¿Ahora mostraba interés? No entendía nada.

—Vaya —dijo su madre decepcionada.

—Su proyecto es magnífico —dijo John antes de hacer una mueca—. A veces se pierde.

Ella no escuchó ninguna de esas palabras porque vio como cogía la pirámide el doble de grande que la suya. Sonrió a la audiencia. —Es un honor recibir este premio. —Rio mirando al presidente. —Pesa. —Varios se rieron y él se giró hacia el micro para ponerse más serio. —Una vez una persona a la que aprecio mucho me dijo que uno de mis proyectos era un sueño. —Rosaura separó los labios sorprendida. —Y al ver la ilusión en sus preciosos ojos verdes sentí la necesidad de que los demás tuvieran la misma impresión. Al fin y al cabo es a lo que nos dedicamos, ¿no? A cumplir sueños. Edificios más altos, más hermosos, originales... Tenemos la esperanza de que perduren en el tiempo y que dentro de cien años la gente los admire como al edificio Chrysler o el Empire State. Iconos de la ciudad que inspiran a tanta y tanta gente. Eso es lo que deseo y espero que en este proyecto lo haya conseguido. Gracias de nuevo.

Vio como le daba la mano al presidente del colegio de arquitectos antes de que la gente que estaba a su alrededor se levantara bloqueándole la vista. Hasta sus padres aplaudían. Sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas por su discurso. ¿Por qué la había incluido? La pregunta que le había hecho en el baño la angustió. ¿Por qué te diste por vencida? Creía que te importaba, preciosa. Sintió como si le hubiera abandonado. Él había esperado que siguiera insistiendo. Había necesitado que alguien mostrara que le quería y ahora pensaba que se había dado por vencida. Que no le había importado lo suficiente. Sin darse cuenta levantó sus ojos hasta el grupo que se acercaba a la mesa de Mark. Le rodeaban felicitándole y dándole palmadas en la espalda. Al ver su sonrisa mientras uno de los hombres más importantes de Nueva York le decía algo en voz baja una lágrima recorrió su mejilla porque no podía compartir ese momento con él. Esa noche hubiera sido realmente especial si hubieran estado juntos y sin embargo no podía ni acercarse para felicitarle como se merecía. Como él había hecho con ella.

Mark la miró de reojo y se tensó al ver la expresión de su rostro. Se dio cuenta de que estaba llorando y avergonzada agachó la cabeza limpiándose con la servilleta. La música de una

pequeña banda empezó a sonar y varias parejas salieron a la pista de baile, pero ninguno de los Sennet se movió. Gimiendo por dentro porque sabía lo que estaban mirando le echó un vistazo a su padre que estaba muy tenso y con ganas de soltar cuatro gritos. —Hija...

—¿Os importa si me voy? Me duele algo la cabeza.

Su madre suspiró del alivio. —Por supuesto. ¿Quieres que te acompañe?

—Mamá, ya no soy una cría. —Frustrada se levantó dejando la servilleta y cogió su trofeo.

—Sí, claro.

Se arrepintió de sus palabras de inmediato. —Lo siento.

Darlene sonrió. —No pasa nada. Ha sido mucha tensión. Felicidades.

—Gracias. Os llamo mañana, ¿vale?

—Duerme tranquila. Es sábado. Descansa —dijo su padre como si dormir lo curara todo.

Asintió y forzó una sonrisa hacia los demás antes de volverse. Hizo un esfuerzo enorme por no mirar a la mesa de Mark sintiéndose observada por los suyos y le dieron ganas de gritar de la frustración porque no podía ni mirarle por última vez.

Salió del hotel como si la persiguiera el diablo y como había ido con sus padres en la limusina había dado la noche libre a Barry, así que no tenía transporte. Pidió al botones un taxi y en cuanto se subió suspiró del alivio cerrando los ojos. —A la cuarenta y seis este.

Escuchó a sus amigas discutir en el piso de al lado, pero no tenía energías para hablar con ellas en ese momento, así que entró en su casa en silencio y dejó el premio sobre el taquillón de la entrada. Caminó sobre el mármol blanco hacia el salón gracias a la luz que entraba por el enorme ventanal y continuó hacia la izquierda donde estaba el pasillo que llevaba a su despacho y su

habitación. Sonrió con tristeza porque recordó cuando le preguntó a Mark si su casa era lo bastante grande. Miles de palabras dichas por ambos, en aquellas pocas horas que compartieron, acudieron a su memoria y sin poder evitarlo se echó a llorar dejándose caer sobre la cama para abrazar el almohadón de seda, mientras pensaba en la amenaza de su padre, sintiéndose con las manos atadas. No supo cuánto tiempo estuvo así. Seguramente mucho porque empezó a dolerle la cabeza de veras por la tensión, así que se levantó para ir al baño. Al ver su rostro en el espejo gimió porque estaba realmente guapa llena de rímel por toda la cara. Estupendo. Abrió el agua de la ducha y dejó caer el vestido al suelo. Supo que ya no lo usaría más porque siempre recordaría esa noche y tenía que desterrar a Mark de su memoria lo máximo posible. Hasta se lavó el cabello recordando como había tocado uno de esos rizos que a la peluquera tanto le había costado hacer. Dios, aquello era una tortura. Salió de la ducha pensando en tomar una pastilla para dormir porque sino no pegaría ojo. Estaba poniéndose el albornoz cuando sonó el timbre de la puerta. Bufó cerrándose con el cinturón porque seguramente sus amigas habían escuchado el agua de la ducha y sabían que estaba en casa. Caminó hacia el salón sin encender la luz. —¿Liza, me duele la cabeza!

—¿Te lo han dado?

Abrió la puerta y sonrió. —Sí, me lo han dado.

Su amiga chilló antes de abrazarla mientras Margaret la observaba con una sonrisa en el rostro que perdió poco a poco. —¿Qué ha pasado? ¿Le has visto?

—Sí.

Liza se apartó. —¿Y te ha dicho algo?

—Casi no me dio tiempo.

Las tres se quedaron de piedra y se volvieron hacia las escaleras donde Mark la observaba fijamente. Se acercó lentamente haciendo que quisiera gritar de la frustración.

—Hola, nena.

—Mueve el culo hacia casa —siseó Margaret cogiendo a Liza de la camiseta que llevaba y tirando de ella. Consiguió arrastrarla hasta su casa antes de cerrar la puerta de golpe.

—Joder Margaret, así no nos vamos a enterar.

Mark apretó los labios y ella muy incómoda se cerró el cuello del albornoz. —¿Qué haces aquí?

—Es que tengo algunas dudas que quiero que me aclares.

—¿Dudas sobre qué?

Dio otro paso hacia ella y apoyó su mano en el marco de la puerta antes de inclinarse hacia delante quedando tan cerca de su rostro que podía sentir su aliento. —Sobre por qué si sigues queriendo estar conmigo, te diste por vencida. Porque tú no eres así.

—No quiero estar contigo. —Sintiendo que el pánico la recorría entró en la casa e intentó cerrar la puerta, pero Mark entró en el apartamento sin ningún esfuerzo antes de que pudiera evitarlo. —¡Sal de mi casa!

—Cielo, no te pongas dramática. —Hizo una mueca. —Bonitas vistas. —Se quitó la chaqueta del smoking tirándola sobre el sillón y se sentó en el sofá. Apoyó los codos sobre las rodillas y desató la pajarita sin quitarle ojo. —Ven, nena. Vamos a hablar.

—Yo no quiero hablar. Lo que quiero es que te vayas de mi casa. —Nerviosa se apretó las manos. —Me duele la cabeza y quiero dormir.

—¿Quieres que te arroje? —Al ver que no contestaba sonrió cínico. —Antes hubieras dicho que no hasta la boda, aunque te morías porque lo hiciera.

—Eso fue antes. Hace mucho. Y te han arrojado otras —siseó con ganas de gritarle cuatro cosas.

—Cierto. —Intentó ocultar su dolor por esa confirmación, así que apartó la mirada y él observó su perfil iluminado por la luz de la luna. —Sé que no hice las cosas bien.

—¿Te vas, por favor? Cualquier cosa que me digas no me interesa.

—Antes te interesaba todo lo que pudiera contarte.

—¡Eso fue antes! —Se apartó el cabello húmedo de la cara. —Vete de una vez.

—Te veo ansiosa por perderme de vista.

Como su padre se enterara de que estaba allí, se habría acabado todo. Su carrera terminaría y ella perdería a su familia porque no se lo perdonaría nunca. —Vete por favor. No puedes estar aquí —dijo sin poder evitarlo.

Él entrecerró los ojos levantándose. —¿Por qué? ¿Has quedado con alguien?

Encontrando una salida mintió. —Mi novio está a punto de llegar y...

—Joder, nena... Qué mal mientes. Así te va a ir muy mal en este negocio.

—¡Sí, seguramente puedes darme lecciones!

—Yo no te he mentado nunca. ¡Si he pecado de algo es de sinceridad en nuestra relación!
—le gritó a la cara.

—¿Qué relación? ¡Tú y yo nunca fuimos nada!

La cogió por el nudo del albornoz y tiró de ella hasta su cuerpo robándole el aliento. —
Pues eso va a cambiar.

—No —susurró mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. Ahora ya no puede ser.

Él agachó la cabeza lentamente. —¿Y eso por qué, nena? ¿Qué puede ser distinto de hace dos años? —Sus labios rozaron los suyos y Rosaura gimió de placer poniéndose de puntillas sin poder evitarlo para besar su labio inferior. Él gruñó cogiéndola por la cintura y la puso a su altura antes de entrar en su boca saboreándola con pasión. Se abrazó a su cuello sin poder negarse a él porque estaba tan ansiosa por estar a su lado que aquel beso era lo más maravilloso que había experimentado nunca. Mark se apartó lentamente adorando su labio inferior y ni se dio cuenta de que se sentaba con ella a horcajadas sobre él. La cogió por las mejillas para mirar su rostro y aún

mareada de placer con los ojos cerrados buscó su boca y Mark besó sus labios con delicadeza de nuevo. —Nena, tenemos que hablar.

—No —protestó abriendo sus preciosos ojos.

—Ha sido tu padre, ¿no? Él te ha apartado de mí.

—Tú te apartaste de mí. —Se abrazó a él apoyando su rostro en su hombro solo queriendo sentirle.

Mark acarició su espalda. —Eso no va a volver a ocurrir. Y no le necesitamos. No necesitamos a nadie.

—Solo estás aquí porque te gustan que te dificulten las conquistas. Si hubiera seguido acosándote, me hubieras odiado. —Se apartó para mirarle a los ojos. —¿Dónde has dejado a la pelirroja?

Levantó una de sus cejas negras. —¿Quieres hablar de Judith ahora?

—Ah, que se llama Judith. ¡Pues no le pega nada! —le gritó a la cara haciéndole reír. La cogió por la cintura tumbándola en el sofá—. No tiene gracia. —Él acarició su muslo por debajo del albornoz cortándole el aliento. —No vas a convencerme con sexo.

—Claro que no, porque esperaremos hasta la boda. Quiero que confíes en mí.

Se quedó de piedra. —Mark, ¿qué dices?

—Nena... si pretendiera hacerte el amor, que quiero y mucho, ya estaríamos en la cama. —Miró hacia abajo y desató el nudo del albornoz. Rosaura agarró las solapas haciéndole reír. —Solo quería echar otro vistacito, preciosa. En el baño del hotel estabas de lo más apetitosa.

—Esto es porque he ganado el premio, ¿verdad? ¡Te vendría de perlas una arquitecta como yo!

—No lo voy a negar. Has demostrado talento.

—¡Qué te den! —Le empujó por los hombros levantándose y él perdió la sonrisa de golpe.

—Lárgate de mi casa.

—Era una broma, nena.

—¡Si no me hubieras visto esta noche ni te hubieras acordado de que existo! —gritó dolida—. ¡Quiero que te vayas!

—Rosaura...—Se levantó muy serio e intentó cogerla, pero ella se alejó como si tuviera la peste. —¡Era una broma!

—Eso demuestra que no nos conocemos. —Cogió su chaqueta del smoking y se la tiró a la cara. —¡Vete de mi casa!

Furioso tiró la chaqueta sobre el sofá. —Nena... Me estás cabreando.

—¡Pues te jodes! —Fue hasta la puerta y la abrió para ver asombrada que como si nada iba hacia su habitación. —¿Qué haces? —Cerró la puerta a toda prisa y corrió hacia el dormitorio. —Tienes que irte.

—Habla mañana cuando se te haya pasado esa tontería —dijo desabrochándose la camisa.

Jadeó indignada, pero al ver como se quitaba la camisa de malos modos perdió el hilo de lo que iba a decir hipnotizada por esos pectorales cubiertos de ligero vello negro. Viendo sus pequeños pezones endurecidos se pasó la lengua por el labio inferior y él al ver el gesto gruñó acercándose en dos zancadas para cogerla por la nuca y atrapar su boca. Sus manos fueron a parar a sus pectorales y sin ser consciente de ello le acarició deseando sentir su piel contra la suya. El albornoz se abrió y sus pechos rozaron su piel haciéndola gemir de placer en su boca. Mark apartó sus labios y besó su cuello mientras el albornoz se deslizaba por sus brazos hasta caer al suelo. —Nena, creo que no podré esperar hasta la boda... —dijo con la voz ronca antes de cogerla por el trasero y elevarla lo suficiente para que sus pechos quedaran a la altura de su boca. Cuando atrapó uno de sus pezones Rosaura gritó maravillada enterrando sus dedos en su cabello. Él pasó su mejilla sobre su pezón estremeciéndola—. No, no podré esperar. Tendrás que confiar en mí de

otra manera... —Torturó su otro pecho hasta que cada fibra de su ser estuvo tan sensible que gritaba con cada roce y la tumbó en la cama bajando sus labios por su vientre haciendo que se retorciera de placer, tanto que tuvo que sujetarla por las caderas con firmeza. —Te encanta, ¿verdad? Pues todavía no he empezado. —Abrió sus piernas dejándola expuesta y cuando pasó una mano entre sus húmedos pliegues gritó de gusto sobresaltada. —Estás muy húmeda, preciosa. —Se tumbó sobre ella y besó sus labios haciéndose un hueco en ella. Al sentir su sexo endurecido rozando el suyo Rosaura abrió los ojos para verle mirándola tan intensamente que supo que siempre sería suya. Entró en ella poco a poco y Rosaura separó sus labios por la intensa sensación de placer. —¿Me sientes, nena? —preguntó cogiéndola por la nuca para acercarla a su rostro—. Siempre serás mía. —Empujó las caderas con fuerza y Rosaura gritó por la invasión cerrando los ojos. —Mírame, preciosa. —Besó sus labios. —Mírame.

Medio mareada abrió los ojos con esfuerzo y Mark salió de su cuerpo lentamente antes de entrar con otra fuerte embestida. Impresionada por el placer que la recorrió se aferró a sus hombros y cuando repitió el movimiento todo su ser, todo su interior se tensó con fuerza haciendo gemir a su amante, que jurando por lo bajo se movió de nuevo haciendo que todo estallara a su alrededor. Mark besó sus labios y sus mejillas susurrando que era maravillosa y le costó volver a la realidad pues sus caricias la embriagaban. Cuando consiguió abrir los ojos sonrió y él levantó una ceja antes de moverse de nuevo. La sorpresa de su rostro le hizo reír por lo bajo y en un segundo empellón ella gritó de placer aferrándose a las almohadas desesperada por liberarse de nuevo. Mark aceleró el ritmo sin dejar de mirarla hasta que Rosaura enloqueció haciendo que se aferraran él uno al otro para liberarse al unísono con un grito de satisfacción.

Tenía que estar muerta porque aquello no era normal, pensó mientras sentía una caricia en su trasero. Los labios de Mark en su espalda la hicieron abrir los ojos para ver que le había dado la vuelta. —¿Qué haces?

Él rio por lo bajo sobre su nalga derecha. —Nena, te estoy besando. —Mordisqueó su delicada piel haciendo que gimiera. —Te queda mucho por experimentar. —Acarició su espalda

siguiendo su columna vertebral. —Tienes un cuerpo precioso y muy manejable.

Sonrió sin poder evitarlo. —¿De veras?

Se tumbó sobre ella y besó el lóbulo de su oreja. —Eres perfecta. —Se le cortó el aliento y le miró sobre el hombro incrédula haciéndole reír. —Nadie me hace reír como tú. —Besó sus labios antes de entrar en ella de nuevo haciendo que se olvidara hasta de su nombre.

Capítulo 9

Cuando Mark al fin la dejó descansar, la abrazó a él y durante horas le observó dormir muerta de miedo por no sentir esos brazos a su alrededor nunca más, pero debía alejarle por su bien y pensaba hacerlo. Reprimiendo las lágrimas se levantó sin despertarle y recogió el albornoz para salir de la habitación casi de puntillas. Vio amanecer desde la ventana del salón. Sentada en una butaca observó como salía el sol iluminando los tejados de la ciudad. Se abrazó las piernas y apoyó la barbilla sobre las rodillas intentando darse valor. Sintió su presencia tras ella y sus brazos la rodearon de nuevo haciéndola cerrar los ojos cuando sintió sus labios en su cuello. — Nena, es muy temprano y hoy no trabajamos. Vuelve a la cama.

—Tienes que irte —dijo mientras se le desgarraba el corazón.

—¿Otra vez con eso? —Divertido giró el sillón para mirarla de frente y al ver la seriedad en su rostro frunció el ceño. —¿Qué ocurre?

—Ya te lo he dicho. Tienes que irte. Esto no va a llegar a ningún sitio.

—¿Esto?

—Nunca me casaré contigo.

—Nena, si es por lo que pasó hace dos años... eso no va a volver a ocurrir —dijo preocupado—. Sé que negaba lo que estaba pasando, pero cuando te volví a ver...

—Eso no tiene nada que ver. —Levantó la barbilla. —Ya no me interesas.

—¿Que no te intereso? —Eso le hizo gracia. —Pues ayer...

—Eso era sexo. Casarse es muy distinto y no quiero unir tu vida a la mía.

Mark se tensó. —¿Y se puede saber por qué? ¿Porque sé que me quieres!

—Puede que te quiera, pero no me convienes. No te quiero como padre de mis hijos.

—¿Qué coño estás diciendo? —preguntó agresivo.

—Eres adoptado.

Mark palideció como si le hubiera golpeado. —¿Qué?

—Tu padre era un delincuente. ¿Qué pensarían mis conocidos? —preguntó indignada arrancándose el alma al ver el dolor en sus ojos negros—. Me moriría de la vergüenza. ¡No pienso casarme contigo y que rumoreen sobre mí! ¡Y no le haré eso a mis hijos! Ya he elegido a mi futuro marido y me he asegurado de que tiene todo su pasado impecablemente limpio. Papá ya le ha dado el visto bueno.

—Por eso desapareciste. Tu padre te lo dijo —dijo furioso.

—Exacto. Me enseñó el informe de su detective. Hasta ese momento no me lo había dicho, pero cuando vio los morados en mi cuerpo le entró el miedo. Seguro que a tu padre se le iba la mano. Eso se hereda, ¿no?

—Te aseguro que no, nena. Porque si fuera así, te daría el bofetón que mereces por hablar así de mi padre.

—¡Era un delincuente!

—¡Era buena persona! ¡No tuvo suerte en la vida! Pero qué sabrás tú de la vida, niña rica —dijo con desprecio volviéndose hacia su habitación.

Su interior se retorció de dolor por la mirada de odio que le regaló antes de desaparecer en el pasillo. Era lo mejor para él y no debía flaquear. Se quedó allí sentada mientras se vestía y escuchó las suelas de sus zapatos acercándose. Recogió su chaqueta y la miró. —Nunca imaginé que fueras como los demás. —Esas palabras fueron como una cuchillada en el corazón, pero no movió el gesto sin dejar de mirar por la ventana. —Cuando creías que era un Leighton te morías por ser mi esposa, pero ahora que soy un Roberts te doy asco. ¿Pues sabes qué, nena? Que soy el mismo con el que ayer te retorcías de placer y ahí no te acordaste de mis orígenes —dijo con

ironía—. Pero claro, los de clase baja follamos muy bien. Cuando vivas en esa casa tan cara que seguro que tendrá tu futuro marido, recuérdalo cuando te tires al jardinero, zorra interesada.

El portazo la sobresaltó y se apretó las piernas con fuerza para evitar correr tras él para contarle la verdad. Sollozó enterrando su rostro en sus rodillas sabiendo que ahora la odiaba, pero lo había hecho por su bien y si tenía que odiarla lo soportaría.

Con la mano temblorosa metió la prueba de embarazo en el cartón antes de meterla en el bolso y se miró al espejo intentando recuperarse del shock. Iba a ser madre. Y una madre soltera, además. ¿Pero qué había hecho con su vida? Sintiendo que le temblaban las piernas tuvo que apoyarse en la pared y respiró profundamente. —No te desmayes, no te desmayes...

Llamaron a la puerta con fuerza pegándole un susto enorme. —Oye guapa, ¿sales o no? Llevas ahí una eternidad.

—¡Pues vete al de hombres! —gritó histérica.

—¡Sal o llamo al encargado, pesada!

Furiosa abrió la puerta de golpe para soltarle cuatro cosas quedándose helada cuando vio a Liza. —¿Qué haces tú aquí?

—Leche, ¿eras tú? —Entró en el baño subiéndose la falda del traje. —Me estoy meando. Y he dejado a mi jefe plantado en la mesa ya hace un rato.

—¿Has venido con tu jefe?

Suspiró de alivio y cogió algo de papel higiénico. —Quiere tirarme los tejos. —Rosaura jadeó asombrada. —Pero paso, que luego es un lío. Aunque está buenísimo, pero... ¿Tú qué opinas? —Se limpió y se levantó bajándose la falda cuando se detuvo en seco mirando su bolso. La prueba de embarazo sobresalía entre sus cosas. —La hostia.

—No digas nada —dijo angustiada.

—¿Es positiva?

Se apretó las manos nerviosa. —Sí.

La miró con los ojos como platos. —¿Es de...?

—¡No lo digas!

—Dios, tu padre te mata.

—¿Crees que en este momento estoy pensando en mi padre, que por cierto me está esperando en la mesa con mis hermanos?

—Fue la noche del premio, ¿verdad?

—¿Acaso ha habido otra ocasión?

—No, pero pregunto para asegurarme de los detalles.

—Hablamos esta noche, ¿vale? Dios, qué lío. —Gimió cogiendo su bolso y escondiendo bien la prueba.

Su amiga la miró preocupada. —Todo se va a arreglar, ya verás.

—¿Cómo se va a arreglar si me odia? —Angustiada abrió la puerta para ver a dos mujeres esperando.

—Tienes que decírselo.

—¡Shuss! —Se lavaron las manos mientras su amiga la miraba de reojo. —Primero tengo que pensar.

—Pues no pienses mucho porque estás de dos meses y medio.

La miró asombrada. —¿Llevas la cuenta?

—Es que estamos a veinticuatro y la noche de los premios era...

—Vale, llevas la cuenta.

—Si quieres solucionarlo de otra manera no te queda mucho tiempo. —La fulminó con la mirada. —Ah, que no.

—No. ¡Es el hijo de Mark y esto no me lo quitan!

Su amiga la miró con pena. —Igual si te sinceraras con él.

—Tengo que protegerle de mi padre que ahora sí que es capaz de todo. —Abrió la puerta y susurró —Ven hasta la mesa y saluda para justificar mi falta.

—Vale.

Su amiga la siguió y en cuanto Richard la vio se levantó encantado. —Pero mira quien está aquí.

Liza le dio dos besos antes de saludar a sus hermanos como si fueran los suyos porque los conocía desde niña. —¿Cómo estáis?

—Estupendamente —contestó su hermano mayor—. ¿Te sientas con nosotros?

—No puedo. —Hizo una mueca señalando hacia atrás con el pulgar. —Mi jefe me espera.

Los cuatro miraron hacia allí y su padre se quedó impresionado. —¿Eres abogada de Clay Harrington?

—¿Le conoces?

—Quiere hacer un edificio nuevo para sus oficinas.

Liza hizo una mueca mirándola de reojo. —¿Qué?

—Ha elegido a Leighton para que le haga el proyecto.

Su padre apretó los labios. —Bien.

—Lo siento, Richard... pero lo eligió antes de contratarme.

—No pasa nada, cielo. Dile a tus padres que les llamaré esta noche para concretar lo de mañana.

Liza la besó en la mejilla. —Te llamo luego.

—Vale.

Observó como su amiga iba hacia la mesa de su jefe que se levantó con una sonrisa en el rostro. La verdad es que no era nada feo y era evidente que su amiga le gustaba por como le sonreía.

Se sentó con su familia que espiaban a Liza sin ningún disimulo. —Menudo partido como le pille. Es multimillonario —dijo su hermano mayor.

—Como si eso fuera lo más importante. —Bebió de su agua sintiendo el estómago del revés.

—Bueno, eso ayuda. —Su padre la miró fijamente. —¿Te ocurre algo?

—No. —Frustrada dejó su copa. —¿Qué me va a ocurrir? Que tengo mucho trabajo pendiente.

—Hermana no te agobies.

—Disculpad...—Sorprendida levantó la vista para ver allí al jefe de su amiga. —¿Eres Rosaura Sennet?

—Sí —respondió levantándose—. Usted es el jefe de Liza. Clay...

—Harrington. —Le dio la mano mientras su padre y sus hermanos se levantaban. Les presentó mientras su amiga comía espaguetis a dos carrillos. La miró elevando una ceja, pero ella se encogió de hombros como si le importara un pito lo que hacía su jefe. —Disculpad que os interrumpa.

—No es ninguna molestia —dijo su padre encantado.

—Es que conozco el proyecto con el que tu hija ganó ese premio hace un par de meses y debo decir que me impresionó mucho.

—Gracias —dijo ella halagada.

—No sé si esto es muy ortodoxo en vuestra profesión, pero he contratado a Mark Leighton

para el proyecto de mi nuevo edificio. Me ha gustado lo que ha hecho en la biblioteca.

—Sí, eso teníamos entendido —dijo su padre confundido—. ¿Pero que tiene eso de poco ortodoxo?

—Liza me ha dicho que sois amigos y por eso me he atrevido a preguntar. ¿Se pueden unir dos proyectos de distintos arquitectos?

Su padre se tensó. —Si trabajan conjuntamente...

Clay miró a Rosaura a los ojos y tembló por dentro sabiendo lo que iba a decir —Me encantó la torre de cristal de ese proyecto tuyo. Me gustaría que trabajaras con Mark para que la incluya en el proyecto que está terminando. Puede que se enfade, pero si quiere la obra tendrá que hacer el proyecto contigo. Quiero esa torre y puedes pedir lo que quieras como remuneración por tu aportación al proyecto.

—Nosotros podríamos proporcionarte el proyecto completo —dijo su padre mientras ella temblaba por dentro ante la posibilidad de trabajar a su lado. Ansiosa esperó su respuesta.

—No me gustaría dejar a Mark. Solo lo haré si no me queda más remedio porque se niegue en redondo a retocar sus planos. Os quiero a los dos. Va a ser el edificio más alto de la ciudad. Una referencia en Manhattan. Tú decides si pones tu nombre en la fachada al lado del suyo.

—Él podría hacer algo parecido. Tiene mucho talento.

—No me gustan las imitaciones —dijo muy serio—. Quiero esa torre, así que te quiero a ti. Llámame esta tarde con tu decisión y tus honorarios para mis asesores. —Miró a su padre. — Ha sido un placer conocerles. Ya no les molesto más.

—Gracias por la oportunidad.

Clay sonrió antes de alejarse y los Sennet se sentaron en silencio. El camarero llegó en ese momento para tomarles nota y ella pidió espaguetis sin mirar la carta siquiera. El camarero se alejó a toda prisa sin notar la tensión en la mesa.

—Joder —dijo su hermano mayor—. ¿Qué opinas, papá?

—Es una oportunidad única para tu hermana. Su nombre será conocido en todo el mundo. No puede dejar escapar ese proyecto.

—Él consiguió el proyecto —dijo mirando su copa de agua.

—Pero Harrington te quiere a ti para la torre —dijo John impresionado—. Y será lo que se vea desde toda la ciudad. El resto del edificio será de risa comparado con la torre. Tienes que decir que sí.

—Mark no lo aceptará. —Miró de reojo a su padre que estaba muy tenso. —¿No piensas añadir nada más? No te he escuchado negarte en redondo a que me acercara a Mark para el proyecto, papá.

—Es una oportunidad demasiado increíble como para rechazarla de plano. No hay que tomar estas decisiones en caliente.

—¿No? Porque una decisión vital para mí se tomó de esa manera —dijo furiosa levantándose y dejando a los hombres con la boca abierta—. Tú decides lo que debo hacer con mi vida, pues toma esta decisión por mí. No vaya a ser que sea lo bastante estúpida como para meter la pata y destrozar mi futuro.

Su padre palideció al verla salir del restaurante. John apretó los labios antes de beber de su cerveza. —Te lo reprochará siempre. No tenías que haber intervenido. Su vida es suya para cometer los errores que le plazca. Y le quería, papá. No tenías derecho.

—¿Qué coño pasa aquí? —preguntó su hermano mirando a su padre sin entender palabra.

Richard miró a su segundo hijo. —¿Lo sabes?

—Ese día estaba en mi antigua habitación buscando un libro para un amigo. Lo oí todo.

—¿Qué oíste? ¿Papá? ¿Qué le pasa a Rosaura? ¿Tuviste algo que ver con que se alejara de Leighton?

—¿Algo que ver? La obligó. Más bien la amenazó con destruirle. —Richard se tensó mirando a su padre como si no le conociera.

—No tienes ni idea de cómo es, así que no me mires así.

—Joder, ¿es que no ves cómo sufre tu hija?

—¡Sí! Lo veo cada maldito día, pero ya no puedo hacer nada.

—Todavía puedes remediarlo.

—No quiere —dijo John enfadado—. Porque eso sería reconocer que mintió.

Richard palideció al escuchar a su hijo —Sí, papá. Yo también tengo amigos y los jefes de obra de Leighton tienen una reputación buenísima. Y de hecho despedió a Sean en cuanto terminó el proyecto de su casa en los Hamptons y tú lo sabes. Nunca robó nada de las obras en las que trabajaron sus empleados.

—Papá, ¿qué has hecho?

—No diréis nada —siseó muy tensó—. ¡Visteis los morados de su brazo como yo! ¡Casi la mata dos veces! ¡Rosaura pensaba seguir intentándolo, la escuché hablar con mamá unos minutos antes! ¡Tenía que impedirlo!

—Utilizaste su pasado para crear dudas en ella y la remataste acusándole de robo aprovechando que tenía contratado a Sean. —Miró a su hermano. —Eso hizo. La amenazó con que si volvía a intentar estar con él, lo filtraría a la prensa para destruirle. Y ella se lo creyó, por supuesto. —Se giró hacia su padre. —Se aprovechó de la confianza ciega que tiene en ti. —Se acercó para decir —Puedes arreglarlo.

—¿Y qué debo hacer? ¿Dejar que mi hija destroce su vida al lado de un hombre que la desprecia? ¡La rechazaba! Lo sabes tan bien como yo y mira como acabó. Casi la perdemos.

Richard miró a su hermano. —John...

—Joder, odio verla así. Ha perdido la luz que tenía en sus ojos y desde la entrega de premios está mucho peor. Ha adelgazado y es obvio que está deprimida, papá.

El camarero llegó con los primeros y los puso sobre la mesa, pero ninguno tuvo la

intención de tocar la comida. —A ver... —dijo el hermano mayor muy serio—. Tenemos que arreglar esto. Y no lo habéis mencionado, así que lo haré yo. Cuando Rosaura se entere de que papá le ha mentado para separarlos, y se enterará tarde o temprano porque trabaja en este mundo como nosotros, se creará un cisma en la familia que será difícil de sortear. —Su padre iba a decir algo, pero él le interrumpió. —Has metido la pata, papá. Y supongo que has engañado a mamá también para dar credibilidad a la historia, así que vete preparándote para cuando se entere, porque va a temblar la tierra. —John asintió reprimiendo la risa. —Tío, no tiene gracia.

—Es que se le han puesto por corbata.

—Cuando te cases, ya me contarás, ya...

—Tenemos que buscar la solución para que Rosaura y Mark se acerquen y nos lo acaban de poner en bandeja. Cuando se casen ya no habrá problema y cuando descubra tu mentira ya no tendrá tanta importancia. Pero como lo descubra ahora, va a ser como si cayera una bomba atómica en casa de los Sennet, así que te aconsejo que intentes arreglarlo cuanto antes. De hecho, yo llamaría a la constructora Leighton en cuanto llegara al despacho para concertar una reunión con él cuanto antes.

—¿Y si se niega?

—Entonces tendrás que confesárselo todo a tu hija por mucho que te avergüence. Y veremos si así te perdona. Y si lo hace, ya no tendrás que preocuparte por mamá. Pero no dudes que se enterará. Estos dos últimos años ha tenido casi todo el trabajo en el despacho, pero se está haciendo un nombre y en nada de tiempo tendrá que encargarse de sus obras y los obreros hablan. Es demasiado inteligente como para que puedas ocultar algo así por mucho que confíe en tu palabra.

—¿Qué tiene que confesarle?

Los tres miraron a Liza que pálida apareció detrás del camarero que se alejaba de la mesa de al lado en ese momento. El padre de Rosaura juró por lo bajo y más cuando su jefe se acercó

metiendo la tarjeta de crédito en la cartera justo en ese momento.

—Hablaemos más tarde.

Liza se puso la correa del bolso al hombro y siseó —¡Lo que no he escuchado me lo imagino y no me gusta! Richard, te quiero como a un padre, pero arréglalo y cuanto antes porque si no se lo contaré todo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Harrington confundido.

Liza cogió su mano y tiró de él. —Vamos a trabajar.

Richard pálido apretó los labios y John dijo —Ya no hay vuelta a atrás. Haz esa llamada, papá.

Capítulo 10

Sentada ante su mesa de dibujo intentaba concentrarse, pero nada le salía a derechas. Después de pasarse en un trazo juró por lo bajo cogiendo la goma y en ese momento sonó el teléfono. Lo descolgó distraída. —Rosaura Sennet.

—Hija, tenemos una reunión con Leighton en media hora. Te espero abajo.

Se quedó sin aliento. —¿Qué?

—Le he hablado del problema y no pareció creerme. Así que llamó a Harrington. Me ha llamado hace cinco minutos. Al parecer no quiere que se le escape el proyecto entre los dedos, así que está dispuesto a negociar.

Cerró los ojos jurando por lo bajo. —Papá, no creo...

—Te espero abajo. Date prisa, a esta hora hay mucho tráfico y no quiero llegar tarde. Barry ya está abajo.

Su padre colgó el teléfono antes de que pudiera decir palabra e impresionada se levantó. Nerviosa buscó su bolso a su alrededor sin ver que estaba sobre el escritorio. Era una oportunidad única para ella, pero no podía enfrentarse a Mark. Después de echarle de su casa diciéndole que no era lo bastante bueno para ser el padre de sus hijos, le robaba su proyecto imponiendo parte del diseño. Si antes no la odiaba, que lo dudaba mucho, ahora no podría ni verla al confirmar que era una zorra interesada. El nudo que sentía en la garganta parecía ahogarla, pero temblando metió el móvil en su bolso sin poder negarse a sí misma la necesidad que tenía por verle. Se puso la chaqueta del traje verde que llevaba ese día y salió del despacho. —No volveré esta tarde —le dijo a su secretaria.

—Muy bien, señorita Sennet.

Como a cámara lenta fue hasta el ascensor sintiendo unas ganas de vomitar increíbles, pero respiró hondo un par de veces encontrándose mejor. Cuando las puertas se abrieron, su padre estaba allí con John que sonrió al verla. —Estupendo, estás lista.

—¿Tú también vienes?

—Sí, me parece que soy el más diplomático de los tres —dijo haciéndola sonreír. No sabía por qué pero que John la acompañara la reconfortaba mucho. Al menos estaría arropada por su familia y no se mostraría grosero ante ellos.

Su padre la miró de reojo. —No debes preocuparte por mis intenciones, ¿de acuerdo?

Confundida preguntó —¿Intenciones?

—Sobre filtrar a la prensa lo que sé de Leighton. Debes olvidarlo. Ahora esto es más importante para tu carrera.

Sorprendida miró a John, pero este hizo un gesto sin darle importancia. —Lo sé todo. Me enteré el mismo día que tú.

—¿Y lo sabe tu novia? Porque en la gala...

—¡No! ¿Cómo le voy a contar que mi padre es un chantajista? Le caería fatal. Ya le cae mal al saber que se oponía a nuestra relación y a la vuestra. Si se enterara de lo otro no le tragaría en la vida. —Su padre gruñó haciéndole reír. —Tranquilo papá, puede que se le pase en diez o quince años. Depende como trates a los nietos. —Al escuchar esa palabra Rosaura se sonrojó sin poder evitarlo. Se mordió el labio inferior intentando disimular su nerviosismo. —Pegué la oreja a la pared.

Su padre carraspeó. —Dejemos ese tema, ¿quieres? Tenemos que centrarnos en que tu hermana consiga fusionar los dos proyectos y que Leighton esté de acuerdo.

—Si nos recibe es porque no tiene más remedio. Seguro que Harrington le ha presionado —dijo ella muy tensa.

—Pues eso es lo que vamos a aprovechar —dijo John antes de guiñarle un ojo.

Seguro que su hermano quería que arreglaran su relación y veía ese trabajo como una oportunidad única. Pero aquello ya no tenía arreglo. Mark no la perdonaría nunca. Puede que tuvieran que trabajar juntos, pero sabía de sobra que tendría que soportar desplantes y malos gestos hasta que se inaugurara el edificio y después le pegaría un corte de manga de los que hacen época. En ese momento recordó su embarazo. Cuando se enterara... Dios, ni quería pensarlo.

Salieron del ascensor y vio a Barry en la puerta con su traje negro. Abrió la puerta de atrás de la limusina en cuanto salieron y ella preocupada le dio las gracias. Fue el viaje más horrible de su vida y pálida miraba por la ventanilla, pero algo en su interior quería saber. —Así que olvidas lo que sabes por el bien de mi carrera.

Su padre apretó los labios mientras su hija sentada frente a él no podía ni mirarle. —Creo que debemos dejar el pasado atrás.

—¿Eso significa que puedo seducirle? —preguntó cínica.

—Debes hacer lo que creas más conveniente para tu felicidad —dijo como si le estuvieran arrancando las uñas.

Le miró sorprendida. —¡Ahora!

Su padre la miró sin entender. —Sí, ahora. Cielo, ¿qué ocurre? ¿Hay algo que no sepa?

Se mordió la lengua porque no estaba preparada para tener esa conversación y mucho menos en ese momento cuando estaba a punto de ver a Mark después de dos meses. —No papá, tú te enteras de todo —dijo con burla antes de mirar por la ventanilla de nuevo.

John silbó por lo bajo porque no estaba el horno para bollos y más cuando vio como su padre se tensaba con su respuesta. A pesar del tráfico llegaron a la empresa a tiempo en un tenso silencio. Su padre dijo sus nombres en la recepción y la chica les indicó a una mujer que estaba ante el ascensor. Fueron hasta ella y esta sonrió. —¿Señores Sennet?

—Los mismos —dijo John afable.

—Por favor, vengan conmigo. El señor Leighton les está esperando.

Pudo ver como su padre admiraba el hall del edificio y entraron en el ascensor con la mujer que pulsó el último piso. —Bonitos materiales —dijo su padre haciendo que ella le fulminara con la mirada.

—El señor Leighton solo quiere lo mejor —dijo la secretaria mientras este se sonrojaba por el reproche de su hija.

—Eso es evidente. —John sonrió advirtiéndolo a su hermana con la mirada, pero esta gruñó saliendo del ascensor en cuanto se abrieron las puertas y sin esperar a nadie caminó hacia el despacho de Mark confundiendo a la chica. —Al parecer mi hermana ya ha estado aquí.

—Por eso me sonaba su cara —dijo la mujer.

—Sí, la última vez me sacó seguridad —dijo ácida dejándola de piedra. Cuando llegaron a la puerta del despacho de Mark, abrió la puerta para encontrárselo tras su escritorio. Se detuvo en seco cuando levantó la vista y sus ojos se encontraron—. Hola Mark.

—Sorpresa, sorpresa. Nena, ¿quieres robarme el proyecto? —preguntó con mala baba mientras sus ojos negros demostraban que la odiaban.

Gruñó entrando y dejando pasar a su familia. Con ganas de gritar por el desprecio de su mirada se acercó al escritorio y dejó su bolso. —Acabemos con esto.

—Perfecto. Señores... Tomen asiento.

—¿Quieren beber algo? O... —Mark le hizo un gesto a la chica para que saliera y esta lo hizo corriendo.

—Al parecer no merecemos ni la mínima cortesía —dijo John divertido alargando la mano sobre su escritorio—. Por cierto, soy John Sennet.

—Lo sé. —Ignorando la mano tiró su portaminas de oro sobre la mesa para mirarla a ella. —¿Qué has hecho?

—Te aseguro que yo no he hecho nada. —Se sentó en la silla frente a él y cruzó sus preciosas piernas intentando disimular que su actitud no le afectaba. Pero le afectaba y mucho. — Tampoco me esperaba esto.

—Pero ha ocurrido y es una oportunidad única para los dos —dijo su padre.

—¡Yo ya me había ganado mi oportunidad, joder! —Mark se levantó agresivo. —¡Habéis manipulado a Harrington!

—No hemos manipulado a nadie —dijo John—. Nos lo encontramos en la comida y quiso conocer a mi hermana.

—¡Llevo meses trabajando en este proyecto!

—Lo siento.

La miró asombrado. —¡Lo sientes! —gritó furioso—. ¡Ya puedes sentirlo! ¡Dónde está tu ética profesional!

Agachó la mirada dolida. —No he hecho nada malo. En ningún momento intenté venderle la torre. Se acercó y fue él quien la alabó. Dijo que la quería y quise negarme.

—Es cierto. Fui yo quien le propuse un proyecto únicamente nuestro.

Mark miró a su padre como si quisiera matarlo. —Vaya, así que la clase alta también roba.

Richard se tensó mientras Rosaura se encogía por el golpe. Sabía que esa frase había sido especialmente dirigida a ella. Su padre replicó —No creo que eso sea exacto. En esta profesión ocurre continuamente que se alteren los proyectos porque el cliente cambia de opinión. Lo sabes tan bien como yo.

—¡No en un proyecto de tres mil millones de dólares!

A Rosaura se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Ese es el presupuesto, que tampoco es muy amplio. El One World Trade Center costo novecientos millones más. Al menos eso dicen. Nena, tus ojitos verdes se han iluminado con el

signo del dólar —dijo con burla.

—Como si a ti no te pareciera atractivo ese presupuesto.

—¡Al menos yo no voy de digna!

Padre e hijo se miraron sin entender nada. —Aquí hay algo más que no sabemos —susurró John.

—Ya me he dado cuenta.

Mark les miró como si quisiera que desaparecieran de la faz de la tierra. —No pienso compartir mi proyecto con nadie y menos con ella —dijo como si le asqueara la mera posibilidad de hacerlo.

—Pues lo haces con ella o Harrington te quitará el proyecto. Está loco por su mejor amiga, ¿y qué crees que hará Liza? —preguntó John divertido—. Es muy insistente cuando quiere algo y quiere que su mejor amiga forme parte del proyecto.

—¡John, no digas eso! Liza no hará nada.

—Vamos, no seas ingenua. ¿Quién crees que le ha enseñado tu torre a Harrington si no ella? Quería que tú hicieras el proyecto y le ha camelado. —John miró a Mark que parecía a punto de soltar cuatro gritos. —Pero Rosaura no sabía nada, eso te lo aseguro.

—Largo de mi despacho —siseó cabreadísimo.

—¿Entonces para qué nos has hecho venir? —preguntó su padre indignado.

—¡Para ver con mis propios ojos lo rastrosos que sois! —Miró a Rosaura con una sonrisa irónica en la cara. —Sobre todo tú.

—¡Eh! ¡A mi hermana la respetas, capullo! —gritó John cabreándose.

—¡Basta! —Rosaura cerró los ojos pasándose la mano temblorosa por la frente. —Basta, por favor.

—Hija, ¿estás bien?

Ignorando a su padre se apretó las manos queriendo salir de allí cuanto antes porque ver el odio que le tenía con cada expresión de su rostro la estaba matando. Mirándose las manos susurró —Hablaré con Harrington, ¿de acuerdo? Te doy permiso para que tomes mi proyecto de referencia, que hagas los ajustes que creas necesarios y lo pongas a tu nombre.

—Rosaura, ¿estás loca? —gritó John indignado—. Es tu trabajo. Tu oportunidad.

—¡Todo el mundillo sabrá que es tu torre! —Su padre se levantó sin poder creérselo. —
¡No puedes hacer eso!

Se levantó cogiendo su bolso solo queriendo salir de allí. —Exacto. Es mi torre y puedo hacer con ella lo que me venga en gana. —Dándose valor miró a Mark a los ojos. —Te enviaré la documentación necesaria y los planos. —Él apretó los labios viendo cómo iba hacia la puerta, pero se detuvo en seco al ver una fotografía enorme en la pared. Era la casa de los Hamptons ya terminada y era realmente hermosa. Algo en ella se revolvió por dentro al recordar todos los planes que había hecho en el pasado y sintió como sus ojos se llenaban de lágrimas sabiendo que esos planes no se cumplirían jamás. —Perfecta, Mark. Realmente perfecta.

—Hice la vidriera en el techo, ¿sabes? —Una lágrima corrió por su mejilla admirando su trabajo. —Quedó muy bien y tenías razón, le dio mucha luz.

Sin ser capaz de decir una palabra más salió del despacho dejando el silencio tras ella. Richard suspiró sentándose en la silla de nuevo. —John cierra la puerta.

—¿Ha llegado el momento de sincerarse?

—Sí, creo que sí.

Mark les miraba sin comprender. —¿De qué coño habláis?

—Hijo, cálmate y escucha. Que tienes bastante que escuchar.

—Aunque igual no te importa —dijo John con rencor por cómo había tratado a su hermana.

—Sí que le importa —Richard suspiró—. Sino no estaría tan enfadado con ella. ¡Aunque no sé muy bien la razón, porque la dejó tirada en una cama de hospital!

—¡Largo de mi despacho!

—Va a ser difícil de arreglar. —John se sentó a su lado como si nada dejando a Mark de piedra.

—¿Tengo que llamar a seguridad?

Apenas unos minutos después Barry vio como a sus jefes les echaban casi a patadas de la empresa los vigilantes de seguridad. John furioso se estiró la chaqueta. —¡Esto no va a quedar así!

—Vamos, hijo —dijo su padre avergonzado entrando en el coche a toda prisa para ver asombrado que su hija no estaba—. ¿Y Rosaura?

—Se ha ido andando, jefe. Estaba llorando.

—¡Joder!

Sentada en el sillón mientras sus amigas la escuchaban desde el sofá, lloraba a moco tendido sacando pañuelos de papel de la caja que tenía pinta de agotarse en cualquier momento.

—Vamos, tampoco es para tanto —dijo Margaret mientras Liza la miraba como si estuviera loca—. Tener un hijo de soltera tampoco es el fin del mundo.

—Después de cómo trató a mi padre... —Se sonó la nariz con fuerza. —Ya verás... Y cuando se entere del embarazo... Ese sale en el periódico mañana con las pruebas de robo. El padre de mi hijo va a acabar en la cárcel.

—Seguro que tu padre se lo piensa mejor. —Liza forzó una sonrisa. —Pero lo que no entiendo es por qué le cediste tu torre.

—¡Quería salir de allí! Si vierais cómo me miraba... —Sacó otro tissue. —¿No tenéis más de estos?

—Tengo papel higiénico. —Margaret se levantó de un salto. —Te traigo un rollo.

—Pero es tu trabajo del que estamos hablando.

—Ya me da igual todo.

Su amiga apretó los labios y miró a Margaret que le hizo un gesto con la cabeza antes de sonreír a Rosaura dándole un rollo de papel higiénico. —Gracias.

—De nada, cielo.

—Te mintió. —Miró sin comprender a Liza que hizo una mueca. —Y tus hermanos lo saben.

—¿Quién me mintió? ¿Mark?

—No, tu padre.

—¿De qué estás hablando?

—No me he podido enterar de todo, pero he creído entender que tu padre...

Se escuchó el timbre de la puerta de al lado y Margaret corrió hacia la suya para mirar por la mirilla. Abrió los ojos como platos volviéndose. —Es Mark.

Separó los labios de la sorpresa. —¿Qué?

—¡Es Mark! Está llamando a tu puerta —susurró.

Volvieron a escuchar el timbre, pero ella negó con la cabeza. —Tienes que hablar con él —siseó Liza.

—¡No!

Escucharon el timbre de nuevo. Era insistente y nerviosa apretó el rollo de papel higiénico entre sus manos. Liza caminó hacia la puerta decidida. —¡No!

Su amiga abrió la puerta sin que se la viera y dijo con descaro —No está.

—¿Y sabes cuándo llegará?

—No sé si hoy vendrá por casa. ¿Quieres dejarle un recado?

—¿Cómo que no sabes si vendrá por casa? ¿Es que no suele dormir en casa? —preguntó mosqueado.

—Eso no es problema tuyo, ¿no crees? ¿Quieres dejarle un recado o no?

—La estoy llamando al móvil y lo tiene apagado.

—Eso será porque no quiere que la molesten.

Casi podía sentir la frustración de Mark desde allí. —¿Si viene esta noche puedes decirle que la llamaré mañana?

Se le cortó el aliento porque parecía ansioso. —Vale —dijo su amiga.

—Por cierto, ¿le mostraste la torre a tu jefe?

—Claro. —Levantó la barbilla. —Estoy orgullosa del trabajo de mi amiga. Aunque yo no entiendo esos garabatos, si le han dado un premio será por algo, ¿no? Es un genio que algún día llegará muy lejos. Mucho más lejos que tú.

Rosaura puso los ojos en blanco, pero sorprendentemente escuchó la risa de Mark al otro lado. —Seguramente.

—Y has hecho muy mal al rechazar trabajar con ella.

—¿Cómo sabes tú que he rechazado trabajar con ella si no está en casa?

—¿Qué? —Gimió porque su amiga disimulaba fatal.

—¿Está ahí?

—No.

Horrorizada porque la viera hecha polvo corrió hacia el baño y se encerró escuchando como sus amigas le gritaban que no podía entrar en casa. —¡Rosaura!

—¡Te digo que no está!

—Oye, sal de nuestra casa —protestó Margaret.

Rosaura se mordió el labio inferior pegando la oreja a la puerta. —¡Ese es mi dormitorio! —gritó Liza—. ¡Y no! ¡No está debajo de la cama!

—¿Por qué gritas? —preguntó Mark con desconfianza acercándose—. ¿Qué hay aquí?

—El baño. ¡Ahora vete!

La manilla se movió y gimió alejándose de la puerta. —¡Rosaura! ¡Sal, que quiero hablar contigo!

—¿Has estropeado la manilla? —preguntó Margaret aparentando indignación—. Pues a ver qué hacemos ahora.

—Esto lo arreglo enseguida. Nena apártate de la puerta. —Chilló alejándose antes de que la puerta saliera volando. Con los ojos como platos la vio tumbada frente a sus pies y pensó que se había librado por los pelos. —¡Estás aquí! —Mark furioso entró y la cogió de la mano tirando de ella fuera del baño. —Perfecto. Quería hablar contigo, ¿sabes?

—¿De veras? —preguntó haciéndose la tonta mientras sus amigas les miraban con los ojos como platos.

—¡Pues sí! —La sentó de mala manera en el sofá y él puso las manos en las caderas mirándola fijamente. —¿Has estado llorando?

Se puso como un tomate. —¿Yo? Es que estoy algo resfriada. —Fingió un estornudo y él entrecerró los ojos. —¿Querías algo?

—He pensado lo de la torre y no me parece nada bien.

—¿Ah, no? Pero Harrington...

—Sí, ya sé que la quiere gracias a las artimañas de tu amiga.

Liza jadeó indignada. —Oye...

—Pero es tu trabajo y todo el que trabaja en este mundillo la conoce. ¡Yo no necesito tu trabajo para triunfar!

—Sí, ya lo sé.

—Y si no pusiera tu nombre al proyecto, todo el mundo diría que te he copiado, aunque me hayas cedido el proyecto. ¡Y no pienso tolerarlo!

—¡Vale!

—Así que mañana te quiero en mi despacho a las nueve para trabajar. —Le miró asombrada. —Tengo que entregarlo el mes que viene para que Harrington dé el visto bueno y ya puede estar listo porque como me retrases... —Salió del piso pegando un portazo y dejándolas sin habla.

—Vaya, qué carácter. Hasta me ha puesto cachonda —dijo Margaret atónita. Rosaura la fulminó con la mirada—. Pero es todo tuyo. Demasiado intenso para mí.

—¡Además no te haría caso!

—Eso también.

Liza sonrió satisfecha. —Esto va viento en popa.

—¿Eso crees? —preguntó esperanzada.

—Tú hazle la rosca. Ya verás como cae otra vez. Además tu padre te ha dado el visto bueno. No puede echarse atrás. Pero llámale para decirle que has arreglado lo del proyecto no vaya a ser que mañana tu chico salga en el periódico.

Chilló saliendo del apartamento como una exhalación y Margaret la miró. —No le has dicho que su padre ha mentado.

—¿Y crear un conflicto en la familia? No, nuestra chica lo arreglará sola.

—¿Eso crees? —preguntó incrédula.

—Claro. Cuando se propone algo...

Capítulo 11

Miró de reojo a Mark que sentado en la mesa de dibujo de al lado trazaba líneas como si fuera un poseso. Llevaba allí toda la mañana sin abrir la boca, porque cuando había llegado él simplemente le había dicho que se pusiera a trabajar y había señalado la mesa de dibujo con mala leche. Como para protestar estaba la cosa. Pero es que aquello no iba nada bien. Y aunque toda la mañana había buscado una solución no se le ocurría nada que pudiera satisfacer a Mark. Se mordió el labio inferior mirando su torre y el último piso que él había diseñado. Aquello no había por donde cogerlo. Su torre pegaba allí tanto como un burro en un garaje. —Mark...

—Uhhh.

—¿Has pensado en cambiar la fachada? —Él giró la cabeza lentamente para mirarla con esos ojos negros como si quisieran que emigrara a Siberia. Rosaura forzó una sonrisa. —Mi torre no pega.

—¡Pues cambia tú la fachada!

Jadeó asombrada. —¡Es de cristal! ¡Y es así para que los espejos exteriores reluzcan con el sol! ¡De ladrillo no reluciría nada de nada!

—No es ladrillo, es granito —dijo entre dientes.

—¿Y qué más da?

—¡No es lo mismo!

Cogió el plano de la última planta. —Si haces estos ventanales más grandes de manera alterna... —Levantó sus cejas morenas. —Quedaría chuli.

—¿Chuli?

—Sí, y si los enmarcas con una aleación dorada...

La miró con horror. —¿Sabes lo que cuesta eso?

—¿Y qué más te da si no lo pagas tú?

—¡Tengo un presupuesto, nena!

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Te has gastado ya los tres mil millones?

—Todavía no he empezado a construir el proyecto. ¿Tú qué crees?

—¡Muy gracioso! Hablo del presupuesto.

Mark hizo una mueca mirando el plano. —Casi.

—¡Mark!

—¡Son cien plantas sin contar la torre donde ahora Harrington quiere su despacho y su casa!

—¿Y? —Dejó el plano sobre la mesa y extendió la mano. —Quiero ver el presupuesto.

—¡Eso no es cosa tuya!

—¡Claro que lo es si racaneas con la fachada que es lo que verá todo el mundo!

—Es mucho más importante el interior que es lo que van a usar. ¡Y la fachada estaba perfecta y a Harrington le encantaba hasta que apareciste tú!

Entrecerró los ojos. —Pues si estoy aquí veré el presupuesto.

Él gruñó apartando un plano y cogiendo un dossier. —Es provisional.

—¡Por supuesto que es provisional porque lo vas a reducir! —dijo arrebatandoselo de las manos.

—Y una leche.

—¡Sabes que cuando se inicia la obra hay imprevistos!

—Pues que dé más pasta. No voy a escatimar en mi edificio.

Lo miró asombrada. —No es tu edificio. Es su edificio.

Se encogió de hombros colocando la regla y haciendo otra raya. Miró la primera hoja por encima antes de pasar a la siguiente y jadeó. —¿Mármol de carrara? ¿Estás loco?

—Se van a quedar con la boca abierta. —Rio por lo bajo. —Como tú ahora mismo más o menos.

Ella cogió el lápiz y levantó una ceja antes de tachar carrara del presupuesto. Mark enderezó la espalda. —Ni se te ocurra...

Bajó los ojos para seguir leyendo. —¿Roble rojo americano? ¿En serio? Confórmate con castaño.

—Ni hablar. —Tachó antes de que pudiera evitarlo. —¡Rosaura!

Se inclinó hacia atrás sobre su taburete y siguió leyendo. Abrió los ojos como platos bajando el dossier. —¡Definitivamente has perdido la cabeza! —Él se levantó para intentar cogerle el dossier de las manos, pero ella se resistió. —¡No voy a dejar que gastes un millón de pavos en wáteres con chorrito!

—En Japón son muy usados.

—Es una guarrada.

—¡Suelta! —Ella se agachó y le mordió la mano. Se detuvo en seco mirándola como si estuviera loca. —Te voy a...

En ese momento entró la secretaria que sonrió. —¿Señor Leighton? Tiene visita.

—¿Ahora? ¡No estoy para nadie!

Su padre entró en ese momento con una sonrisa de oreja a oreja. —¿Trabajando? Estupendo. Así me gusta, que unáis fuerzas.

Los dos le miraron con desconfianza. —Papá, ¿qué haces aquí?

—Venía a invitaros a comer. —Sonrió de oreja a oreja como si fuera un chiflado. —Tengo

algo que deciros, pero mejor hacerlo en público.

—¿En público por qué? —Se levantó dejando el presupuesto sobre la mesa. —¿Ocurre algo?

—¡No! ¿Qué va a ocurrir? —preguntó incómodo—. Era una broma, hija. Ya sabes lo que me gusta gastar bromas.

Rosaura no se creyó una palabra.

—Tenemos mucho trabajo. Nena, a la mesa o no terminaremos nunca.

—Tengo que comer.

—¡Pues que te pidan la comida! ¡En cuatro horas no has hecho nada!

—Porque yo cuando trabajo, trabajo. No hago líneas a lo tonto que después tendré que borrar porque nada pega con mi fachada.

Mark gruñó y Richard sonrió de oreja a oreja. —Veo que os lleváis estupendamente. ¡Eso está muy bien! ¿Vamos a comer? Tengo mesa reservada en el Le France.

—Oh, me encanta ese sitio. —Corrió hacia su bolso muerta de hambre y se lo puso en el brazo mirando a Mark. —La chaqueta, cielo.

Volvió a gruñir cogiendo la chaqueta del traje del perchero con tantas ganas como si tuviera que ir a un funeral. Ella se acercó a su padre y le dio un beso en la mejilla. —¿Qué tal va el despacho sin mí?

—Mucho más aburrido. —Le acarició la mejilla, pero ella vio algo en sus ojos que la preocupó.

—¿Todo va bien?

—Sí, por supuesto. Mark, ¿cómo trabaja mi chica?

—Lento. Muy lento.

Puso los ojos en blanco saliendo de su oficina mientras su padre se reía. Le dio una

palmada en el hombro. —También quería venir para que supieras que no te tomo en cuenta lo de ayer. Es lógico que estuvieras enfadado.

—¿No me digas? —Salió tras Rosaura que ya estaba llamando al ascensor y parecía encantada de la vida.

—Ella no sabe que nos echaste. Mejor no le decimos nada. No vaya a ser que se enfade. Ya sabes cómo son las mujeres.

Le observó con desconfianza ir hacia su hija. —Hoy estás hermosa.

—¿Te gusta? —Giró sobre sí misma mostrando el vestido azul que llevaba ese día. —Es de Liza.

—Tiene un gusto excelente.

—Nena, ¿no tienes bastantes vestidos?

—Como este no tengo ninguno —replicó molesta.

—¿Tu padre no paga bien? —preguntó entrando en el ascensor y pulsando el botón.

—Tú vas a pagar mejor. Recuerda que de esos tres mil millones tienen que salir mis honorarios.

Gruñó de nuevo mirando las luces.

—¿Vendréis esta noche a la fiesta?

Miró sorprendida a su padre. —¿Esta noche?

—Hija, es nuestro aniversario.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Ya es veinticinco? ¡No os he comprado nada!

—Tienes cosas más importantes en las que pensar.

—Es vuestro treinta aniversario. Tiene que ser especial.

—Tu madre va a hacerlo especial. Una gran fiesta. —Miró a Mark. —Estás invitado.

—Tengo mucho trabajo, pero gracias.

No pudo evitar sentirse decepcionada, así que dijo —Puede esperar hasta mañana.

—No, no puede. Tengo un plazo. —Miró las luces muy tenso. Era evidente que no quería estar allí. Bueno, teniendo en cuenta que días antes no podía ni verla habían mejorado mucho, así que no iba a deprimirse porque no quisiera ir a una fiesta.

—Si decides salir después de trabajar, acércate a nuestra casa. —Su padre asintió antes de añadir —Será una fiesta por todo lo alto. Joder, qué ganas tengo de una copa.

Su padre salió del ascensor dejándola de piedra y Mark levantó una ceja. —Debe estar algo nervioso con el aniversario.

—¿Treinta años con la misma mujer? Es para poner de los nervios a cualquiera.

Jadeó indignada viendo como seguía a su padre. Corrió tras ellos y Mark miró interrogante a Barry antes de subirse al coche y éste le dijo por lo bajo —Cágala otra vez y te capo.

—Shusss —chistó Rosaura.

Mark sacó la cabeza del coche. —¿Qué has dicho?

—Hace un día estupendo, amigo.

—Sí que lo hace, sí. —Rosaura advirtió a Barry con la mirada y este chasqueó la lengua.
—Mark aparta que no puedo entrar.

Él se apartó y se sentó a su lado con su padre ante ellos que miró a uno y después al otro.
—Hacéis buena pareja.

—¿No me digas? —preguntó Mark irónico mientras ella se ponía como un tomate—. Para no tragarme, quieres decir...

—Exacto.

—¡Papá! ¡Tengamos la fiesta en paz!

—No, la fiesta es esta noche —dijo Mark con recochineo—. Y tú sin regalo.

—Después de comer lo compro. —La miró como si le hubieran salido cuernos. —¿Qué?

—¿Qué tienes que trabajar!

—Que pesado estás con el tema.

Incrédulo miró a su padre que se aguantaba la risa. —¡Tengo una fecha de entrega!

—Mi hija cumplirá, ya verás.

—¡Pues hasta ahora no ha cumplido en nada!

Tensa giró la cabeza hacia él. —Lo has dicho con segundas, ¿no?

—No sé de qué hablas —respondió con burla.

—¡Yo cumplo siempre! —le gritó a la cara. Él miró sus labios cortándole el aliento y sintió que su sangre empezaba a correr alocada por sus venas.

—Cierto —dijo su padre haciendo que le miraran. Rosaura apoyó la espalda en su asiento intentando calmarse. —Hablando de otra cosa, ¿es cierto que vas a presentar ese proyecto para la remodelación del ayuntamiento?

Mark se tensó a su lado.

—Papá, eso no es asunto tuyo.

—Es que he estado pensando que podíamos repartirnos los proyectos, así no competiríamos entre nosotros y de esa manera no trabajaríamos en balde para realizar todo un proyecto que luego va a ganar el otro.

Mark entrecerró los ojos apoyando los codos sobre sus rodillas. —Continúa.

Richard sonrió. —Pues verás. Es sencillo...

No pararon de hablar del tema durante toda la comida y ya aburrida de que dieran vueltas al mismo asunto una y otra vez desconectó para mirar a su alrededor. Al ver que un hombre varias

mesas más allá miraba hacia ella y le guiñaba un ojo con descaro se puso como un tomate. Al volverse hacia sus acompañantes se encontró la cara de cabreo de Mark que sujetaba el cuchillito de postre como si fuera a clavárselo en el ojo a aquel incauto. —¿Le conoces? —preguntó entre dientes.

—Uy, tengo que ir al aseo.

Mark y Richard la observaron irse casi corriendo. —Hijo, quería comentarte una cosa que no tiene nada que ver con la empresa.

Él bebió de su copa sin quitarle ojo a aquel tipo que reía en ese momento como una hiena. —¿Si? —preguntó distraído.

—Pues verás. Hace dos años me asusté un poco por el encaprichamiento de mi hija por ti. —Eso llamó toda la atención de Mark y Richard gimió por lo bajo antes de continuar —¿Me prometes que esto no saldrá de aquí?

Con desconfianza respondió —Depende.

—Es algo un poco delicado. No quiero que mi hija sufra, ¿comprendes?

—No sé si entiendo por dónde vas.

Richard apretó los labios. —Cuando me contó su intención de conquistarte no estaba de acuerdo.

—Lo suponía. Y ella me lo confirmó.

—Si tuvieras hijas, y más como la mía que se entrega por encima de todo, entenderías que entré en pánico. —Mark se tensó. —No te lo tomes a mal. Ahora te conozco un poco mejor y me he fijado durante estos dos años más en tu trabajo y en lo dedicado que eres a tu profesión, pero en aquel momento y puede que fueran por mis celos profesionales... no te tragaba. Creía que había algo oculto en ti para triunfar tan rápido y desconfiaba de todo lo que eras.

—Sé que me investigaste. También me lo confirmó tu hija —dijo con ironía.

—Sí, y no estoy muy orgulloso de eso porque hizo sufrir a mi Rosaura.

—No creo que sufriera tanto.

Richard se envaró. —Te equivocas. Sufrió. Sufrió muchísimo. —Mark se mantuvo en silencio mirándole fijamente. —Vi el morado en su brazo en el hospital. La agarraste —dijo entre dientes—. Le hiciste daño.

—Fue una situación algo tensa con Sean McGillis. Hice lo que creí conveniente para apartarla de él. No estoy orgulloso, pero tenía que hacer que se calmara. Iba a estropearlo todo. —Le miró sin entender. —Era el único que había encontrado que sabía colocar la fachada de mi casa de los Hamptons. Era un trabajo muy artesanal del que ya no se encuentran profesionales. ¿Crees que no sabía que me había robado? Llevaba cinco años esperando a hacer la puñetera casa y estaba harto de esperar. Pero tranquilo que a mí no me la juega nadie.

—Le diste una lección.

—Le rompí las piernas. Eso sí, después de que me pusiera cada puñetero azulejo gratis —dijo como si nada.

Richard le miró con otros ojos. —Eres duro. Se nota tu crianza.

Eso le tensó. —¿Tengo algo de malo?

—No, en absoluto. —Miró hacia el baño. —Debemos darnos prisa. No tardará en llegar.

—Habla de una vez.

—Le dije que estabas compinchado con Sean y con tus otros jefes de obras para robar material de los proyectos en los que trabajaban antes. Que por supuesto en cuanto les habían echado, tú les habías ofrecido trabajo. Que así habías hecho tu imperio. —Mark se tensó con fuerza. —Le dije que lo filtraría a la prensa si continuaba persiguiéndote. Por eso no se acercó más.

—Por eso me rehuía la noche de la entrega de premios —dijo con ganas de escupirle a la cara.

—Le dije que tenía pruebas. Que te destrozaría. Y no solo mentí a mi hija sino también a mi mujer que estaba presente en ese momento. Sabía que se pondría de mi parte.

Mark mirándole fijamente apoyó la espalda en el respaldo de la silla. —Y cambiaste de opinión con el proyecto Harrington.

—No lo entiendes. ¡Desde hace unos meses vaga por la empresa como alma en pena, joder! ¡Puede que no seas lo mejor para mi hija, puede que no la quieras en absoluto, pero estoy harto de verla sufrir! ¡Así que te pido, por lo que más quieras, que si no vas a tener algo con ella, ahora que le he dicho que ya no te voy a denunciar con la excusa del proyecto, al menos la rechaces con delicadeza! ¡Y si es posible sin más accidentes, joder! Ah, y de esto ni pío a mi mujer, que me capa. —En ese momento salió Rosaura del baño con una sonrisa en la cara. —Mírala, ese brillo en sus ojos es por ti.

El tipo que le había guiñado el ojo se levantó bloqueándole el paso y Rosaura se sonrojó por algo que le dijo. Mark gruñó levantándose. —¿Me disculpas un momento?

Asombrado vio cómo iba hacia ellos como si nada y golpeaba el hombro del tipo con el dedo índice mientras su hija estaba como un tomate. Mark le preguntó algo y el tipo sonriendo contestó. Ni vio llegar el puñetazo que le tiró sobre la mesa de sus amigos mientras Rosaura con los ojos como platos dejaba que cogiera su mano para llevarla hasta su mesa. —Estos pijos se creen los dueños del mundo.

—Sí, hijo. Tienes toda la razón —dijo Richard impresionado estirando el cuello para ver como un amigo le daba palmaditas en la cara a aquel incauto—. No lo habrás matado, ¿no? Eso no será una buena publicidad para el edificio.

—¡Papá!

Richard se acercó sobre la mesa. —¿Qué te ha dicho?

Se volvió a poner como un tomate porque había sido una insinuación de lo más escandalosa en el cuarto de baño y Mark molesto levantó el brazo. —La cuenta.

—Enseguida, señor Leighton —dijo el maître sin darle importancia al suceso.

—Nena, tienes una hora para comprar el regalo. Ni un minuto más.

Sonrió radiante. —Vale. He pensado ya lo que voy a regalarles, así que...

—Sí, ya, ya. —Se levantó dejando la tarjeta de crédito sobre la mesa y le tendió la mano a Richard que se la apretó. —Creo que hemos llegado a un entendimiento, Sennet. No te metas en lo mío y yo no lo haré en lo tuyo.

—¿Y si hay algo intermedio que nos afecte a los dos?

—No, ya no lo hay —dijo cortándole el aliento—. El último punto es solo cosa mía. Retírate y nos llevaremos bien. —Miró a Rosaura que estaba encantada y sacó un bolígrafo del interior de la chaqueta. —Nena... —Cogió su mano y le dio la vuelta apuntando unos números. — Es mi clave. Cómprales algo de mi parte. Ahí te dejo la tarjeta.

Se sonrojó de gusto. —Lo que digas. —Mark la besó en la mejilla dejándola de piedra y ambos vieron como salía del restaurante sin mirar atrás.

Sus preciosos ojos verdes brillaron de la alegría, pero cuando se encontraron con los de su padre su mirada perdió algo de su ilusión. —No te apures, hija. Ese tema está muerto y enterrado.

Esperanzada cogió su mano sobre la mesa. —¿De veras? ¿No te tirarás sobre él porque haga algo que no te guste?

—No. Eso se acabó. Te lo prometo.

El alivio de su rostro era para echarse a llorar. —Gracias, papá.

Nunca se sintió peor que en ese momento, pero aun así sonrió. —No me des las gracias, cielo. No tenía que haberme interpuesto entre vosotros. Lo siento mucho. —Sus ojos se entristecieron. —Eh, ¿qué ocurre?

Forzó una sonrisa. —Nada. No sé para qué me hago ilusiones. Nunca querrá tener algo

conmigo.

—No digas eso. Trabajáis juntos. Eso une mucho.

Sus ojos brillaron de nuevo mostrando lo enamorada que estaba. —¿Eso crees?

—Sí, cielo. Eso creo. Tú no te rindas. ¿Quién iba a dejar escapar a una chica tan hermosa e inteligente como tú? Tendría que estar loco. Venga, vete de compras que una hora se pasa volando.

Capítulo 12

Dos horas y media después entraba en el despacho con dos paquetes enormes. —¡Al fin! —gritó sobresaltándola.

Intentando que no se le cayeran cerró la puerta con el pie justo cuando los paquetes desaparecieron de sus manos mostrando a un Mark cabreadísimo. —¿Dónde has estado?

—De compras. Ya lo sabías.

—¿No tienes reloj?

Le mostró su Cartier y él gruñó dejando los paquetes sobre la mesa de delante del sofá. —¿Qué es eso?

Emocionada unió sus manos. —¡He comprado un árbol genealógico de plata con sus nombres grabados! Es precioso, puedes mover las ramas del árbol y colgar fotos de los miembros de la familia. —Dejó su bolso sobre la mesa. —Y tiene ramas suficientes porque con siete hijos... ¿Sabes que mi hermano se casa enseguida? En nada de tiempo habrá nietos... —Frunció el ceño. —Igual no hay suficientes ramas.

Él pareció divertido. —¿Y en el otro paquete?

—Es una caja sorpresa. —La miró sin comprender. —En ella hay dos bañadores, dos bronceadores, dos toallas de playa, gafas de sol y... —Dio saltitos ilusionada. —¡Un crucero a Dubái!

—Vaya, nena es muy generoso.

—Ese lo has pagado tú.

—¡Ya me lo imaginaba!

Soltó una risita. —No me diste límite. Ah, por cierto... —Le tendió su tarjeta que él le arrebató de inmediato haciéndola reír. —Venga, tenía que aprovecharme.

—¡A trabajar!

—¿Has cambiado las ventanas? —Se giró para mirarla como si quisiera cargársela. —Vale, ya las cambiaré yo.

La señaló con el dedo. —Toca mi diseño y...

Puso una mano en la cintura con chulería. —¿Y?

—¡A trabajar!

Sintiéndose increíblemente viva fue hasta la mesa y abrió su bolso sacando el móvil para revisar si tenía mensajes, pero no tenía ninguno importante. Sabiéndose observada se sentó ante su mesa de dibujo y cogió su lápiz. Tachó el diseño de Mark con una enorme cruz que cubría todo el plano. —Hala, ya está.

Mark se quedó de piedra y más cuando se levantó y cogió la fachada que tenía en su mesa e hizo una gran bola de papel con los planos. —Sabes que no quedará bien. Vamos a conservar ese interior y hacer la fachada de nuevo con otras características que le den carácter.

—Tengo copias.

—Me lo imagino.

—Y ya tenía carácter. ¡El carácter que quería su dueño!

Tiró la bola de papel a un lado y cogió la barbilla de Mark para girar su cara hacia la foto de la casa de los Hamptons. —Eso tiene carácter. Eso es una obra de arte y vas a hacer algo tan bueno como eso que pegue con mi torre.

—Joder, nena... no nos dará tiempo. Cabrearemos a Harrington y perderemos el proyecto.

—No vamos a perder nada. —Sacó un plano en limpio y se lo puso sobre la mesa. —Yo termino los detalles interiores y tú dedícate a la fachada.

—Es mucho trabajo. Y no es tu parte, no puedo consentirlo.

—¡Quiero un edificio acorde con mi torre, así que mueve el culo!

Mark reprimió una sonrisa viendo como concienzudamente empezaba a revisar la instalación eléctrica del edificio. La vio asentir al repasar los detalles como si estuviera de acuerdo. —Mark, ¿estás pensando?

—Sí, nena.

—Pues piensa para otro lado que me desconcentras.

Rio por lo bajo girándose y suspiró mirando la hoja en blanco. Estiró el brazo para coger el proyecto de la torre. —Preciosa, este será el primer edificio que se diseñe desde el tejado.

A las cinco Mark estaba contestando una llamada urgente de una obra que tenía en Barcelona. No sabía cómo lo hacía todo. Su padre delegaba mucho de ese trabajo a sus hermanos y apenas diseñaba. Mark diseñaba la mayoría de sus proyectos importantes y encima supervisaba todas sus obras. Colgó el teléfono de mala leche. —Joder, tengo que ir a Barcelona.

Se giró en su silla y vio como agotado pasaba la mano por su nuca. —Tienes que delegar trabajo. Es demasiado. Has contestado llamadas toda la tarde. Así no puedes concentrarte.

Él apretando los labios pulsó el botón del intercomunicador. —Alice, no más llamadas.

—Ya las he derivado al contestador.

—Hasta el lunes.

—Hasta el lunes, señor Leighton.

Sonrió viendo como volvía a su mesa de dibujo. Era impresionante todo lo que había hecho desde la comida. —Me gusta.

Él levantó una ceja. —Nena, si todavía no he hecho nada.

—Pero es que veo el futuro y será fantástico. —Se levantó llevando las manos a la espalda y se inclinó hacia atrás. Él miró sus pechos presionando contra la blusa sin ningún disimulo y Rosaura se sonrojó enderezándose para coger su móvil de la mesa. —Tengo que ponerme mona. Te veo en la fiesta

—No voy a ir.

Se detuvo en seco cuando iba a coger su bolso. Sin saber qué decir vio que se ponía a trabajar otra vez. Ah, no. ¡Tenía que ir a la fiesta! —Has comprado el regalo.

—Lo has comprado tú.

—¡Con tu dinero!

Él suspiró girándose para mirarla de frente. —¡Mira, no pienso ir a una fiesta donde los anfitriones hasta hace dos días no podían ni verme! —Rosaura se puso como un tomate. —¡El regalo fue un gesto de buena voluntad! ¡Nada más! Así que no te imagines cosas.

—A mi padre ya le caes mejor.

—¡Por esta torre, Rosaura! ¡Si no fuera por Harrington jamás se hubiera acercado a mí a cien metros!

No sabía qué contestar a eso porque tenía toda la razón. Su padre hasta el día anterior no podía verle ni en pintura. Y no podía justificar su propio comportamiento ni el de su padre sin contar que sabían que había robado, así que tenía las manos atadas. —Lo siento.

Él apretó los labios antes de volver a su trabajo. Suspiró decepcionada y cogió su bolso. —¿Entonces me llevo tu regalo?

—Haz lo que quieras.

—Bueno, si te arrepientes y quieres tomar una copita, te escribo aquí la dirección. A las siete. De smoking. —Garabateó la dirección en un papel sobre su escritorio. —Habrà gente del gremio y será bueno que los conozcas. —Mark la miró intentando aparentar que no le había hecho gracia el comentario. —No está mal hacer amistades. Yo lo dejo caer por si te interesa.

—Bien, nena.

—¿Eso significa que vendrás?

—Me lo estoy pensando.

—¿Y si te digo que irá el padre de Margaret y que sé que ha diseñado un reloj de lo más especial del que solo ha hecho cinco, vendrás?

—Este no me lo compré yo. Me lo regaló un cliente cuando terminé su casa.

—Pues le chivaré a Harrington que te chifla ese reloj. A ver si cuele.

Mark se echó a reír. —Nena, no soy un fanático de los relojes.

—¿No? —Sonrió sin poder evitarlo. —¿Y qué te apasiona? —La miró de una manera que le cortó el aliento. —Ah, es cierto. Te gusta cazar.

—Hace mucho que no lo hago —dijo con la voz ronca. Se levantó y fue hasta ella haciendo que todas sus células chillaran de la alegría. Con los ojos como platos esperó y cuando llegó hasta ella pasó un pulgar por su mejilla como si fuera una niña—. La caza estaba empezando a perder atractivo.

—Ajá... —Atontada sin dejar de mirar su rostro sintió como pasaba el pulgar de nuevo por su mejilla. Sus piernas temblaban y todo por su cercanía, así que tuvo que sujetarse en el escritorio que tenía detrás.

—Tienes tinta en la cara —dijo con voz ronca.

Medio ida miró sus labios y cuando pasó el pulgar por su lengua antes de limpiarla de nuevo creyó que se desmayaría de la impresión porque en su vida le había parecido algo más erótico que ese momento. —Tienes que irte. No querrás llegar tarde al aniversario de tus padres.

Sin aliento vio que se apartaba para sentarse en su silla giratoria y se le secó la boca viendo el bulto de sus pantalones. ¡Estaba tan excitado como ella! Gimió por dentro maldiciéndose a sí misma por las palabras que habían salido de su boca meses antes. ¡Es que era

para matarla! Claro que ya no quería nada con ella. ¡Es que era para odiarla! Arrastrando los pies fue hasta los paquetes pensando que ahora tenía que ir a esa estúpida fiesta cuando lo que quería era llorar en una esquina. Jamás tendría otra oportunidad con él. Nunca la perdonaría por mucho que la deseara. Pero qué tonterías decía, era Mark quien pensaba que ella pasaba de él. ¡Había sido ella quien había cortado! ¡Había estado dispuesto a casarse y fue ella la que le había dicho que de eso nanai por sus orígenes! Igual se sentía inseguro y era para estarlo después de haberle hecho daño. Porque le había hecho daño, de eso estaba segura.

Más desmoralizada que nunca porque no sabía cómo arreglarlo fue hasta la puerta y consiguió abrirla sin soltar los paquetes.

—Nena...

—¿Si? —preguntó esperanzada.

—Los zapatos.

Se miró los pies para ver que los tenía desnudos. Gruñendo dejó los paquetes con el bolso en el suelo y corrió sonrojándose. —A veces me los quito.

—Uhhh —dijo él sin mirarla siquiera trazando una línea.

Se agachó bajo su mesa para agarrarlos y se los puso a toda prisa observándole. A punto estuvo de rogarle que la perdonara por ser una idiota. Qué chorradas pensaba. ¡Tenía que hacer algo! —¿Mark?

—¿Si?

Se apretó las manos nerviosa. —Sabes que no soy muy paciente.

—De eso me di cuenta cuando te conocí —dijo como si nada levantando la hoja para comprobar que el trazo coincidía con el interior.

—Sí... cómo me gustaría regresar a ese momento.

Mark se tensó girando la cabeza hacia ella. —¿Y eso por qué?

Había llegado el momento. —Porque haría las cosas de otra manera.

—¿Te hubieras acercado en aquel bar?

—Sí.

—¿Me hubieras perseguido? —preguntó mirándola fijamente.

—Sí.

—¿Y qué hubiera sido distinto, nena?

Frustrada porque no podía decir la verdad sin contarle que sabía que había robado gritó —¡No me llamaste! ¡Me dejaste sola en el hospital! ¡En dos años me ignoraste! ¡También fue culpa tuya!

—Sí, lo fue.

Se echó a llorar sin poder evitarlo y avergonzada se giró tapándose el rostro. Los brazos de Mark la rodearon pegándola a su pecho y la besó en la sien. —Todo fue culpa mía por no ver lo bueno cuando lo tenía delante, ¿de acuerdo? Así que olvídale todo. Eso es pasado y lo vamos a dejar atrás.

—No puedo olvidarlo. Te hice daño —dijo entre lágrimas.

La abrazó más a él. —Y yo te hice daño a ti. Y un daño mucho más grande porque te hice creer que no me importabas durante mucho más tiempo. Pero es que eres un poco intensa, nena. —Rio entre lágrimas sin poder evitarlo. —Sí, lo eres. Cuando te vi bajar de aquel camión no me lo podía creer. Creí que habías perdido un tornillo. Y cuando te heriste, creí que estabas fingiendo por captar mi atención de nuevo. Fue imperdonable. Eso por no nombrar que te hice daño cuando te agarré, otra cosa que no me perdonaré nunca. Por eso me largué, nena. Me haces perder los nervios y tienes razón... El barrio siempre estará dentro de mí. Y hoy mismo le he partido la boca a un tío porque me sacó de mis casillas.

—Bueno, era un grosero.

Mark rio y la cogió por los hombros para volverla. —Me vuelves loco, me haces perder los nervios y eres la persona que más puede hacerme enfadar, pero no puedo olvidarte, preciosa... Y en la gala de los premios me di cuenta de que había pensado en ti cada maldito día desde que nos separamos.

Una lágrima corrió por su mejilla y le abrazó por el cuello desesperada por sentirle. —Lo siento.

—No lo sientas. Solo dime que lo dijiste en un momento de miedo o enfado. Que no lo creías de veras.

Cerró los ojos con fuerza. —No lo creo. No lo creeré nunca. Te quiero.

Mark la abrazó a él y sintiéndose el uno al otro, necesiándose, estuvieron abrazados varios minutos. —¿Me llevas a Barcelona?

Él se echó a reír y se apartó para mirarle el rostro. —Nena, me distraerás.

—Qué va.

—Además tienes mucho trabajo.

—Eso sí, pero puedo llevarme el ordenador. Con escanear los planos...

—¿Qué planos? No tenemos fachada.

—Bah, tenemos un mes. Tiempo de sobra. —Se puso de puntillas. —¿Un beso de reconciliación?

La miró tan intensamente que casi chillaba de la alegría. —Joder, nena... Me vuelves loco. —Atrató sus labios de una manera que parecía que quería devorarla y sintiendo que volaba se aferró a su cuello. Cuando empujó la pelvis contra su sexo erecto él gruñó cogiéndola por el trasero para sentarla sobre el escritorio. Cogió sus piernas por debajo de sus rodillas y se las abrió para colocarse entre ellas haciéndola gemir de placer. Él con la respiración agitada apartó sus labios para mirarla a los ojos mientras metía la mano entre ellos. Rosaura gritó de placer cuando la acarició íntimamente y clavó las uñas en sus hombros de anticipación. —Estás muy

mojada, nena.

—Te deseo. Entra en mí. Hazme tuya.

Su sexo rozó el suyo y Rosaura gritó de placer antes de que entrara en su ser de un solo empujón robándole el aliento. —Eres mía, preciosa. Lo sentí desde el principio.

No fue tierno ni delicado. Fue exigente, apasionado y le dejó claro con cada estocada que su cuerpo, su mente y su alma eran totalmente suyas. Mark sintiendo como la necesidad la apremiaba aceleró el ritmo de sus embestidas y ella gritó en su necesidad por liberarse aferrándose a su cuello hasta que un último empujón la hizo creer que veía el paraíso.

Mark besó su sien susurrándole cosas que no llegaba a escuchar mientras laxa entre sus brazos ni sabía dónde estaba. Él rio por lo bajo. —Nena, vas a llegar tarde a la fiesta.

Con una sonrisa bobalicona en el rostro abrió los ojos. —¿Vendrás? Tienen que conocerte si vamos a casarnos.

—Ah, que vamos a casarnos. —Besó sus labios suavemente. —¿Eso crees?

—Sí. No te me escapas. Haré lo que sea. Sabes que soy capaz de todo.

Él se echó a reír. —Sí, nena. Lo sé.

Capítulo 13

Muy nerviosa miraba a los invitados. Mark no había aparecido y la fiesta había empezado hacía una hora. Los camareros estaban repartiendo los canapés y el champán corría a raudales. Ella para disimular tenía una copa en la mano. Su hermana Judith se acercó a ella. —¿Qué te pasa?

—Nada.

—Estás aquí sola sin relacionarte con nadie. Hay hombres muy guapos.

—Voy a casarme con Mark —dijo a bocajarro esperando su reacción.

Su hermana se echó a reír. —¿Ya estás otra vez con eso?

—Sí, ya estoy otra vez —dijo entre dientes mientras se alejaba partiéndose de la risa como si hubiera dicho lo más gracioso del mundo.

Liza apareció tirando de la mano de Harrington. La miró sin poder disimular su sorpresa.

—Bueno, me lo he traído. El pobrecito no tenía planes.

—Es un placer que haya podido venir, señor Harrington —dijo dándole la mano.

—Gracias por acogerme. Y llámame Clay, por favor.

—Ni se te ocurra preguntar cómo va tu edificio que te conozco —dijo su novia.

Clay rio. —Muy bien, esperaré. Estoy en ascuas.

—Y yo —dijo ella por lo bajo antes de forzar una sonrisa—. Estoy segura de que te encantará.

—Eso no lo dudo.

—¿Y Margaret? Salió de casa antes que yo.

—Está por ahí vendiendo relojes exclusivos a los amigos de mi padre.

—¿Mark no ha venido?

—Pues debería estar ya aquí, la verdad.

—Uy, uy... que estás cabreada —dijo Liza cogiendo una copa de champán que le ofrecía Clay.

—No estoy cabreada. Inquieta más bien. Me he dejado el móvil en casa con las prisas y...

—Mark apareció en ese momento y sonrió al ver como saludaba a varios conocidos. —Ya está aquí.

—Pareces de los nervios. ¿Qué nos ocultas? —preguntó su amiga.

—¿Yo? Nada.

Mark se acercó a ella y al ver el vestido rojo que llevaba levantó una ceja. —Nena, estás para comerte —dijo besándola en la mejilla.

—Sabía que lo arreglaríais —dijo Liza satisfecha.

Se sonrojó de gusto y vio que su madre sentada en el sofá charlando con una amiga dejaba caer la mandíbula del asombro. Mark la cogió por la cintura. —¿Qué puedo decir? Es la mujer de mi vida.

Sonrió mirando sus ojos. —Lo sé.

Mark se echó a reír y miró a su alrededor. —Toma la mía —dijo tendiéndole su copa de champán.

—Debo saludar a los anfitriones para felicitarles. —Bebió un buen trago.

Escucharon un tintineo. —Espera a después del discurso.

Su hermano mayor estaba al lado de la chimenea y todos miraron hacia él. —Primeramente quiero dar las gracias a todos aquellos que habéis sido tan amables como para acercaros a nuestro

hogar para celebrar los treinta años de feliz matrimonio de mis padres. —Su madre que discutía con su padre en una esquina miró a la audiencia sorprendida antes de sonreír de oreja a oreja como una loca. Mark rio por lo bajo y ella le dio un codazo. —Sí, mamá... es tu aniversario. Ya reñirás a papá después.

Todos se echaron a reír mientras su madre se ponía como un tomate. —Pero eso forma parte del matrimonio, ¿verdad? En lo bueno y en lo malo. En la salud y en la enfermedad. En todos los días de la vida de un matrimonio se tienen dificultades y la felicidad se mide cada minuto. Solo cuando sopesamos si compensa es cuando ese matrimonio termina o no. —La mano de Mark apretó su cadera y ella se la acarició viendo como su padre cogía la mano de su madre. Esta emocionada sonrió. —Y aquí ha compensado y mucho. Siete hijos que dicen que adoran... —Varios rieron. —Treinta años de matrimonio que han sido muy dichosos y soy testigo. Una complicidad que llega hasta tal punto que se entienden con una sola mirada. —Sonrió mirando a su novia. —Dicen que el matrimonio está en desuso. Que es una institución abocada al fracaso. Pero yo solo aspiro a tener un matrimonio como el que han tenido mis padres. —Levantó su copa. —Felicidades. A por los cincuenta. Sé que estos veinte próximos años también serán magníficos y nos esperan muchas sorpresas.

—¡A por los cincuenta! —gritaron los invitados antes de beber mientras sus padres se besaban con ternura.

—Bueno, gracias hijo... —dijo Richard encantado—. Ha sido precioso.

Alguien carraspeó de manera exagerada y todos miraron a su hermana Tati que se subía al sofá. Sonriendo miró a Mark. —Es Tati, la pequeña.

—Yo también quiero decir algo, papá.

Varios rieron. —Adelante.

—Cuando yo me case con mi novio también quiero que me quiera como tú quieres a mamá.

—Me parece muy bien.

—Y tendré diez hijos como Rosaura.

—¿No serán muchos? —preguntó divertido.

—No —contestó como si fuera lo más obvio del mundo.

—Bueno, pero para eso tendrás que esperar hasta los veinticinco por lo menos.

—¿Tanto? —preguntó con horror. Los invitados se partían de la risa.

—Nada de novios hasta los dieciocho, jovencita.

Mark se acercó a su oído y susurró —Ahora entiendo muchas cosas.

Se sonrojó cuando besó el lóbulo de su oreja.

—¡Rosaura!

Se sobresaltó cuando su hermana la llamó. —¿Si, cielo?

—¿Quién es ese que te toca tanto?

Se puso como un tomate mientras todos los invitados la miraban. La mataba. —Es Mark.

La niña entrecerró los ojos. —¿Mark? ¿Con el que te ibas a casar?

Se mordió el labio inferior mientras todo el mundo murmuraba. —No es con quien me iba a casar. —La mano de Mark se tensó en su cintura. —Es con quien me voy a casar. Estamos comprometidos.

Varios les miraron con sorpresa y Liza chilló abrazándola. —Felicidades, chicos. Me alegro muchísimo por vosotros.

Dando las gracias miró a sus padres que tenían distintas expresiones. Su madre se había quedado de piedra y su padre apretó los labios antes de sonreír levantando su copa como si brindara con ella, lo que fue un alivio.

Toda su familia y amigos se acercaron para felicitarla. Margaret estaba que no se lo creía y John muy contento estrechó la mano de Mark. —Bienvenido a la familia.

—Gracias.

Sus padres se acercaron y su madre emocionada la abrazó. —Hija, ¿qué estás haciendo?

—Lo que tenía que haber hecho hace dos años, mamá. Ser feliz y luchar por mi vida.

Darlene la miró a los ojos y asintió antes de mirar a Mark forzando una sonrisa. —Soy Darlene Sennet. Bienvenido a la familia.

—Gracias, señora Sennet —dijo algo incómodo.

—Mark, esto sí que ha sido una sorpresa —dijo su padre dándole la mano.

—Agradable, espero.

—Mucho. Muy agradable. Felicidades.

Asombrada por la reacción de su padre cogió la mano de Mark como si quisiera protegerle y sus padres se miraron a los ojos por ese gesto.

—¿Por qué no abris los regalos? —preguntó Tati impaciente.

Se echaron a reír relajando el ambiente y fueron hasta el sofá donde varios invitados les acercaron los regalos. Rosaura suspiró del alivio. —Prueba superada.

—No creas, nena. Tu madre no está muy contenta.

—Ha sido la sorpresa. Ya se le pasará.

Mark apartó la mirada preocupado y ella le cogió por la barbilla para que le mirara. — Terminarán adorándote como yo.

Su novio sonrió. —¿Eso crees?

—Totalmente. —Besó sus labios intentando demostrarle todo lo que le quería y le hizo sonreír. Más tranquila vio como empezaba a hablar con Clay y Liza se acercó a ella mirándola maliciosa.

—Tú no pierdes el tiempo, chica.

—No. —Rio por lo bajo. —Aún no me lo creo.

—Me alegro muchísimo.

Margaret asintió. —Es fantástico. Sois la pareja ideal.

Miró el perfil de su novio que aunque quería aparentar que estaba relajado miraba de reojo a sus padres como si temiera que le echaran de su casa en cualquier momento. Lo sintió muchísimo por él porque deseaba que estuviera cómodo entre los suyos. Tendría que dar tiempo al tiempo.

—¡Oh! ¡Cariño! ¡Un crucero!

Su padre miró la caja que Darlene había abierto. —¿Y quién ha sido el personaje al que le tengo que agradecer que me meta en un barco?

Varios se echaron a reír mientras su madre leía la tarjeta y decía —A tu futuro yerno. — Darlene le miró agradecida. —Gracias, siempre he querido hacer un crucero.

—De nada. Espero que lo disfrutéis.

—Esto ha sido cosa de mi hija, seguro —dijo su padre enfurruñado.

—Cariño, ya está comprado. No puedes echarte atrás. —Ansiosa miró el catálogo. —Oh, es de lujo... ¡Cariño, nos vamos a Oriente medio! ¡No conozco Abu Dabi!

Mark levantó una ceja interrogante y ella le explicó —Papá dice que los barcos no son seguros. —Rio por lo bajo. —Les tiene miedo.

—Cielo, eres maquiavélica.

—Sí. —Ambos observaron con una sonrisa satisfecha en el rostro como su padre forzaba una sonrisa como si el crucero ya no le pareciera tan mal solo por hacer feliz a su mujer. Mark por detrás la abrazó por la cintura. —¿Seremos así?

—Espero que sí —respondió él antes de besarla en la sien—. Al fin tendré una familia.

Ella se inclinó a un lado para mirarle a los ojos. —Yo soy tu familia y lo seré siempre.

Sus ojos negros la miraron intensamente. —Estoy deseando casarme contigo.

—Por mí mañana mismo.

Sorprendido frunció el ceño. —Nena, querías una boda por todo lo alto.

—Tengo la sensación de que si esperamos... Quiero ser tu esposa.

—Nada lo va a estropear esta vez. Quiero que tengas la boda que siempre has soñado.

Forzó una sonrisa. —Muy bien. —Miró al frente a sus padres y rezó porque nada lo estropeará de nuevo. Además estaba lo del embarazo y no sabía cómo se lo tomaría. Él quería familia, pero se había quedado embarazada hacía dos meses. ¿Y si creía que no era suyo? No, la conocía muy bien. No podía pensar eso. Tenía que reconocer que quería decírselo después de la boda para que ya no tuviera escapatoria, por eso no le había dicho nada todavía. Pero si la boda era mínimo dentro de seis meses su bombo la iba a delatar. Dios, qué lío. Rechazó con la cabeza una copa de champán que le ofrecía el camarero.

—No has bebido nada —dijo él a su oído.

—Quiero estar despejada.

—Nena, relájate. Yo lo hago.

Rio mirándole sobre su hombro. —Serás mentiroso.

—Bueno, al menos lo intento.

Pasó un camarero con una bandeja de canapés variados y muerta de hambre la cogió de su mano. —Gracias.

—De nada, señorita —dijo divertido.

—Eres estupenda. —Mark cogió un canapé metiéndoselo en la boca al igual que ella.

—Te quiero.

Mark tragó mirándola a los ojos. —Lo sé, preciosa.

—Ahora no haría nada que te hiciera daño y menos a propósito.

—Rosaura, ¿qué ocurre?

—Solo quería que lo supieras.

Él sonrió y se acercó para besar sus labios. —Muy bien, me doy por enterado.

Sonrió aliviada. —¿Nos vamos a las Vegas? —Mark se echó a reír negando con la cabeza.
—Me visto de Marilyn y tú de Elvis. ¡Estará genial!

Divertido cogió otro canapé. —Muy gracioso, nena.

Gimió por dentro cogiendo un par de canapés y metiéndoselos en la boca. Bueno, a ver cómo se lo decía. Porque estaba claro que las Vegas no era una opción.

Tumbada en la cama de su apartamento vio a través de las cortinas que empezaba a filtrarse la luz del amanecer. Su estómago dio un vuelco y se tapó la boca. Cuando pasó la náusea miró a Mark aliviada porque no le había despertado. Apartó la sábana y se arrastró intentando ser lo más silenciosa posible. Corrió fuera de la habitación y como una exhalación llegó a la cocina para vomitar en el fregadero. Las náuseas esa mañana eran mucho más fuertes y se dijo que tenía que ir al médico. Sintiendo que su cuerpo se estremecía se agarró al fregadero con una arcada terrible sobresaltándose cuando sintió las manos de Mark en su cintura.

—Nena, ¿estás enferma?

Ni pudo contestar y él juró por lo bajo abriendo el grifo para empapar un paño de cocina.
—Si no bebiste nada más que agua —dijo preocupado poniéndole el paño escurrido en la frente secándole el sudor—. Voy a llamar al médico.

—Mmm. —Antes de poder evitarlo se había alejado, pero las puñeteras náuseas no la dejaban apartarse del fregadero. Maldita sea. Él entró en la cocina con los pantalones puestos y colgó el teléfono que tenía en la mano. También llevaba su albornoz. Agotada se apoyó en el fregadero. Mark al ver que estaba a punto de caer dejó el albornoz y el móvil sobre la encimera y la cogió en brazos. —Ya pasó —dijo ella con los ojos cerrados.

—¿Estás enferma? ¿Cómo no me has dicho nada? Ni te he dejado dormir y...

—Estoy embarazada.

Mark se detuvo en seco tensándose con fuerza. —¿Qué?

Gimió cerrando los ojos. —Estoy embarazada. —Él mirando su pálido rostro la llevó hasta su habitación y la tumbó en la cama. —Lo siento.

—Lo sientes —dijo furioso—. Dices que lo sientes. ¿Cuándo te enteraste? ¿Antes o después de que Harrington quisiera tu torre?

Sus ojos se llenaron de lágrimas imaginándose lo que estaba pensando, pero tenía que ser sincera. —Antes.

—¡Menuda casualidad! —gritó fuera de sí cogiendo la camisa del suelo.

—No es lo que te imaginas.

—¿Y qué me imagino? ¿Que si no hubieras estado embarazada no te hubieras acercado a mí? ¿Que tu padre no me habría aceptado nunca si no hubiera sido por ese pequeño detalle?

—¡Mi padre no lo sabe!

—Permíteme que lo dude. ¿Por qué no me lo dijiste desde el principio?

—No quería complicar las cosas —respondió llorando—. No podías ni verme y...

—¡Ayer pudiste decírmelo! ¡Ahora entiendo lo de la boda en las Vegas! Querías atraparme antes de que me enterara, ¿no es cierto?

Se echó a llorar avergonzada. —Tenía miedo de tu reacción.

—¿Esta reacción? ¡Será que me afecta enterarme que solo quieres casarte conmigo porque estás embarazada!

—No es cierto, yo te quiero.

—¡Tuviste semanas para arrepentirte de tus palabras! ¿Qué casualidad que pase lo del proyecto y llegue tu arrepentimiento? ¡Tu amiga, tu padre y tú lo habéis orquestado para que yo tragara con todo!

—No es cierto.

—¿Liza sabía tu embarazo?

Viendo que le perdía susurró —Sí. Se enteró el mismo día que yo.

Mirandola como si fuera una zorra calculadora se agachó cogiendo su chaqueta del smoking de malos modos. —Joder, nena... Nadie me ha defraudado tantas veces como tú.

—¡Lo siento! No sabía cómo manejar esta situación y... Solo quería estar a tu lado. —Vio que iba hacia la puerta del dormitorio y ella se sentó. —Mark, por favor. Hablemos de esto.

—¡Ya hablarás con mi abogado! —Cerró la puerta de golpe y sin poder creérselo sollozó levantándose de la cama.

—¡Mark! —Corrió hacia la puerta y al pasar por el salón tropezó con la alfombra y gritó intentando asirse a algo. Su cabeza se golpeó contra la esquina de la mesa de centro perdiendo el sentido en el acto.

Darlene lloraba y su marido la abrazaba mientras el doctor les decía —Tenemos que esperar a que se despierte. Esperamos que el hematoma se reabsorba solo con la medicación y ya lleva con ella unas horas. Sus constantes son buenas y no parece que haya complicaciones, aunque su situación es delicada no voy a mentirles. Si empeora habrá que operar. Esperemos que reaccione como tengo previsto. El bebé de momento está bien. La ecografía ha salido perfecta, así que no deben preocuparse. Dentro de unas horas si aún no se ha despertado la revisaremos de nuevo y le repetiremos todas las pruebas.

—Gracias, doctor Lucas —dijo Richard muy tenso antes de girarse para ver a Mark sentado en una de las sillas. Tenía los codos apoyados en las rodillas y miraba el suelo como si estuviera ido. Él había llamado a la ambulancia, porque saliendo de la cocina a donde había ido a recoger su móvil, la había visto caer. Durante esas dieciséis horas que llevaban allí no podía

negar que se había preocupado muchísimo por su hija. Les había contado lo ocurrido y Richard había entendido su reacción, pero que su hija estuviera de nuevo en el hospital le preocupaba muchísimo recordando el puñetazo que le había dado a aquel hombre en el restaurante.

Richard sentó a su esposa en la silla y él lo hizo a su lado suspirando. —Dime que no la tocaste. Dime que al decirte que estaba embarazada y enfadarte no la tocaste —dijo entre dientes.

Mark se tensó. —Jamás le haría daño.

—Richard, por favor... Ahora no.

—¡Mi hija está muy grave ahí dentro, así que si tengo que preguntar lo haré! —Le fulminó con la mirada. —¡Te enfadaste!

—¡Sí! ¡Porque no me dijo que estaba embarazada desde el principio!

—¡Creíste que volvía contigo por eso cuando ella te ha querido siempre!

—Pues durante dos años no lo demostró. ¡Y al día siguiente de la gala tampoco! ¿Tengo que creerte a ti que mientes más que hablas?

—¿Pero qué dice este hombre? —preguntó Darlene indignada—. ¡Mi marido no miente!

—¡Mire señora, si estamos en esta situación es por las putas mentiras de su marido! —Miró furioso a Richard. —¿No crees que es momento de sincerarte, joder? ¡Si no hubieras metido la nariz en la vida de tu hija, ella no estaría ahí!

Richard apretó los labios. —No me hagas responsable de lo que ocurrió ayer. Te lo expliqué.

—Sí, pero a ella no, ¿verdad? ¡Y a tu mujer tampoco! Tú tienes que quedar como un santo mientras yo soy el malo. ¡Un ladrón para tu familia! ¡Para mi mujer! ¡Estaba dispuesto a pasarlo por alto por estar junto a Rosaura, pero ahora ya me importa todo una mierda! ¡Puede que la haya perdido con mi reacción de esta mañana, pero no voy a seguir dejando que ella crea que yo robé ese material para salvarte el culo de tus mentiras y manipulaciones!

Darlene asombrada miró a su marido. —Me has mentido.

—Cielo...

—¡No me llames cielo! Has mentido a tu hija y me has mentido a mí para que te ayudara a apartarle de él, ¿verdad?

—No lo entiendes.

—¡Claro que lo entiendo! No le soportabas. Es más joven y empezaba a tener éxito. ¡Empezaba a eclipsarte! —Richard se sonrojó. —¡Por eso le investigaste, para ver si podías sacar sus trapos sucios! ¡Pero no encontraste nada y tuviste que aguantarte! ¡Pero cómo ibas a dejar que tu hija estuviera con él! Tendrías que verle a menudo. ¡Y lo que era peor, te robaría a tu favorita! ¡Al futuro de la empresa! —Richard apretó los labios. —Y yo creyendo que querías protegerla como es tu obligación.

—¡Quería protegerla!

—No te reconozco. —Miró a Mark. —¿Cuándo te enteraste de esto?

—El día de tu aniversario. Me lo dijo cuando ella estaba en el baño y me advirtió que no te dijera nada.

Richard juró por lo bajo por la mirada de rencor de su mujer. —¡Dejaste que estuvieran separados dos años! ¡Estaba embarazada y mi niña no pudo sincerarse conmigo por miedo a que te enfadaras! ¡Mira todo lo que le has robado! ¡Y eso no te lo perdonaré nunca!

—Ahora resulta que él es un santo. ¡En dos años ni se acordó de que existía!

—No voy a justificarme por eso. ¡Ya lo he hablado con Rosaura! —gritó levantándose—. ¡Utilizaste mi pasado para que se mantuviera alejada de mí y lo conseguiste! ¡Y a tanto llegaba tu dominio que cuando volvimos a encontrarnos me echó en cara mis orígenes para que la despreciara y me mantuviera alejado yo! Ocultó su embarazo temiendo mi reacción después de lo que me había dicho y nuestra reconciliación la agobió todavía más porque yo llegaría a las conclusiones que llegué. ¡Que había vuelto conmigo por el bebé!

—Dios mío... Richard, ¿qué has hecho?

El padre de Rosaura se volvió llevándose las manos a la cabeza. —No me lo perdonará nunca.

Mark apretó los labios al ver la angustia en el rostro de ambos. —Yo no pienso decir nada. Y no pienso hacerlo porque no quiero hacerle daño. Esto quedará entre nosotros y jamás saldrá de aquí. Si consigo que me perdone no se lo diré nunca.

Richard le miró sorprendido. —¿No lo harás?

Se sentó agotado. —Joder, solo quiero que se ponga bien.

—¿Mark?

La voz de Rosaura les hizo mirarse con los ojos como platos y Mark corrió hacia la puerta de su habitación abriéndola de golpe para verla despierta y muy asustada. —¿Mark?

—Shusss, no pasa nada —dijo pálido acercándose a la cama mientras su padre gritaba llamando a un médico.

Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas. —¿Estoy en el hospital?

—Te caíste. ¿No te acuerdas?

—La alfombra. Siempre tropiezo en el mismo sitio. —Cogió a su mano como si no quisiera soltarle. —¿Sigues enfadado?

Él la miró angustiado y besó su mano. —No, claro que no. Y nos casaremos cuando tú quieras.

Sonrió mientras una lágrima caía por su mejilla. —¿Me has perdonado?

—No tengo nada que perdonarte. ¿Recuerdas cuando te dije que el pasado quedaba atrás? Lo siento, nena. Soy el primero que me dejé llevar por ese pasado y si alguien tiene que perdonar esa eres tú. Te he fallado, preciosa. Y no sabes cómo lo siento.

—Hija, no llores —dijo su madre emocionada.

—Me voy a casar, mamá —dijo sintiéndose inmensamente feliz.

—Sí, y no puedo estar más encantada con el hombre que has elegido.

Mirándole con amor sonrió. —Sí, he tenido mucha suerte.

Él se agachó para besar suavemente sus labios. —Te quiero, nena.

—Creía que nunca lo conseguiría.

Mark acarició su mejilla. —Es que eres muy insistente.

—Sabes que no te oculté el embarazo a propósito, ¿verdad?

—Después de pensarlo me he dado cuenta de que solo estabas asustada, preciosa. Y no sabes cómo lo siento. Siento que nada haya salido como querías desde el principio.

—¿Me llevarás de crucero en ese barco que tienes?

—Te llevaré donde tú quieras.

—¿Tendremos muchos hijos?

Él sonrió. —Tantos como desees.

—¿Tu casa es lo bastante grande?

—Haré una nueva solo para ti.

Rio por lo bajo ignorando que la habitación se había llenado de médicos y enfermeras. —
¿Me querrás siempre?

La miró como si fuera lo más importante de su vida. —Hasta el día en que me muera.

—¿Me harás socia?

Un médico carraspeó y su madre le fulminó con la mirada haciéndole cerrar el pico.
Richard hizo una mueca. —Yo que usted esperaba.

—¿Socia? —Mark divertido apartó un mechón de su cabello de la frente. —Serás mi socia en todo. Me casaré contigo.

—¿Sabes que me he sacado el carnet? ¿Me dejarás el Maserati?

—Bueno, eso ya lo vamos hablando.

Se echó a reír y los suyos sonrieron alegrándose por ella.

—Bien. —Miró al doctor. —¿Cómo estoy? ¿Mañana puedo coger un avión? —Sonrió radiante. —Voy a casarme, así que no me lo fastidie.

—¿Avión? ¿Cómo que avión? —preguntó su madre interrumpiendo al médico que negaba vehementemente con la cabeza.

—Nos casamos en las Vegas.

—Ah, no. Eres mi primera hija. ¡No me vas a quitar este momento!

—Darlene... —la advirtió su marido mientras Rosaura y Mark sonriendo se miraban a los ojos.

—¡Nada de Darlene! ¡Quiero una boda como Dios manda!

—Siempre se meterán en todo —susurró ella haciéndola jadear.

—Puedo tolerarlo.

—Debes quererme un montón.

Mark rio por lo bajo. —Sí que te quiero, nena. Tanto que nunca creí que sentirse así fuera posible. —Besó suavemente sus labios.

—Yo también te quiero. —Suspiró de gusto. —Entonces ya puedo ir a recoger el anillo. Lo tengo reservado desde los dieciséis. ¿Crees que me habrán engordado los dedos?

Su familia se echó a reír y ella miró a su doctor. —Cúreme, que el amor de mi vida espera. Y ya hemos esperado mucho. Porque es perfecto para mí, ¿sabe? Lo supe en cuanto le vi.

Epílogo

—No, esa viga tiene que ir soldada en tres puntos —dijo Mark quitándose el casco y pasando el dorso de la mano por la frente—. Joder, qué calor.

—Y eso que solo estamos en junio —dijo su aparejador.

—Morton, controla que todo se haga como en las especificaciones. Como no sea así os caparé a todos. Y mi mujer también.

—Tranquilo, jefe. Solo pensar que su mujer me tire de las orejas me pone los pelos de punta porque me perseguirá por toda la obra hasta que esté terminada.

Mark se echó a reír. —Sí, es... meticulosa.

—Yo no lo hubiera expresado mejor. ¿Cómo no está aquí? Porque viene todos los días a ponernos las pilas.

—Porque ha salido de cuentas y la he obligado a quedarse en casa.

—Pues debe estar que echa humo.

—Sí, algo enfadada estaba. —Se subieron al ascensor y distraído miró hacia abajo para ver a una mujer embarazadísima poniéndose un casco rosa. —Joder.

Morton estiró el cuello levantando una de sus cejas castañas. —Sí, ya veo quien manda en su casa.

—Manda ella. ¡Ya lo sabrás cuando te cases! —Vio como su mujer se acercaba a un obrero y le decía algo. —La voy a...

—Matar a besos.

Hizo una mueca. —Seguramente.

—Jefe, quién te ha visto y quién te ve.

Riendo llegaron al piso de abajo y en cuanto abrieron las puertas de seguridad Mark intentó ponerse serio. —¿Qué haces aquí, mujer? —gritó a los cuatro vientos.

—Eso, jefe. Tú firme —dijo su aparejador divertido.

—¡Cariño! Estás aquí... —Rosaura se sonrojó con fuerza. —¿No tenías una reunión?

—Es en una hora. —Fulminó al obrero con la mirada y este casi salió corriendo.

—Ah.

—¡Estás fuera de cuentas!

—Ya. —Miró a Morton. —Dile al jefe de obra que esas vigas tienen que ir soldadas tres veces. —Morton reprimió la risa. —Y que ese material estorba ahí.

—Sí, jefa. Lo quitarán de inmediato.

Sonrió a su marido. —Cariño, ¿estás enfadado? Sabes que no puedes enfadarte conmigo.

Él posesivo acarició su vientre. —¿Sientes algo?

—Sí, que tengo hambre. Así que me largo. He quedado con las chicas para hablar de la boda de Liza. Está muy pesada con el tema. Menos mal que nos casamos en las Vegas y no tuvimos que pasar por eso.

La miró con desconfianza porque acababa de llegar. —¿Para qué venías?

—¿Yo?

—Sí, no has revisado la obra como es tu costumbre. Y sueles darle un buen repaso. —La miró con desconfianza. —¿Venías a hablar con ese?

—Qué va. —Rio de una manera tan falsa que le tensó con fuerza y más cuando le dio un beso a toda prisa. —Te veo luego en el despacho. Te quiero.

—Tendrías que estar en casa.

—Sí, ya, ya. Me voy, que Barry me espera.

Vio que su chófer estaba en la entrada de la obra como siempre controlando que todo estuviera bien. Su amigo le hizo un gesto muy serio y eso le mosqueó aún más porque parecía inquieto. Algo no iba bien. Podía verlo en sus ojos. —Te acompaño al coche.

Ella sonrió encantada. —Ya he hablado con el capitán. Tendrá el barco preparado para todo agosto.

—Nena, el bebé será muy pequeño para la travesía.

—La niña estará bien.

—Rosaura, ¿pasa algo?

Le miró a los ojos. —Que cada día te quiero más.

—¿Estás asustada por el parto? El doctor dice que todo va perfectamente.

—Estoy deseando verle la carita.

—Será preciosa como tú.

Barry abrió la puerta del coche y Rosaura se quitó el casco sin mirarle. Eso le preocupó aún más. —Nena, ¿qué ocurre? Sabes que no tenemos secretos.

—No, claro que no. —Por la manera en que lo dijo se tensó y más cuando le miró a los ojos forzando una sonrisa. —Tengo que irme. Las chicas me esperan. Hablamos luego en casa, ¿vale? Ten el móvil operativo por si acaso.

—Contestaré de inmediato. No te preocupes.

Le besó en los labios. —Te quiero.

La vio subir al coche y Barry cerró la puerta. —¿Ha pasado algo?

—Jefe, creo que debería ir al despacho de su padre —dijo por lo bajo.

Preocupado vio como rodeaba el coche y antes de subirse le apremió con la mirada. En cuanto su vehículo se alejó silbó llamando a su chófer y en cuanto se detuvo se metió en el coche

quitándose el casco. —Al despacho de mi suegro, rápido.

El trayecto se le hizo eterno y corrió al interior del edificio señalando a la recepcionista.
—¿Está arriba mi suegro?

—Sí, todavía no ha salido a comer.

Corrió hacia el ascensor y casi se choca con John que salía en ese momento. —Eh, ¿qué ocurre?

—Creo que Rosaura lo sabe.

El hermano de su esposa se tensó entrando de nuevo. —Joder, ¿eso crees?

—Está muy rara.

—Será por el parto.

—Entonces Barry no me hubiera dicho que viniera cagando leches.

John hizo una mueca. —Barry estaba avisado, así que si te dijo eso... No tiene buena pinta.

Mark juró por lo bajo. —¡Precisamente ahora! ¡Está a punto de parir! ¡No quiero que se disguste!

—Sabíamos que tarde o temprano se enteraría y más aún trabajando contigo. Tendría más relación con tus obreros... Ya lo habíamos hablado.

Nervioso se pasó la mano por su cabello negro. —Estupendo. No tenía que haber dejado que fuera a las obras.

—Como si pudieras impedirlo —dijo divertido mientras su cuñado le fulminaba con la mirada—. No te pongas así. Igual no se disgusta.

—¿Saber que tu marido y tu padre te están mintiendo no te afectaría?

—Tú no le has mentido. En realidad solo querías protegerla como ella a ti. El que se va a llevar una bronca es mi padre.

Se abrieron las puertas del ascensor y caminaron hacia el despacho de su suegro que salía en ese momento con Richard. Este sonrió. —Qué sorpresa. ¿Vienes a invitarnos a comer?

—Entra.

Su suegro perdió la sonrisa. —Joder, ahora no.

—Sí, precisamente ahora.

Los cuatro entraron en el despacho y Richard junior preguntó —¿Qué pasa?

—Cree que Rosaura lo sabe —respondió John—. Lo de las mentiras de papá.

—Leche... —Miró a su padre. —Van a saltar fuegos artificiales.

El teléfono de Mark sonó y de los nervios lo sacó a toda prisa del bolsillo del traje. —Es Barry. —Se puso el teléfono al oído. —Dime.

Los Sennet le observaron fijamente y él apretó los labios. —Entiendo. Gracias Barry. —Colgó el teléfono preocupado. —Sí, lo sabe. En el coche no hacía más que despotricar sobre todo lo que había sufrido y los remordimientos que había tenido por no ser del todo sincera conmigo. Está subiendo.

—Joder... —Richard apretó los labios. —Bueno, estoy preparado.

La puerta se abrió de golpe y su mujer furiosa entró en el despacho apretando los puños sin quitarle la vista de encima a su padre. —Tú... Te juro que...

—Lo siento, hija.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Sabes lo que he pasado? ¡Y le he juzgado mal! ¡He creído tus mentiras y he juzgado mal a mi marido! ¡Me mentiste y te creí!

—Cielo, esto no te conviene —dijo su padre preocupado.

—¡Cállate! —gritó histérica—. ¡Ni has sido capaz de decirme la verdad al ver lo felices

que somos! ¿Sabes las miles de veces que he pensado en ello?

—Eso fue culpa mía, nena.

Asombrada giró la cabeza de golpe para ver a su marido tras ella. —Estás aquí.

—Sabía que algo no estaba bien. —Se acercó sonriendo con tristeza. —Nena, me enteré cuando empezaste a trabajar conmigo en el proyecto. Tu padre me lo dijo. Si te lo ocultamos fue para que no sufrieras más.

—¿Para que no sufriera más? —preguntó incrédula—. ¡Me he torturado cada maldito día por las crueldades que te dije para que te alejaras!

Mark sonrió. —Y lo hiciste porque me querías. Querías protegerme. Y tu padre te quiere a ti e intentó protegerte de mí. Cuando se dio cuenta de que había sido un idiota solo hubieras sufrido tú y no queríamos eso.

—¿Y preferías que pensara que eras un ladrón? —Con ganas de gritar miró a sus hermanos. —¿Lo sabíais? —Ambos asintieron. —¿Y mamá? —Asintieron de nuevo.

Gritó de frustración como una loca y los cuatro la miraron con los ojos como platos. Cuando se detuvo se apartó el cabello negro de la cara y respiró hondo. —¿Mi amor?

—¿Si? —preguntó inseguro.

—He roto aguas.

Asombrado miró sus pies para ver el charco mojando sus manoleínas. Perdió todo el color de la cara de golpe. —¡Una ambulancia!

—No, si nos lleva Barry —dijo como si nada saliendo del despacho tan normal—. Vamos cielo, que tengo la bolsa en el coche.

Corrió tras ella al igual que su familia. Pulsando el botón de llamada del ascensor gruñó fulminando a su padre con la mirada. —Hija, lo siento mucho.

Levantó la barbilla. —No quiero hablar más de ello. Si mi marido te ha perdonado no

quiero ni mencionarlo.

Mark sonrió cogiéndola por la cintura y besándola en la sien. —Eso nena, tú no eres rencorosa.

Ella le miró a los ojos. —Gracias.

—¿Por qué, preciosa?

—Por perdonarle. Por tragarte tu orgullo por mí, porque sé que te sentiste insultado cuando te enteraste y aun así me diste una oportunidad.

—Te aseguro que fue un alivio enterarme, porque ahí me di cuenta de que me habías mentido para que me alejara de ti.

—Vamos a tener a nuestra niña y todo eso quedará atrás.

Rosaura le miró de reojo forzando una sonrisilla que le mosqueó. —¿Qué, preciosa? ¿Te duele?

—He llamado a tu madre.

Mark dejó caer la mandíbula de golpe. —¿Que has hecho qué? ¿Para qué?

—Porque es la abuela de la niña. Postiza, pero su abuela.

—¡Si me odia!

—No te odia.

—¡Me acusó de matar a su marido a disgustos! ¡Dijo que jamás apareciera por allí! — exclamó dolido.

—Está muy arrepentida. ¿Cómo vas a tener la culpa de un infarto? Se le cruzó un cable por el dolor del momento. —Forzó una sonrisa. —Se pondrá en camino en cuanto la llares.

—¡No!

—¿Ves cómo eso de meterse en la vida ajena va en el ADN? —preguntó su padre.

—No intervengas —dijo ella entre dientes.

—No, claro. Es tu vida. Y yo te apoyo, mi niña querida.

Gruñó mirando a su marido de nuevo que parecía realmente impresionado. —Tampoco es para tanto. He hablado con ella y está muy arrepentida, tanto que ni se atrevía hablar contigo. ¡Como vosotros! ¿O no?

—Sí, sí —dijeron los miembros de su familia dándole la razón como a los locos.

Tomó aire satisfecha. —Pues ahora voy a parir, así que la llamas.

Su marido entrecerró los ojos. —Has esperado un conflicto para soltarme lo de mi madre, ¿no?

—¿Qué? —Haciéndose la loca salió del ascensor y su marido sonrió. Rosaura sonriendo le miró sobre su hombro y le guiñó un ojo. —Cariño, vamos que es nuestro momento.

Tumbada en la cama con su niña en brazos sonrió a su familia. Su suegra estaba tan emocionada que no dejaba de llorar y de abrazar a Mark pidiéndole perdón cada cierto tiempo. Su marido al principio se había mantenido distante, pero al ver el sufrimiento de Martha había cedido, lo que demostraba que tenía un corazón enorme porque estaba segura de que su rechazo en el pasado tuvo que ser muy doloroso para él. En una de sus conversaciones a la que todos estaban atentos porque se enteraron de mil cosas de su adolescencia, también conocieron como había empezado la empresa con el dinero de la herencia de su padre y a pesar de que no había sido una fortuna lo había convertido en una. Orgullosa de él alargó la mano y Mark cogiéndosela se sentó a su lado. —Es preciosa, nena —dijo acariciándole su pelito negro.

—¿Qué nombre le ponemos?

Mark sonrió. —Shine.

Le miró sin entender. —¿Shine?

—Porque me siento feliz solo viendo el brillo de tu mirada. Es lo que me indica que eres dichosa a mi lado y no quiero que ese brillo desaparezca nunca.

—No desaparecerá mientras estés junto a mí. Te amo.

—Y yo a ti, nena. Gracias por insistir.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor

- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido

- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira

- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor

- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)

- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?

- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152- Tú no eres para mí
- 153- Lo supe en cuanto le vi

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor

7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.